

# LA FRAGILIDAD DEL MIENTRAS TANTO



GONZALO SORIA







# LA FRAGILIDAD DEL MIENTRAS TANTO



**Gonzalo Soria**

**LA FRAGILIDAD DEL MIENTRAS TANTO**

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)



2020, Gonzalo Soria.

La Plata, Bs. As.

1° edición



*A mi familia por bancar  
a mis amigos y amigas por acompañar  
a Yamila, mi directora, por encaminarme  
a Caro, por tenerme paciencia y diseñar este trabajo*



*Mientras no llueva,  
desearé que siga sin llover.*

W.N.P BARBELLION



# I

20 de febrero

—Avisame cuando llegues...

Se subió al Fiat Palio blanco, cerró la puerta y me miró con los ojos desbordados casi pegados a la ventanilla, manteniendo esa posición hasta que el auto dobló en la esquina y salió de mi vista.

Sentí como se me descosían las esperanzas. Hilo a hilo, puntada a puntada, nada quedó de la ilusión que ella había gestado y que, esa noche, también se encargaba de romper.

El veinte de febrero fue el día más largo del año. Mi rutina empezó a las cinco y media de la mañana, como casi todos los días del verano. Pospuse cuatro veces la alarma, pero eso no me ayudó, sin motivación es difícil: ir a la panadería a trabajar no me despertaba ni media sonrisa.

Agarré el celular sin mirarlo y me senté en la cama para amoldarme un poco al mundo real. Resoplé. El ventilador de techo, cansado de pegar vueltas toda la noche, se tambaleaba como anunciando una pronta caída. Me levanté, me vestí como pude y caminé hasta el baño arrastrando los pies. En el espejo rebotaban unos tímidos rayos de sol que entraban por el ventiluz y me daban en la cara achinándome todavía más los ojos; qué matado que estoy, pensé. Me cepillé los dientes, me lavé la cara, me calcé las ojotas y así, en cortos y casaca vieja de Argentina, salí de casa y enfilé para la panadería.

A unos metros de la puerta ya se escuchaba la radio. A mi viejo nunca le gustó estar en silencio con él mismo, supongo que tras esa seguridad testaruda que solía mostrar, había un miedo gigante a llenar ese silencio con pensamientos melancólicos. «¡Qué cara que está la cebolla!», gritó al aire mientras me veía entrar cabizbajo y desgano. «¡Ahhhh, pero ya ni “buenos días” se dice en este lugar, maaamita!», gritó de nuevo buscando que me despabilara y le dijera aunque sea una palabra, cosa que no pasó hasta unos cinco minutos después cuando tomé el primer mate. «¿Con qué empiezo?», le pregunté mientras le acercaba uno amargo. Ya menos irónico y más relajado me indicó, entre sorbos, que sacara del horno una tanda de medialunas y las pincelara con almíbar.

El negocio lo heredó mi papá de su papá, quién también lo había heredado de su papá. Yo vendría a ser, entonces, la cuarta generación de panaderos de la familia. Hasta ese momento, por la escuela, solo me había dedicado a tareas esporádicas: cada tanto atendía, cebaba mates, acomodaba alguna que otra bolsa de harina, repartía en la camioneta de papá y no mucho más.

La «empresa», como le decía mi viejo a modo de broma o anhelo, era chica pero nos mantenía. Se producía poco, o, mejor dicho, lo necesario. Nos compraban los vecinos del barrio y repartíamos a las despensas de la zona. Mi viejo mantenía en pie las reglas del negocio impuestas hace cincuenta años por su abuelo: todo lo producido en el día se vende o se consume en el día y nunca, por ningún motivo, se venderán productos que no son frescos; y la segunda y última, la marca registrada de la casa: en caso de haber un sobrante, se regalará al final del día.

Pasó el turno de la mañana, almorzamos, dormimos la siesta y a las cinco menos cuarto volvimos para el turno de la tarde. Las horas pasaron con la sobriedad habitual y a eso de las ocho y media cerramos. Entregué las últimas dos bolsitas a unos abuelos del barrio y, mientras mi viejo contaba la plata de la caja, yo salí a respirar un poco y aproveché para usar el celular, que había estado toda la tarde cargando, atrás, en la cocina. Valentina sabía de mi odio por el aparato y trataba de escribirme solo en ciertas urgencias; al parecer había una, ya que un «BENJA, ¿ESTÁS?» fue lo primero que apareció cuando desbloqueé la pantalla. El mensaje había sido enviado hacía tres horas, a eso de las cinco de la tarde, es decir, que si de verdad el mensaje había sido motivado por una emergencia, yo ya había fracasado en el intento por ayudarla. La llamé y atendió casi de una, como si hubiese tenido el teléfono durante esos ciento ochenta minutos en la mano, esperando mi llamado. «Benja, vení para casa»; ni un hola, nada. Pregunté qué le pasaba pero lo mismo: «Benja, por favor, vení». Su casa me quedaba a cinco cuadras, así que le avisé a mi viejo y emprendí la caminata, que por el miedo y mi imaginación apocalíptica, pareció ser de diez kilómetros.

No llegué a tocar la puerta que Valen me abrió y me abrazó. «Eu Vale, ¿qué pasó, qué te pasa?», le dije mientras fundíamos en un abrazo que olía a todo menos a normalidad. «Prometeme que vamos a hablar todos los días, por favor»; no entendí, o me hice el boludo para no entender. Entre repreguntas, idas y vueltas, lágrimas a medias y una sonrisa forzada, me contó que le habían escrito de una agencia, que al fin había aparecido la oportunidad, que «ojalá pudieras venir conmigo, sos lo único que me ata», pero

¿a dónde te vas, Vale?, «a capital, Benja, a uno de esos barrios caros, una semana de prueba y si les gusto, me contratan», pero... ¿a dónde te vas a quedar?, ¿cómo vas a hacer, Vale?, «tengo que estar mañana, salgo esta noche para allá y me pasa a buscar uno de los productores por la terminal». Me alegré por ella, claro, si hay algo que ella deseaba, al igual que casi todos los adolescentes de Bedoya, era poder irse de su casa, y sumado a esto, tenía o parecía tener, la posibilidad real de cumplir lo que ella consideraba su «sueño».

Había reservado un remis que a eso de la hora llegó. La llevaría hasta la terminal del pueblo, porque su mamá y su padrastro estaban en el cumpleaños de un ex intendente de Bedoya. La ayudé a cargar las cosas, que no eran muchas, y nos dimos un abrazo y un beso que parecieron ser los últimos que compartiríamos. A veces en lo que uno no controla del cuerpo, pueden reflejarse pensamientos escondidos: la saliva es una de esas; a veces dice hasta pronto y, otras veces, dice hasta nunca.

No sé si fue su alegría o su desesperación, pero el tiempo que estuvimos en su casa avanzó en cámara rápida: ella se movía de acá para allá y yo sentado, pivoteando con la cabeza y la mirada, intentando seguirla, tanto en su caminar como en sus explicaciones. Me hundió en su vorágine, no metí bocado más largo o complejo que un «ah, está bien»; me sentí

un mero espectador o, mejor dicho, un director de cine al que le atan las manos y le tapan la boca mientras la filmación transcurre por más que él no lo desee así.

Los segundos parecieron correr más lento cuando me encontré parado afuera de su casa, con el brazo derecho —con el



que la había saludado— todavía en el aire y con en el silencio de su cuadra como banda de sonido. El aire se parecía a esos pocos centímetros de agua viscosa de una pileta sucia en pleno invierno. Mi celular vibró y prendió la pantalla. Un Whatsapp de Vale de solo seis letras aparecía para sumar un interrogante más a la lista: «Perdón».

No hubo día en que no pensara en esa escena, en ese momento en que la vi doblando en la esquina, sintiendo que el mundo de todos los demás permanecía inalterable mientras que el mío se derrumbaba por el choque abrupto de las placas tectónicas. No hubo hora en la que no pensara en su cara de esa noche del veinte de febrero. No hubo minuto en el que no se reprodujo como un loop infinito su partida desconcertante. Verla irse ese día, fue verla irse todos los minutos, de todas las horas, de todos los días, de mi vida.

## II

### Primeras horas sin ella

Llegué a mi casa y vi a Pedro que gritaba con sus auriculares puestos mientras jugaba a la play en el televisor del comedor. Entré cual ente, atravesé el living sin levantar una pelusa y me senté en la primera silla de la cocina, mi silla. El televisor estaba puesto en uno de esos canales en que pasan videos catalogados como «los más increíbles del mundo» y el locutor en neutro, que en otro contexto me hubiese causado gracia, en ese momento no me provocaba nada. Con los codos sobre las piernas abiertas y las manos sosteniéndome la pera, miré durante un par de minutos el «Samsung» que está impreso bajo la pantalla. Mis ojos estaban abiertos un poco más de lo normal, así el aire me secaba más rápido las pupilas cuando se me aguaban por algún pensamiento oscuro; con esa costumbre de nene vergonzoso evitaba llorar. Al ratito Pedro me gritó desde el living:

— ¡¿Qué vamos a comer?!

No le respondí. Ahora puedo recordar que me dijo, pero en ese momento solo registré algo similar a un ruido o a una frase en un idioma inentendible, de esos que hablan en los países escandinavos.

— ¡Che boludón!, ¿qué vas a cocinar? —gritó de nuevo.

Seguí sin responder. Eran las nueve y media y, por ende, entendible la preocupación de Pedro. Yo me hubiera acostado ni bien entré a mi casa, si hice escala en la cocina fue por la inercia de la costumbre:

sentarme un rato a relajar post panadería era algo de todos los días. La cocina, a esa hora, se convertía en una sala de espera. Al menos por quince minutos solía sentarme a pensar —o aceptar— el futuro cercano y, a veces, el lejano.

Pedro largó los auriculares, el joystick y, con cierto tono gruñón, caminó hasta la cocina y volvió a preguntar.

—Che, salame, ¡che! —me aplaudió en la cara y salí del modo avión.

Levanté la cabeza y lo miré con una cara cansada, la única que me salía en el momento.

—¿Qué pasa? —le respondí en un tono apagado.

—Te pregunté qué vamos a comer, no doy más del hambre.

Lo miré y me despertó una mueca similar a una sonrisa. No sé si por ser mi hermano menor o por la teatralidad de sus gestos, él siempre me hacía reír, y muchas veces lo hacía sin querer. Imagino que a otros pibes de doce años los envuelve la inocencia, pero a Pedro, a dos meses de cumplir trece, lo recubría un aura de «hijaputes» divina. Además, me acuerdo que se había cortado el pelo y tenía un flequillo cuasi «rolinga» con el que lo venía gastando desde hacía días. Ya un poco en su sintonía tragicómica, le respondí como habitualmente lo hacía.

—Y... mirá...en el menú de hoy hay dos platos exquisitos: lonja de ternera marinada con ajo y perejil y rebozada en pan pulverizado, o la otra especialidad de la casa, filet de ave bañado en huevo y cubierto en migas acompañado por bastones de tubérculo fritos.

Me miró unos segundos seriamente, quizás el hambre le había impedido reírse. Se dio media vuelta para volver al living y gritó de espaldas mientras se acercaba a su amada Play.

—¡Todos los días milanesa! Milanesa de carne, milanesa de pollo, milanesa de milanesa o milanesa de poronga, ¡tengo pe-sa-di-llas con las fucking's milanesas!

Me hizo reír, como siempre. Mi papá diría que no sabe de dónde saca esas palabras o que no sabe, a quién carajos salió, pero esa personalidad estaba teñida en gran parte por su amado Youtube y, supongo que al menos en un quince por ciento, por mí, un ejemplar único de hermano mayor.

Por el pedido reiterado de Pedro fue que me levanté de la silla, puse un canal de música en volumen altísimo y empecé a cocinar. En ese momento no me di cuenta, pero en algunas cosas sí que me parecía a mi viejo.

Esa noche nos quedamos jugando al Fifa hasta las tres de la mañana. Tenía que madrugar pero de eso me acordé tarde, y una hora más, una hora menos, era prácticamente lo mismo. Pedro podía estar toda la noche pegado a la tele, machacando el control y gritándole puteadas a los jugadores que no respondían, según él, a los comandos que les mandaba. Me gustaba compartir ese tiempo con él, que se sacara los auriculares y, en vez de hablar con una pantalla, hablara conmigo. Además, si algo me ayudó a no pensar en lo de Valen esa madrugada, fue entretenerme con él.

...

Las tres horas de sueño profundo que había planificado terminaron siendo casi la mitad; dormí, si se puede decir que «dormí», con un ojo abierto y el otro cerrado, como con algo de miedo a soñar. Como esa vez que volví del cumpleaños de Juanma, un ex mejor amigo, aterrorizado

por «Freddy vs. Jason», y me quedé un rato largo parado al lado de la cama de mi viejo que miraba tele intentando dormir.

—Andá a dormir, Benja, no pasa nada, dale —decía mi papá entredormido.

—Sí, ya voy papi, pará que veo este gol.

Tendría que haber llorado para que comprendiera mi temor. No me imaginaba cruzando solo el pasillo. En mi cabeza estaba Freddy, al que no le alcanzaba con mortificarme despierto porque, cuando durmiera, me iba a atacar en el lugar donde más solos estamos: en los sueños.

Con dieciocho años y algunos complejos menos, le volví a temer a Freddy Krueger. Pero esa madrugada no tenía ese nombre, ni esa cara, ni el buzo negro y rojo a rayas, ni el guante con garras de podar de jardinero. Ese Freddy tenía los ojos verdes y el pelo lacio y morocho de Valentina.

«Perdón» ¿«Perdón»? Hasta ese momento nunca me había hecho la cabeza por algo de nuestra relación. Pero el mensaje no era solo el mensaje en sí, sino que mi posterior respuesta en forma de «¿Perdón por qué Vale?» aparecía solo con una tilde, estancada, trabada en el medio de la nada, encriptada en forma de unos y ceros. Y perdida, sobre todo perdida, porque esa respuesta sabía cuál era su destino pero por alguna razón no había encontrado la manera de llegar.

Las primeras ocho horas supuse que se le había descargado el celular y que lo enchufaría cuando tuviera tiempo. A las veinticuatro horas pensé que se le había terminado de romper, me había comentado en varias oportunidades que su celular estaba «en las últimas» y podía ser que en el quilombo de armar la valija, ir a la terminal sola, viajar a capital, ir al hotel, conocer la agencia y blablablá, se le había roto definitivamente.

A los dos días le escribí a Adriana, su mamá, preguntándole si sabía algo de Vale. «Benjamín, cómo andás, me llamó ayer desde el hotel y todo bien». Le pregunté por el celular y media hora después me respondió: «Si te digo te miento, el número que me figuró en la llamada supongo que es el del hotel, saludos». No quise joder mucho más, me quedé algo tranquilo sabiendo que estaba bien y supuse que cuando pudiera se iba a contactar conmigo. Y eso pasó al otro día.

### III

#### La Panadería

En la esquina de la cuadra en que vivía, a dos casas de mi casa, estaba la panadería de la familia, conocida en el barrio como «la panadería de los Robledo».

La fachada nunca me gustó. Según mi viejo, eso no había que cambiarlo porque era parte de la tradición, parte de la identidad del lugar. Las paredes de afuera estaban pintadas con un verde agua pulcro que se renovaba cada dos años. Las vidrieras, también impecables, estaban ploteadas justo en el medio con la palabra «panadería», en una cursiva entre marrón y amarilla. «Papá, esto no combina, es horrible, ¿te das cuenta de eso?», le dije alguna vez a mi viejo. «Benjamín, ¿vos te pensás que mi abuelo sabía algo de diseño? No, el tipo sabía hacer pan, quería laburar, ganarse el mango, lo que menos le importaba era la fachada», me respondió. «Pero eso fue hace mil años hermano, metele un cambio, una actualización»; «entiendo lo que me decís, Benja, pero fea o no, la panadería, con su color y su forma, con sus virtudes y sus defectos, es parte del barrio, ¿y sabés que no le gusta a la gente del barrio? Los cambios. Así funciona desde hace más de cincuenta años y funciona bien, acá nunca se priorizó la estética, sí la calidad de los productos y la buena atención», decía mi papá, que ya tenía el guion incorporado y le salía solo, aunque no quisiera.

El interior era también bastante clásico: el piso era todo de

mosaicos con un fondo marrón muy suave, con patrones similares a flores, tanto en el centro como en las esquinas. La zona donde esperaban los clientes tenía unos seis metros por seis metros y tenía como límites los mostradores de vidrio donde, además de estar la balanza, se exhibían los alfajores de maicena, los bizcochitos, los cuernitos de grasa y las galletitas.

Del otro lado de los mostradores, estaba la estantería de madera con el pan y las galletas, y contra la vidriera, separada por una puerta vaivén, estaba la estantería con las facturas. Esta disposición no era azarosa: las facturas, brillosas y coloridas, llamaban la atención de los que pasaban por afuera.

La puerta vaivén que separaba lo dulce de lo salado es la que llevaba a la cocina, la parte más sombría, calurosa y agobiante de la panadería. En el centro de esa sala estaba la enorme mesa metálica de trabajo, más larga que ancha, donde mi viejo formaba todo antes de estibar en las placas. Sobre una de las esquinas de esa mesa había un detalle tapado: el nombre «Marina» hecho casi perfectamente con rayas, que mi vieja había dejado inmortalizado hace muchos años. Contado en palabras de mi viejo: «tu mamá había hecho un taller de tallado de madera cuando era chica y siempre que andaba por la panadería jodía con un cuchillo en la mesa mientras me cebaba mates. Yo le decía “Mari porfa, no me rayes la mesa, la vengo manteniendo impecable”. Pero bueno, un día que no sé cuál fue, sin que yo la viera, lo hizo igual». Después ese nombre quedó y ya era parte de la mesa, era un detalle nuevo y fino en un lugar muy clásico y tradicional. A los años, con la muerte de mi mamá, mi viejo corrió de una esquina la balanza «Molero», melliza de la que está en el mostrador de adelante, y la puso sobre su nombre, dejando en la esquina algunos elementos de trabajo: tres bowls, tres espátulas, tres mangas de silicona y un par de cosas más.



A un metro de la puerta, se apilaban contra la pared cerca de diez bolsas de harina 000, que es lo que más o menos se usaba durante una semana habitual, y que se renovaba todos los lunes a la mañana cuando llegaba el proveedor.

Al lado había una heladera con puerta de vidrio, igual a esas donde en los negocios están las bebidas —mi abuelo la había recibido en forma de pago por una deuda con Héctor Domínguez, antiguo dueño de la despensa más grande del barrio vecino—, pero en la nuestra, se guardaba margarina, grasa, paquetes de levadura, tetrabrik's de leche, maples de huevo (si era verano), potes de dulce de leche repostero y de membrillo y algunas botellas de agua fría.

Contra el fondo, ocupando casi la mitad de esa pared, estaba el horno de barro que fue construido por mi bisabuelo. A su derecha la hornalla, donde se quemaban diariamente cincuenta kilos de leña, la necesaria para llevar la temperatura del horno a 220°. Temperatura que, después de varias horas y gracias a los de ladrillos refractarios, a eso de las cinco de la mañana, bajaban a unos 200°, ideal para cocinar todo lo preparado la tarde anterior.

Digamos que adelante la panadería era un lugar luminoso, ordenado, pulcro, mientras que atrás, en la cocina, se entrelazaban el barullo y el calor infernal. Para que adelante primara el ensueño, era necesario el caos controlado de la parte de atrás.

Todo lo que sé lo aprendí desde mi papel secundario en el negocio. Mi presencia, alegre o no, le permitía a mi papá laburar tranquilo. Yo solo cumplía órdenes y me atenía a lo de siempre, no sé si por inercia, por falta de voluntad propia o por qué, pero estaba todo tan previamente aceitado que yo solo reemplazaba un engranaje, al igual que mi viejo en su momento y mi abuelo en el suyo. En ese rol, uno tenía la sensación permanente de que era im-

posible salirse porque, al igual que en las máquinas, un engranaje menos significaba la defunción.

La diferencia con mi abuelo y mi papá, era que ellos habían sido obligados por sus padres a ocupar ese lugar. A mí lo que me puso ahí fue la sucesión de hechos que tuvieron como punto inicial lo que pasó a mis seis años.

## IV

### El pueblo

Siempre quise separarme de todo lo que rodeaba a mi nombre pero nunca lo intenté, digamos, formalmente. Dicho así pareciera la frase de una persona del «mundo del espectáculo», es un textual que uno tranquilamente podría encontrar en un portal de noticias cualquiera, pero la verdad es que siempre sentí eso, desde que era muy chico. Es más, creo que nunca tuve una certeza más grande que esa, amaba la idea de volver a nacer en otro contexto, con la posibilidad de vivir toda una vida como un desconocido, para caminar por donde se me cante sin que la gente me mire mientras piensa «este es hijo de tal, pariente de tal, que labura en x lugar». Y digo «separarme de todo lo que rodeaba a mi nombre» no por una mala fama heredada porque, si algo tenía mi familia, era buena reputación. En el inmenso historial que habían escrito los Robledo y los Libertad no había grandes manchas, de esas que necesitan algún tipo de químico para hacerlas desaparecer, solo había algunas chiquitas, insignificantes, de esas que se limpian solo con un trapo y agua.

Quizás la historia sea otra y nunca me la contaron, porque a decir verdad, las personas no suelen hablar de sus hechos más oscuros, de sus impulsos más malignos, de sus actos más irracionales. No sé, siempre supuse que de haber habido algo sucio, me lo hubiesen contado o lo hubiese escuchado sin querer estando tras una puerta, o algún compañero

de la primaria, con la inocencia —o maldad heredada— que caracteriza a los chicos, hubiese deslizado algo que habría escuchado de sus padres. Pero la verdad es que no. Tanto los Robledo como los Libertad estaban intactos y lo que más me alegraba de eso es que habían acumulado, en tantos años de bondad no remunerada, una gran cantidad de «maldad permitida», de la que nadie puede rezongar, y tanto yo como mi hermano teníamos un margen de error bastante amplio. Mis ganas de probar su límite habían aparecido vorazmente durante la adolescencia y, si había contenido mi rebeldía, era gracias a la inyección tranquilizante que me había propiciado Valentina desde su aparición en mi vida.

Entendí con los años que en Bedoya nadie se salía de su libreto. Todos respetaban, en la medida de lo posible, el guion tácito del día a día, y si algunos parecían saltar los márgenes era nada más que por accidente: algún viejo que se tropezaba por una baldosa levantada a la salida del banco, un alcohólico que salía del bar de «Sansón» y chocaba solo a altas horas de la madrugada, una discusión barrial entre cliente y dueño de una despensa por una compra mal anotada en la

«libreta de fiados» o algún hurto menor cometido por Carlitos, un pibe criado en condiciones de mierda, y que era uno de los pocos casos que partía la opinión pública en dos, poniendo de un lado a los mayores de cincuenta años, que lo defenestraban, y del otro los menores de cincuenta, que lo compadecíamos.

Supongo que en Bedoya sucedía lo que en cualquier otro pueblo de 15.000 habitantes podía suceder, y por más que la mayoría decía disfrutar de esa cotidianeidad donde dos más dos daba siempre cuatro, en el placard de cada casa habitaban latentes ganas de que un día sucediera algo inesperado que los hiciera saltar del sillón y atragantarse con un

pedazo de tostada. Todos parecían adormecidos, quietos, con una hipersensibilidad reservada solo para los actos mundanos, como las posibles peripecias ocasionadas por el clima, y una insensibilidad enorme para hechos más complejos, profundos y coyunturales del pueblo y el país, como el analfabetismo, la pobreza, la violencia y el machismo.

Yo sentía que podía interpretar muchas más cosas que el resto de los habitantes o que, al menos, tenía la voluntad de hacerlo. Las lecturas y opiniones que solía escuchar en la panadería, se reducían a tal cosa «está bien» o tal cosa «está mal», todo era polarizable, todo podía ser blanco o negro, y esto parecía ocurrir porque nadie quería gastar más energía de la necesaria en analizar situaciones ajenas, solo les importaba reservar fuerza para pelearse por imponer sus anécdotas, porque sus experiencias sobre tal o cual cosa eran siempre de suma importancia y los demás hacían que escuchaban, pero en realidad estaban esperando una coma, un silencio en el monólogo del otro, una ventana por dónde meter la pierna y tomar el protagonismo para hacerse cargo del momento, y que los tres o cuatro clientes que se acumulaban pudieran escuchar sus hazañas intrascendentes. Mi viejo me había dado una sola pauta para atender en el negocio: «vos dejalos que hablen y decí a todo que sí; la gente no viene a comprar pan, facturas o bizcochitos, la gente viene a comprar la experiencia; “vienen ‘cargados’ y se van desahogados”, eso siempre me lo decía tu abuelo».

Había días en que pensaba que si algo caracterizaba a todos los clientes era el egoísmo, porque no interactuaban ni dialogaban, no necesitaban de la respuesta de nadie, sus pensamientos siempre eran definitivos y sus palabras inequívocas.

Había otros días, los menos, en que llegaba a pensar que solo eran personas solitarias que necesitaban ser escuchadas, porque la única conversación diaria que solían tener —además de la que tenían en la panadería, si es que puede catalogarse como «conversación»— era con sus televisores.

Si de algo me había servido trabajar en la panadería era para perfeccionar mi única habilidad: con casi diecinueve años era un eximio oyente, todo iba a parar al banco mental de datos que me servía para evaluar la vida en general. Las palabras, las intenciones, las tonalidades, los errores, las vacilaciones, los silencios, todo lo que decían y lo que no decían, absolutamente todo, me servía para construir un filtro que me ayudara a detectar los detalles más ínfimos y secretos de los acontecimientos del mundo. Ese filtro, que había empezado a forjar desde los seis años, me había hecho entender, entre otras cosas, cuál era el trasfondo fundamental, la idea original, la matriz que hacía levantar cada día de la cama a los habitantes de Bedoya: llegué a la conclusión de que cada uno creía ser un héroe en plena epopeya y con acciones mínimas, como respirar o caminar, les alcanzaba para perpetuar sus proezas. Para todos ellos, estar vivos era la osadía más grande y con eso les alcanzaba. A ellos les alcanzaba, pero a mí, me había dejado de alcanzar.

## V

### Grietas

«Benja, perdón por hablarte recién y por acá. El celular anda para el orto, se apagó en el viaje y no volvió a prender; igual, como con casi todo, no pierdo la esperanza de que reviva y por eso lo tengo enchufado en el mismo lugar desde que llegué. Yo estoy bien, viviendo el sueño. Muy movido, son muchas horas por día, entre las fotos, el couching y los eventos llego muerta a la cama y me duermo rápido porque al otro día arrancamos a las siete de la mañana. Te hablo desde la compu del hotel, ahora tuve un ratito libre y quise escribirte, con mi vieja ya hablé, sus “ok” que antes me irritaban ahora me liberan, su despreocupación crónica me exonera de explicarle cada cosa que hago, si hubiera tenido la sobreprotección de otra madre jamás hubiese tenido la fortaleza para venirme sola; no sé si se lo estoy agradeciendo o si me estoy conformando, pero es un peso enorme menos».

«Cuando me acuesto a la noche pienso en vos hasta dormirme, sos mi mecánico emocional aun no estando conmigo, es como si me hubieses dado la caja de herramientas con que me arreglabas cada vez que me sentía mal. Si te parece te voy a escribir cada vez que pueda por acá, por lo menos hasta que tenga confianza con alguna de las chicas y me presten su celular, creo que es más fácil pedirles un órgano que sus amados Iphone’s, jajá. Me dice la gente de la agencia que re doy para esto, que vengo muy bien, que el período de prueba lo paso caminando y demás, pero supongo que eso se lo deben decir a todas para mante-

nerlas motivadas. Yo sé que no soy la más linda, ni la más millonaria de todas, pero soy la que más desea esto y eso se nota. Bueno, ya me vinieron a buscar para ir a la inauguración de un local de comida “re cheto”, como dirías vos. Beso enorme, para vos, tu papá y mi querido Pedrito, cuando menos lo esperes me voy a comunicar con vos. Te amo».

Ese choclo, textual, me apareció en el Facebook a eso de las cinco de la tarde, al día siguiente de hablar con la madre de Vale. «Couching», ¿qué carajo es eso? Supongo que son esos boludos que dan consejos, charlas, «tips» para tomar mejores decisiones en la vida y qué sé yo. ¿Mejores decisiones que quién?, ¿Quién te da couching?, ¿Dios? Ponete que entre las muy buenas y las muy malas decisiones podamos establecer una diferencia, que las podamos identificar a simple vista por su extrema consecuencia. ¿Empezar a practicar un deporte? Buena decisión. ¿Suicidarte? Mala decisión. Ahora, ¿quiénes son estos tarados para enseñarte cómo elegir?, ¿los policías de la ética y la moral? Supongo que utilizarán el criterio del mercado. Si aporta al estereotipo que más se consume: «ESTÁ BIEN, ANDÁ POR AHÍ», si tendés a lo contrario, si usas «malas palabras», si no tenés una actitud optimista, si tenés panza o sos «raro», es decir, si no cumplís con los requisitos y los estándares de belleza que propone el mundo virtual (que reproduce el mundo real), te dirán «fijate si podés cambiar esto, lo otro, probá seguir tal ejemplo, esto es a lo que tenés que aspirar». Las pelotas, hermano, las pelotas. Ya ni aspiraciones propias se puede tener, dejate de joder.

La cuestión es que el mensaje de Vale, como cada una de sus últimas actitudes, me dejaba contento y a la vez intranquilo. Por un lado pensaba qué bien que esté feliz, motivada, que desconfíe de esa gentuza de cartón, pero por otro lado, la veía dispuesta, si así se lo pedían, a abandonar sus principios para cambiarlos por otros más flexibles, acordes al mundo de la moda y los negocios.



Ese sábado, a diferencia de todos los demás sábados de los últimos años, fue diferente, algo me desbordaba, mi represa mental que había sostenido toneladas de quilombos parecía volverse de un material más permeable, menos resistente, y una serie de crujidos casi imperceptibles anunciaban las primeras grietas.

Los habituales clientes que antes soportaba, me irritaron. Yo siempre había mantenido una línea aparente que los demás veían real. Mi simpatía no era más que parte de un personaje, el que accedía sin preámbulos a los pedidos y deseos de mi viejo, el que no cuestionaba casi nada de su habitualidad. Mi buena onda con los desconocidos era una pose y supongo que la de ellos conmigo también: la simpatía es algo que fingimos para poder tener mejores oportunidades.

A eso de las siete y media de la tarde de ese veintitrés de febrero, cuando la noche empezaba a vislumbrarse, cayó Susana a la panadería. Mi viejo estaba atrás, así que no tuve más remedio que atenderla. Esa petisa, con un carré rubio platinado, aparentaba bondad solo si la veías a cien metros de distancia. Yo conocía algo más por comentarios de mi viejo y otros clientes del barrio, así que mantener una postura servicial ante semejante personaje, era difícil, pero lo intentaba.

—¿Cómo anda, qué va a llevar? —le consulté con la mejor sonrisa fingida.

—¿Está tu papá nene? —preguntó tajante, casi sin mirarme.

—Sí, sí, pero está con otras cosas. Dígame en que la puedo ayudar...

—Bueno, no hay problema, pero te pido que esta vez me des pan fresco...

Su actitud era pedante, altanera, como la de una reina exigiéndole pedidos a sus súbditos.

—¿Cuánto quiere? Igual, le digo, acá siempre vendemos productos del día, lo que queda a la noche, si es que queda, se regala a quien necesite.

—Sí, ya sé, a ese cuento ya lo conozco, viví toda la vida por acá —me decía mientras miraba su celular con un brillo que a cualquier otro mortal le hubiese quemado la cara—. Poneme medio kilo, pero fresquito ehh...

—Atrás tenemos calentito, ya le traigo —dije mientras giraba para la puerta de la cocina.

Adelante quedaba pan, mucho más que un kilo, pero tuve que salir de ahí para retener mi bronca, estaba a un comentario más de mandarla a comprar pan a la concha de su tía. «Ese cuento ya lo conozco», vieja inmundada, ni el cuento de Caperucita Roja debía conocer. Yo no solía defender tanto al negocio, quizás por ser joven o por no haber puesto ningún ladrillo del lugar, por no sentirme del todo parte de esa especie de mito urbano que rodeaba a «la panadería de los Robledo», pero ese día sentí que esa mujer pisoteaba mi último pedazo de autoestima. Yo no sé qué hubiese hecho mi bisabuelo, o mi abuelo, o mi viejo, pero yo sí supe qué hacer. Sentí un crack, un jarrón cayendo y explotando en miles de pedacitos.

—Tome, acá tiene, lo mejor que tenemos... —le dije con una sonrisa imperiosa.

—Gracias nene. Tomá, acá te dejo el dinero. Estoy apurada.

Se fue sin despedirse porque claro, una reina no tiene por qué otorgarle semejante privilegio a un mortal sin poder alguno. Contenta con su medio kilo atravesó la puerta y al cerrarse exploté, no aguantaba más la risa, las carcajadas brotaban como lava de un volcán en plena

erupción. Al llegar a su casa, Susana testearía, en sus tres tiras de pan, el sudor veraniego post día caluroso de trabajo de mis púberes y transpirados huevos.

## VI

### La luz

No me hubiese venido mal tener al menos un amigo cercano, de mucha confianza, con esos con que compartís desde los detalles más vergonzosos, como mostrarle un grano mutante en el medio de la espalda, hasta las preguntas más estúpidas, como cuánto Nesquik está bien ponerle a la chocolatada o cuán roto tiene que estar un bóxer para dejar de usarlo. Las relaciones que me había dejado la escuela secundaria eran tan frágiles como una galletita de agua y para esa altura del verano, estaban rotas en millones de pedacitos milimétricos.

La verdad es que en mis años más difíciles, los posteriores a la muerte de mamá, había sembrado con apatía y desinterés las no-relaciones afectivas con mis compañeros de curso. Iba de mi casa a la escuela y de la escuela a casa y mis actividades extracurriculares eran todas domésticas, ya que la mayoría constaban de ayudar con los cuidados de un Pedro minúsculo, uno de los pocos refugios que tuve durante ese tiempo.

No me interesaba participar de las clases ni asistir a las «fiestas» de compañeros a las que reiteradas veces me invitaban —más por compromiso que por ganas—, y a las que mi viejo me insistía con que fuera porque me iba a «hacer bien», porque iba a hacer amigos, porque «mirá que te vas a quedar encerrado toda la vida». Y si había alguien devastado era él, mi viejo, pero adelante mío no lo demostraba —siempre supuse que en sus momentos más íntimos, bajo la lluvia de la ducha o

en su habitación por la noche, lloraba desconsolado. Solía encararme con propuestas cuando me veía tildado, con mi software mental en pleno «Error Not Found 404», sentado en la misma silla de la cocina que años después me encontraría esa noche en la que había despedido a Valentina. «Dale Benja, mañana el abuelo te lleva a fútbol, yo soy amigo del entrenador, va a estar bueno», «no papá». «¿Y guitarra? Dale, así cuando aprendas cantamos unos temas», «no, papá». «Y si te llevo a lo d...», «no». Lo único que parecía introducirme de a centímetros en una sensación exponencialmente más chica que la felicidad era ese pibito morochito y regordete que sonreía cada vez que lo alzaba y que me había transformado de «hijo único» a «hermano mayor», otorgándome para siempre la responsabilidad de tener que ser el ejemplo de alguien. Todos, excepto ese Pedro infante, sabíamos de la muerte de mi vieja, y supongo que por eso me gustaba estar con él, porque en su universo lo único que podía alterar su sonrisa era tener hambre o estar cagado. Sin embargo no lloraba, solo cambiaba su gesto angelical por uno mucho más tenso, de seriedad, y esa ausencia de llanto era algo que preocupaba a todos. Con el paso del tiempo yo llegaría a elaborar la teoría de que la última voluntad de mi mamá, sabiendo el agujero que causaba su muerte en la familia, era que ese bebé —al que en honor a un alumno del jardín que había fallecido en un accidente automovilístico, le pondrían Pedro— tuviera el superpoder de no llorar más después de ese primer alarido al que los doctores lo someten para comprobar si la criatura respira. Cuando jugaba con él y me miraba con esos ojos exploradores, sentía que su mundo idílico y mi mundo catastrófico se atraían por una fuerza enorme, haciéndome creer que con los años esos mundos llegarían a estar tan cerca, que los alumbraría, con la misma intensidad y al mismo tiempo, un mismo sol.

Pensándolo ahora, el Pedro de doce años me estresaba más que el de noventa centímetros, básicamente porque en casi ningún momento dejaba de hablar. Entre la play, su celular y sus palabras al aire, me era difícil identificar cuando se dirigía a mí. A pesar de eso, teníamos una relación bastante buena, y si me estimaba era por haberlo tratado siempre como una persona más grande, ya que todas sus opiniones me parecían importantes.

Si Pedro había cautivado a alguien desde el primer momento con su personalidad histriónica era a Valen: a las dos semanas de empezar a conocernos—cuando hasta el momento solo teníamos prejuicios del otro— la invité a merendar a mi casa. Yo sabía que entre las cinco de la tarde y las ocho de la noche la única persona que podía irrumpir en el plan era Pedro, así que le pedí que se abasteciera la habitación con todo lo que necesitara para sobrevivir dos horas, de esa manera todo debía darse relativamente bien. A eso de las cinco y veinte sonó el timbre y sentí que el corazón me empezaba a retumbar al doble de la velocidad habitual, al ritmo del bajo de «You´re the one that i want», la canción de «Grease» que tanto le gustaba a mi vieja, y tras dos o tres respiraciones fuertes caminé hasta la puerta, puse la mano en el picaporte y me la imaginé, podía atravesar la madera oscura barnizada con una especie de «rayos x» momentáneos para verla en sus Adidas clásicas, jean oscuro y buzo corto camuflado con que me hacía erizar la piel cada vez que levantaba los brazos y se generaba ese espacio entre su panza y la tela, lugar por donde podía pasar mi cabeza y mi torso para abrazarle la cintura y quedarme a esa altura de su cuerpo por meses, pareciendo ella una mamá canguro y yo su cría.

Me acuerdo del primer contacto cuando me saludó. Entró con ojos curiosos y al respirar por primera vez el aroma de mi casa —cosa

que me enteraría semanas después que para ella fue muy importante— dijo «que olor rico, dulce», «sí, son unos aromatizantes de vainilla que compra mi viejo, al principio me gustaban, ahora ya me pudrieron» «¿En serio? A mí me encantan...» No habían pasado cuarenta segundos que ya me arrepentía de un comentario, en mi cabeza sonaba el irónico «¡Bien Benjamín, sos un capo!» que solía escupirme Pedro cada vez que yo metía la pata. Atravesamos el comedor —del que había quitado todas mis fotos avergonzantes—, llegamos a la cocina y antes de sentarse frente a mi habitual lugar, del otro lado de la mesa, miró por la ventana que daba al patio y dijo «a esta casa le falta un perro». «Con mi hermanito nos alcanza», le respondí, y mientras volvía para sentarse, largó la primer carcajada sincera que le escuché y que me hizo sentir en pleno festejo de gol, abrazando a un gemelo mío mientras nos decíamos al unísono «¡GENIO, CRACK, FENÓMENO!». Ya un poco más tranquilo, preparé la merienda: Cindor, medialunas —de la casa, já— y unos chipás que había dejado a medio terminar en el horno.

Cuando fui al living para buscar una bandeja medianamente estética para poner todo, cometí el único error —hoy digo que acierto— que podía cometer: me tropecé con la mesita donde estaba el router del Wi-Fi, el aparato se desconectó y cayó al suelo. Enchufe todo rápido y volví a la cocina imaginando el desenlace de la situación, el cual que no tardó en llegar. Portazo, pasos fuertes y gritos: «¡BENJAMÍN!, ¡¿QUÉ HICISTE PELOTUDO? ESTABA ROMPIÉNDOLE EL CULO A UN BRASILEIRO EN FIFA Y SE CORTÓ INTERNET!». Mientras mi cara de «me quiero morir» afloraba, en Valentina nacía una segunda carcajada sincera mucho más fuerte que la de minutos antes y trató de aguantársela cuando Pedro entró en la cocina híper enojado. «¿Qué hiciste estúpido?» «Se me cayó el router salamín, andá para allá». En

ese momento se percató de que había alguien más ahí y que ese alguien más era la primer chica con que veía a su hermano, y de paso la piba más linda de todo Bedoya. «Ah, hola, ¿vos sos amiga de este pelotudo?» Ella no paró de reírse un segundo, además se mordía el labio inferior como diciendo «no puedo creer lo que es este personaje». «¿Por qué no comés algo con nosotros mientras vuelve internet?», le dijo ella embelesada, y él no tuvo más remedio que decir que sí, que otra no le quedaba, que el partido ya lo había perdido y que tenía hambre porque yo lo tenía encerrado como si fuera un «mono de zoológico». Esas dos horas fueron todas risas cómplices entre ellos y yo fui un mero espectador al que cada tanto miraban de reojo para ver si seguía ahí.



## VII

### La parte desconocida

Valentina había llegado a Bedoya con catorce años. A mí no me interesaba ventilar mucho de la etapa más triste de mi vida porque eso me ponía en un papel de víctima, de pibe necesitado de afecto —esto no significa que no lo necesitara—. A ella parecía que tampoco le interesaba hablar de su otra vida, esa etapa que comprendía desde su nacimiento hasta el momento en que su mamá decidió mudarse con ella. Los detalles solían filtrarse sin querer, porque una parte de ella, la más irracional, parecía querer contarlo todo, pero su parte racional era la que imponía una estructura. Sus recuerdos parecían los convictos y su razón, la que quería sostener una imagen —la de la chica popular de Bedoya—, parecía la cárcel y los guardias. Ella lograba mantener todo más o menos en su lugar, aunque cada tanto, no por una desgastante curiosidad de mi parte, porque sabía hasta dónde preguntar sin incomodarla, sino más bien por necesidad propia, deslizaba detalles, características de esa parte de su línea temporal.

Nosotros vivíamos en un presente constante y no éramos seguidores de esa filosofía barata que proponen los pseudohippies del siglo XXI, no, ni a palos. Nos reíamos todo el tiempo de esas frases de autoayuda que publican las tías en Facebook como «vive cada día como si fuera el último» o «insistir, persistir, resistir y nunca desistir». En realidad, esas risas en estéreo eran victoria mía, ya que al principio ella era bastante crédula, le encantaban esos «poetas» virtuales que piensan que con rimar alcanza y que hablan de la mujer como un «ser mágico».

Yo le insistía con que eso me parecía una pelotudez, que la poesía era otra cosa, algo más crudo, que debe ser necesariamente «una mirada desde la alcantarilla» —como estaba marcado en un libro que era de mamá, entre paréntesis y con una flecha al espacio en blanco que decía «esto es la poesía»—.

Con el pasar de las semanas y el incremento de la confianza en la relación, ella fue adoptando mi escepticismo y se volvió, al menos en la intimidad, irónica, ácida, odiadora compulsiva. Y esto no significa que se volvió una mala persona, sino que esas tres características nuevas de su personalidad estaban dirigidas específicamente para todo aquel que se encargara de romantizar la vida y hablara de las experiencias como si fueran parte de un guion de Disney donde todo es ideal, perfecto. También se obsesionó con los secretos, con las teorías conspirativas, con la especificidad de algunos relatos ocultos, como el de P.I.D. (Paul is dead), que explicaba muy detalladamente cómo era que el verdadero Paul McCartney había muerto en un accidente automovilístico el nueve de noviembre de 1966, y al haber sucedido en pleno auge de la banda había sido reemplazado por un tal William Campbell, ganador de una competencia que buscaba imitadores de Paul. ¿Le gustaban los Beatles? Ni en pedo, pero la historia le parecía fantástica.

Con el tiempo me di cuenta que su nueva personalidad no había sido gestada en nuestro ida y vuelta cotidiano, sino que mis recurrentes preguntas sobre los contenidos que consumía habitualmente habían hecho resurgir una parte suya que había sido enterrada en lo más profundo de su inconsciente en el momento en que dejó de ver a su papá. Es como si estando conmigo hubiese empezado a repensar la imagen que tenía de su viejo y hubiese entendido ciertas cosas que a los trece años, cuando se separaron, no entendía.

Todavía me acuerdo como fue que en la madrugada del sábado tres de noviembre, tirados en su cama de plaza y media —que no nos tenía tan cerca pero que tampoco permitía separarnos hasta el punto de no tocarnos en absoluto—, bajo una oscuridad casi total, me contó de un juego que tenían con su papá («Daniel se llama, Daniel Mulan», me decía y se le resquebrajaba la voz al punto de tener que toser un poco para aclararla).

—Cuando tenía diez años, mamá pasaba casi todo el día fuera de casa. Trabajaba en una oficina de ocho de la mañana a seis de la tarde. Era una época donde mi papá pintaba bastante poco, tenía la inspiración atrofiada y le costaba hacer cosas por encargo, «yo pinto mis ideas, no las de otro», decía. Los días en que yo no quería ir a la escuela él me dejaba faltar (cosa que mamá nunca hubiese permitido), y a eso de las diez y media, cuando me levantaba, él me esperaba con el desayuno y alguna propuesta. Todo siempre empezaba con una búsqueda, nuestra casa no era la más grande del mundo pero había tantos materiales de pintura y libros que los recovecos eran millones. Él me daba una pista, por ejemplo, «el mensaje de hoy fue tragado por un animal enorme». Entonces yo salía por la casa y revisaba entre los souvenir's, en la cucha de «Yogui» (el San Bernardo que teníamos), en el pingüino de cerámica que cada tanto usaba y llenaba de vino tinto cuando quería sorprender a mamá. A eso de la hora y algo podía frustrarme, pero de repente veía un libro en el estante más alto de la biblioteca un poco más atrás de lo habitual, como si alguien lo hubiese guardado mal adrede. El libro era Moby Dick, y después de revisar hoja por hoja llegaba al momento de encontrarme con un «Papá te ama, si le llevas este libro te ganás un abrazo y un chocolate». Se lo llevaba, nos abrazábamos y nos reíamos, abría una alacena de la cocina y me daba un chocolate que terminába-

mos compartiendo mientras mirábamos alguna película cómica o dibujitos animados.

No solo recordaba su infancia, la revivía, yo podía sentir como en esa oscuridad su cuerpo se achicaba y su voz se aniñaba. Cada palabra era específica, justa, ni más ni menos saliva de la que merecía. Había captado mi atención y también mi silencio, en ningún segundo se me cruzó la idea de interrumpirla para preguntarle algo, me daba la sensación de que si inmiscuía alguna palabra en su monólogo, ella iba a frenar su viaje cerebral al darse cuenta de que en su «zona de recuerdos más preciados» estaban entrando dos personas, cuando ahí solo había lugar para ella.

—Con el tiempo me volví una experta, conocía mi casa de memoria y no tardaba más de quince minutos en encontrar sus mensajes. Pegados abajo de la mesa, adentro de la mochila del inodoro, entre su colchón y la madera que lo sostenía, recubierto con papel film y metido adentro del shampoo del baño. Si algo tiene uno a esa edad es una curiosidad a prueba de balas y unas ganas eternas de comer golosinas, entonces cada día me perfeccionaba más, a tal punto de que él tuvo que complicar la cosa. Entonces papá empezó a esconder varios papeles, cada uno formaba parte de un todo, y yo tenía que encontrarlos a todos y darles sentido. En ese entonces yo demoraba más tiempo, a veces dos o tres horas, tiempo que él aprovechaba para ir al garage y pintar algo, lo que le saliera, ya que cada vez mi mamá se ponía más y más pesada con los reclamos sobre su falta de trabajo. Yo faltaba al colegio cada quince días, tiempo en el que él preparaba todo el juego. Con encontrar todos los papeles o mensajes no alcanzaba, porque después tenía que descifrarlos: cuando tenía todo, iba al garage y él me daba una hoja con el sistema que había usado para cifrar el mensaje, a veces con las iniciales de cada palabra se armaba una palabra o frase, otras veces usaba el

abecedario invertido (la A cambiaba por la Z, la B por la Y, etc.), otras veces usaba el método de desplazamiento (creo que se llamaba así) y él me daba el número de letras que tenía que correr (si eran tres posiciones, la A se cambiaba por la D; si eran ocho, la A se cambiaba por la I, y así), las más difíciles eran con el cuadro de Vigenére que...

Valentina se calló de golpe por el ruido de la puerta de la habitación de su mamá y unos pasos que retumbaron en el pasillo. No dejaban que me quedara a dormir en su casa, por lo que tenía que esconderme por si a Adriana se le ocurría abrir la puerta para ver por qué Valen hablaba sola a las cuatro de la mañana. Yo terminé tirado al lado de su cama, a donde no podía llegar la vista si se estaba parado en la puerta, por unos cinco minutos, hasta que los pasos se alejaron y la puerta de la habitación de su mamá se cerró. Con ese golpe de realidad cambió totalmente el clima y llegamos a la conclusión de que era mejor que me vaya antes de que se hiciera más tarde.

## VIII

### El miedo

Coger. coger, coger. Estímulos constantes de todas partes, bombardeo de imágenes, videos porno, nudes, publicidades, meter la pija en la concha, sacarla, jugar al sado, dominar al otro, la virginidad, el maldito tema de la virginidad, que sos «alto puto» si no la pusiste, que «yo me garcho todo lo que camina». En fin, el runrún que corre en el universo adolescente sobre el sexo, acto que te convierte de una vez y para siempre en un adulto, hecho inolvidable, Todo perfectito, amor, la Virgen María que es embarazada por el Espíritu Santo, desinformación, hacés lo que podés. Tabú, en Bedoya, un verdadero tabú.

No charlamos del tema cara a cara hasta el día en que cogimos por primera vez. Durante las primeras semanas siempre que nos veíamos lo hacíamos en su casa o en mi casa y siempre había gente. En su casa por lo general su mamá y en mi casa por lo general Pedro. No es que estuviéramos frente a ellos refregándonos y eso, pero siempre había otra presencia, entonces nunca se había dado el momento o nunca lo habíamos planificado para que suceda. Habíamos compartido muchos niveles de intimidad pero la física era la que más nos costaba.

Ambos teníamos problemas: ella complejos con su cuerpo y yo miedo por ser un inexperto total, que de hacerme la paja viendo porno sabía un montón pero de ponerme un forro o de satisfacer a otra chica, no sabía nada. Será por eso que nunca saque el tema, porque me daba cosa que me agarrara desprevenido, con la guardia baja, y por ignorante

la hiciera pasar un momento de mierda digno de cortar la relación y no volvernos a ver las caras por la vergüenza del recuerdo compartido.

Lo peor de nuestra situación era que ni lo suyo ni lo mío podía arreglarse de un día para el otro. A ella no le alcanzaba con mi aprobación o la de todos sus seguidores, lo suyo era algo más profundo y tenía que ver con el amor propio. Valentina contentaba a todos menos a ella. Ningún halago era suficiente.

Cuando a vos no te alcanza con lo que tenés de «fábrica», con lo otorgado por la lotería genética, es difícil. «Te dicen que tenés que aceptar tu cuerpo tal como es, já, qué vivos que son, como si a una le quedara otra, como si pudiéramos no aceptarlo, tirarlo a la basura y ponerse a esperar uno nuevo y mejor», decía y en parte tenía razón, su argumento era más que válido, pero no dejaba de ser el marco teórico que reafirmaba y sostenía su inseguridad. Al convertirse en una persona mucho más consciente y profunda, su manera de analizar las cosas parecía servirle para observar a todos los demás pero no para verse a ella, entonces su criterio y pensamiento crítico sobre los «cuerpos perfectos» no le servía más que para enojarse con todos y con ella misma.

Durante este proceso yo me dediqué a, además de contenerla y quererla, informarme sobre el sexo. Videos en Youtube de Alessandra Rampolla sobre la vagina, sus partes, cómo estimularla, como encontrar el clítoris. Otros videos —que me dan más vergüenza— sobre cómo afrontar la primera vez. Otros sobre cómo ponerse el preservativo. Todo repartido en partes, me daba pudor pensar en que mi viejo o mi hermano me encontraran viendo eso, por eso los veía en el baño con la ducha prendida de fondo.

Un jueves a la tarde, después de educación física, pasé por un kiosco al que no había ido nunca, la idea era que quien atendiera fuera

un completo desconocido. Para mi total sorpresa quien atendía era una señora de unos sesenta y cinco años.

—Nene, ¿qué vas a llevar?

—Eh, deme...eh..., unos Beldent negros... —dije tras unos segundos de titubeo.

—Sí, acá tenés. ¿Algo más?

La señora era avispada, ligera, no era la típica abuela dulce y dormida. El quiosco era chiquito, parecía una cabina de guardia de seguridad pero colmado de golosinas, cigarrillos y preservativos, y todo esto estaba atrás de ella.

—Y deme unos praim...

—¿Unos qué? —dijo la vieja con tono de sorpresa y me avergonzó todavía más.

—Unos Prime —le dije pronunciando como lo haría mi papá, bien castellanizado.

—Ah, unos profilácticos. No te había entendido —dijo mientras se daba vuelta— ¿Cuáles querés?

—Ehh...los...esos. Los blancos...

—¿Estos? —agarró una cajita gris y se dio vuelta preguntando en voz alta.

—Sí, sí, esos, esos. Deme dos cajitas ¿Cien no? Tome —le dejé la plata avergonzado y guardé en la mochila todo mientras empezaba a caminar, esperando que nadie me viera, como si estuviera guardando bolsitas de merca.

Me acuerdo que llegué a casa y entré con la mochila al baño. Prendí la ducha, me saqué la ropa, me cacheteé un poco la pija y cuando estaba casi parada me agaché, abrí la mochila, agarré una de las cajas y la miré detenidamente. Leí las instrucciones de atrás —debo haber sido



el primer ser humano que lo hizo— y abrí la caja con una delicadeza de cirujano para que ningún cartón quedara como evidencia de semejante situación en el baño. Agarré la tira de tres preservativos, guardé la caja abierta en la mochila y me senté en el inodoro. Rompí esa especie de troquelado que une cada paquetito y mientras sostenía dos con la palma de mi mano derecha, con la técnica de los magos para esconder una carta o una moneda, con mis dedos índice y pulgar de ambas manos tomé por la punta izquierda uno y con un poquito de fuerza lo abrí. Inmediatamente sentí una viscosidad en los dedos. Saqué de adentro esa especie de globo arremangado envasado y tiré el paquetito abierto junto con los dos cerrados arriba de la mochila. Con la mano derecha me agarré la verga y me pajeé un poco con los ojos cerrados mientras imaginaba esos besos descontrolados con Valentina en donde nos franeleábamos hasta más no poder y quedábamos exhaustos sin habernos sacado la ropa. A los diez segundos ya tenía la pija dura, caliente, algo colorada por la velocidad y la fuerza con que me había pajeado. Al igual que en el video, agarré el preservativo del globito, lo apoyé sobre la cabeza y procedí a desenrollarlo. Tiré un poco y no podía. Claro, qué idiota, estaba al revés. Lo giré, hice el mismo procedimiento y lo desenrolle hasta casi la base. Sentía como si me la hubiese envasado al vacío, la sensación era rara, sofocante, como si la verga habitualmente respirara por el orificio que tiene y con ese plástico a presión se estuviera ahogando. Una vez le había escuchado decir a un compañero de la escuela: «La tecnología avanzó un montón pero tenemos que seguir cogiendo con un cacho de plástico en la pija». Recién cuando lo sentí puesto lo entendí, era raro, pero era eso o nada, no me fascinaba la idea de agarrarme alguna enfermedad de transmisión sexual o tener un pibe. Con el preservativo puesto procedí a terminar lo que había empezado y sin dejar de

pensar en Valen. Era la primera vez que lo hacía pensando en ella, hasta ese entonces me había parecido como una, no sé, falta de respeto. Me pajeé hasta más no poder y acabé como nunca en todas mis otras pajas había acabado. Sentí la satisfacción de quién se propone algo y lo logra.

Tiré el preservativo envuelto en papel higiénico al inodoro y me bañé tan relajado y contento como el hijo de un millonario que tiene su vida resuelta.

## IX

### Nostalgia compartida

—¿Qué onda que Vale no viene hace mucho? —preguntó Pedro mientras cenábamos.

—Eso Benja, ¿qué pasó? —saltó mi viejo.

—Nada, está todo bien —respondí mirando mi plato.

La tele estaba en un canal deportivo, creo que ESPN. No solíamos mirar nada en particular, si se prendía el televisor era solo para hacer un poco de bullicio, ninguno de los tres solía prestarle mucha atención.

Me serví otra presa de pollo en el plato y mi viejo, no contento con mi respuesta, volvió a insistir.

—¿En serio todo bien? Debe hacer una semana que no la veo por acá...

—Cuando te querés poner pesado lo lograrás Pablito, eh —respondí más irritado por mis cosas que por su pregunta.

—Uh, estamos a la defensiva che, te pregunté porque me pareció raro, nada más.

Parecía que Pedro miraba con un ojo su plato, con el otro el celular, con un oído escuchaba la tele y con el otro, parecía volcar más concentración en lo que hablábamos nosotros. Al igual que un león acechando a su presa, parecía estar esperando el mejor momento para actuar.

—Capaz se rajó de Bedoya... —dijo en un tono sobrio, como el de esos humoristas que hacen reír por el contraste entre su cara de nada y sus palabras descontextualizadas.

—¿Y vos cómo sabés?

—¿Se fue del pueblo?, ¿de verdad?

—Qué chusmas que son, eh... —sin dejar de comer mirando el plato, seguí hablando—. Sí, qué sé yo, se fue pero por unos días a capital, por una prueba de una agencia y blablablá.

Pedro levantó las cejas como diciendo «yo sabía, gil» y siguió comiendo.

—Ahhh, no habías dicho nada —dijo mi viejo.

—No, papá, esto no es una reunión de alcohólicos anónimos donde cada uno viene y cuenta lo que le pasó en la semana. Aparte es una pavada, se fue unos días y vuelve el miércoles por lo que sé.

—Subió una foto ayer... —tiró Pedro por lo bajo.

—¿Una foto? —pregunté con indecisa curiosidad

—Sí, a insta. Mucha producción, muy cheta ella. A ver si te dejás de hacer el anti y te actualizás, Benjamincito.

Mi papá estaba empezando a levantar los platos y se río, el pibito tenía el tupé de gastarme y lo hacía, pienso ahora, con razón. Mi viejo metió todo en la bacha y abrió la llave del agua caliente para empezar a lavar. Yo solía desentenderme de esa parte, el trato era que si yo cocinaba, él limpiaba, pero cada tanto, por distintos motivos, solía ponerme a secar las cosas que él iba lavando para agilizar el trámite.

—Esto lo solía hacer con tu mamá, éramos como un doble cinco, funcionábamos en equipo...

—Si papá, algo me acuerdo. Ahora te ayudo yo, dale querido, mové...

Mi respuesta intentó taclear lo que venía, en su mirada fija sobre los platos blancos de porcelana con flores rosas pintadas en sus bordes, los mismos platos que les había regalado una pareja amiga para su casamiento, podía presentir que se aproximaba a toda velocidad una

nostalgia demoledora. Era como si entrara en trance y todo ese bloqueo sentimental habitual desapareciera por unos minutos. Empezó a mover la esponja más despacio y, tras unos segundos de silencio, largó todo el aire por la boca y cargo un poco para hablar.

—Desde que no está el tiempo pasa más lento, los segundos a veces parecen de plomo.

—Bueeeno, bueno, cortamos con la nostalgia. Abrís esa puerta y no parás, ya pasaron doce años, cambiá esa melancolía...

—Vos no entendés, Benja...

—¿Cómo que no entiendo papá? Vos la conociste a los quince años, yo la conocí desde mi primer segundo de vida. Ella no querría que ni vos, ni yo, ni Pedro flaqueemos.

—Si Benja, ya sé. Pero hay ciertas cosas que las tengo impregnadas, momentos que vivo de vuelta: voy a la panadería y la veo cebando mates, lavo los platos y está atrás mío, me levanto de la siesta los domingos y está al lado, semidespierta, preparada para gastarme con algo de River. Fueron años, muchos, de forjar costumbres, y a veces siento que los recuerdos se me van, que se tiran por el tobogán del tiempo y terminan en, como decirte...

—...en un abismo.

—Eso. La vuelvo a encontrar en la repetición, en lo cotidiano, en el olor de los sahumeros, en la flor de lavanda que tanto le gustaba. Y esos momentos en que la memoria juega al recuerdo trato de atesorar esa felicidad, de enfrascarla para dejarla levar y que se multiplique, para reutilizarla en el día a día...

Me dio el último vaso y mientras lo secaba me di cuenta que le temblaban las manos, como si algo más le pasara, como si su trance fuera lo suficientemente fuerte y profundo para hacerlo tambalear.

—Entiendo lo que decís papá —le dije, como cerrando el tema—, pero esa felicidad fermentada usala para cosas nuevas, date tiempo para otras experiencias, no te pases toda la vida amasando el ayer.

Asintió en silencio mientras sacaba los restos de comida que quedaron en la bacha. Enfilé para la habitación y le dije que me iba a dormir, que «mañana a la hora de siempre».

Pedro estaba acostado, riéndose solo con su celular. Me vio entrar y me dijo «mirá lo que te hice». Me mostró la pantalla del celular y ahí estaba una foto mía en miniatura, con él, claro, en la esquina superior izquierda del aparato. Abajo y en negrita, mi nombre: Benjamín Robledo.

—¿Qué es esto?

—No te hagas el boludo si sabés que es Instagram. Te lo instalé y te cree una cuenta, la contraseña es «pedroeselmejor», todo junto y en minúsculas.

—Ya te dije que no agarraras mi celular, Pedro. Dámelo.

—No te enojés, salame, hay algo que te quiero mostrar.

## X

### Gris

En esos casi seis meses que llevábamos saliendo todo se había dado, digamos, naturalmente. Muchas cosas son planificables, se preparan con anterioridad, se evalúan y, en el caso de los más obsesivos, hasta se piensa cómo actuar ante algunos imprevistos. Con los sentimientos eso no ocurre, ahí siempre llegás tarde. Cuando uno llega al momento de analizar qué es lo que le pasa, la cosa ya le pasó hace rato y no hay mucho para hacer: solo queda hacerse cargo y transitar ese estado con la actitud que más convenga para uno y los demás. Recién pude pensar todo desde afuera cuando me encontré lejos de ella, sin el efecto narcotizante que me proporcionaba.

Durante muchos años había sido un ser apático, indiferente. Las cosas que la mayoría creía «importantes» a mí me parecían intrascendentes, me pasaban por el costado. No fingía ese estado para llamar la atención, como muchos adolescentes suelen hacer; casi todo perdió sentido cuando murió mi vieja. Y lejos de dar un diagnóstico, ahora, a la distancia, puedo esbozar una opinión concreta: lo mío no era depresión, era más bien desencanto. Casi todas las experiencias de mi adolescencia estuvieron teñidas de gris, a veces más claro, a veces más oscuro, la variación era mínima, pero siempre gris. Y si volví a ver la vida en toda su gama de colores fue en gran parte gracias a Valen y lejos de ella, todo recobraba su gris original, como en ese capítulo de «Los Padrinos Mágicos» en que Timmy desea que todos sean iguales y sus hados, Cosmo

y Wanda, vuelven el mundo opaco, apagado, grisáceo, donde las personas son seres amorfos y gelatinosos que se arrastran, indiferenciables, irreconocibles; ni genitales, ni pelo, ni ropa, nada clasificable. Timmy deseó eso; a mí, la situación se me apareció casi de repente, de sorpresa, como un auto a toda velocidad que atraviesa una esquina con el semáforo en rojo y pasa a centímetros de mi cuerpo, esquivándome casi a último momento y dejándome con una sensación de ahogo sofocante.

No estaba exagerando: me sentía raro, con menos ganas para todo. Al igual que esos celulares que se cargan por proximidad a una base, Valentina parecía ser mi fuente de energía y al tenerla lejos yo perdía potencia y mi barra de fuerza se reducía con cada hora lejos de ella. De esto pude darme cuenta cuando se fue ese veinte de febrero, ya que nunca habíamos estado a más de, no sé, tres kilómetros de distancia.

La cosa es que el miércoles estaba al caer, faltaba muy poco para volver a verla, pero mi macabra imaginación había vuelto a volar muy alto cuando Pedro me mostró una foto de Valentina. Según me dijo, la había encontrado mientras pegaba vueltas en «la lupita de Instagram» y había sido subida por la agencia «Enjoy». Ella estaba en el centro del cuadro, con una pared vieja con ladrillos a la vista de fondo, llena de musgo y residuos que la humedad y el pasar de los años parecían haber ido depositando poco a poco en su superficie. El contraste entre esa pared antigua y la increíble y desbordante juventud de Valentina era fantástico, ella brillaba. Su piel tenía un bronceado más potente del que tenía la última vez que la había visto, casi dos tonos más oscuro, y ese color resaltaba todo su cuerpo: el verde de sus ojos, que parecían más claros y profundos que nunca, su sonrisa perfecta y blanquísima, las uñas de sus manos arregladas extraordinariamente, la musculosa turquesa con un «fuck you» estampado que dejaba ver su ombligo —el



epicentro de mi perdición—, su short de jean claro todo tajeado y sus pies desnudos que sobre ese suelo de aspecto repugnante parecían dos reliquias invaluables de la dinastía China, más por su fragilidad que por su finura. Su pose demostraba una inconmensurable alegría nacida por una libertad que parecía nunca haber sentido, como si toda la parte de su vida anterior a esa foto la hubiera pasado en cautiverio, encerrada en una sala impenetrable, enterrada a diez metros de profundidad: sus manos con los dedos abiertos sobre su cabeza levantando todo su pelo y dejando caer una pequeña parte sobre su hombro derecho, su ojo izquierdo entrecerrado, su boca abierta, sus codos levantados y sus axilas delicadas al descubierto, la leve rotación de su cadera que invitaba a seguir bajando los ojos, su pierna derecha algo abierta para mostrar la parte interior y sus pies en punta, al borde de la levitación. Todo en ese cuadro parecía ser parte de un big bang imparabile que anunciaba que nada, absolutamente nada, volvería a ser igual.

Entre la panadería, algunas reflexiones y horas de play con Pedro, el fin de semana se había esfumado y cuando quise acordarme ya era lunes y estaba arrancando otro día de trabajo. Ese día fue el único de mi vida que agradecí tener que trabajar en la panadería, ya que todo el tiempo que pasaría encerrado ahí sería tiempo que no usaría para elucubrar pensamientos retorcidos sobre el futuro cercano de mi relación con Valentina. Esa mañana abrí la puerta del negocio esperando pasar el resto de mi vida ahí adentro, con la capacidad de no volver a dormir jamás y deseando además que, al contrario de lo que pasa en ciertas partes del mundo en donde nunca sale el sol, en Bedoya nunca más se hiciera de noche.

## XI

### Podés ir volviendo

No me gustaba usar el celular porque estaba acostumbrado al cara a cara, tanto con los que quería —mi viejo, mi hermano, Valentina— como con los que no me despertaban ningún sentimiento colorido —clientes, religiosos que tocaban la puerta en casa para intentar meterme su ficción en la cabeza, ex compañeros de la escuela, ex profesores, vecinos—. Tenía suficiente contacto con la humanidad, más del que quería, y si no recargaba mi silenciómetro en la más pura soledad, me era imposible sostener el personaje apacible y semi-simpático que le caía bien a la gente. Y «bien», digamos, hasta ahí nomás, porque lo que buscaba con mi actitud era poner el límite de intimidad donde yo quisiera, y la gente entendía ese límite como el «trato profesional» que se tiene con un abogado o un doctor.

¿Para qué quería las redes sociales?, ¿para fingir amistad con mis contemporáneos del pueblo? Demasiado había tenido con tener que bancarlos en los años de escuela, con hacerme el que no escuchaba cuando cuchicheaban entre ellos «ahí viene el “autista”», o con tener que decir «quiero hacer los trabajos solo porque así trabajo mejor» para no tener que comerme el acting y los «ufa» de las personas a las que un profesor metía obligadamente conmigo en un grupo.

Ya había tenido bastante con la realidad como para tener que volcarme a un mundo virtual donde la mentira y la discriminación son moneda corriente. Con mi mundito real, chiquitito, donde entraban cuatro

o cinco personas, estaba bien, pero en esos días donde se había ausentado Valentina las leyes naturales que regían en mi territorio parecían perder sentido, ya que por la ventana que ella había dejado abierta entraba un aire que cambiaba todo lo que tocaba.

Entre tanta sensación desconocida se abrió otra ventana porque, a un poco menos de veinticuatro horas de la vuelta de Valentina, Pedro me esperaba en casa con una sorpresa: ocho y cuarto de la noche, un rato antes de la hora a la que yo solía volver de la panadería, había quedado en llamarse por Skype con ella.

Cuando la vi en la pantalla del celular fue como una piña al hígado: me ahogó pero no me noqueó. Si no lagrimeé fue por la presencia de mi hermano, porque las ganas las tuve y contenerlas fue difícil, como cuando uno apaga un bostezo o un estornudo. Maldita clausura sentimental a la que nos acostumbran a los hombres desde chicos: no hay que quebrarse en público en ningún momento porque «los machos no lloran». Y si algo no fui nunca es ser un macho, pero tan entrenado está el inconsciente con esas prácticas y costumbres que me daba vergüenza hasta llorar en privado, porque una parte de la cabeza me martillaba diciendo «¿cómo vas a llorar maricón?».

Entonces no lloré, la vi en vivo y en directo y no lloré. Los músculos de mi cara se tensaron por la alegría que se esparcía por todo el cuerpo con la fuerza y la velocidad de una supernova. De golpe me sentía borracho de esa sensación inefable que me agarraba al verla y que hacía siete días no sentía.

—Hasta que apareciste querida... —le decía mientras me sentaba en la cama de Pedro, le sacaba su celular con mi mano derecha y con la izquierda lo pellizcaba para que saliera de la habitación.

—Si, perdón Benja, pero no sabés lo que es acá, recién hoy pude bajar un poco, todo va tan rápido que el tiempo desaparece.

Parecía que había crecido cinco años y no por su aspecto físico, se la notaba con un aplomo y una madurez mucho más consumada, como si el cordón umbilical se hubiese cortado al separarse más de trescientos kilómetros de su casa.

Estaba a cara lavada, sin una gota de maquillaje, y así me gustaba muchísimo más porque solía reservarse esa cara al natural solo para mí, un pacto tácito que denotaba un grado de confianza enorme, como si conmigo pudiese ser ella y con el resto del mundo necesitara una máscara para relacionarse.

—Te extraño che, parece que te fuiste hace una vida. A Carmen ya la había empezado a mirar con otros ojos...

—¿Ah sí? Mirá vos... ¿y qué estás esperando para encarar a la vieja? —dijo con esa ironía celosa que solía emerger cuando le hablaba de otras mujeres.

—Ante todo respetuoso, mi lady, ¿nosotros seguimos siendo novios, no?

—Creo que sí, ¿vos eras Matías no? Te confundo con otra de mis tantas parejas...

—Sí, Matías, jajá, te comiste al payaso de McDonald's ¿No me extrañas?

Esquivaste eso che...

—Claro que te extraño, estúpido ¿Querés hacerme más preguntas obvias?

Como por ejemplo si me gusta respirar o si me gusta comer, ponele.

—Perdón, tenés razón, hago preguntas boludas —sonreímos y hubo un silencio de dos segundos, el formato de videollamada, por más que fuera con mi novia, me tenía algo nervioso— Che, ¿qué onda eso?, ¿qué onda la gente?

—Y...bien, qué sé yo, hay de todo. No sabría decirte, porque es todo bastante fingido, todos quieren caer bien, todos sonríen las veinticuatro horas pero debe ser por las cámaras y los flashes —miró para abajo un segundo y retomó con media sonrisa mirando al celular—. Mucho no les creo, pero por ahora todo bien, me tienen «moro» de acá, «moro» de allá, y mal o bien el tiempo se pasa.

—¿«Moro»? —puse cara de extrañeza mezclada con sonrisa.

—Jajá, callate boludo. Me pusieron así, acá hay tantas rubias blancas que si resalto por algo es por mi negro intenso.

—Pero si vos no sos negra, sos opaca, te bajaron el brillo a control remoto, jajá. ¿Cómo conseguiste celular para hablar? ¿es de alguna piba de ahí?

—Eh...no, es de uno de los..., no me sale la palabra. Manager, sí, eso, uno que anda siempre por el hotel... —se había puesto algo titubeante, como un irakí en plena entrevista para sacar la visa estadounidense.

—Ah, está bien, buenísimo ¿Mañana ya volvés? —le dije evitando el momento incómodo que los dos habíamos notado.

—Sí Benja, es lo más probable —dijo bajando la mirada—. De las diez que fuimos en esta semana hay dos que se perfilaron desde el principio como para quedar contratadas y mañana al mediodía seguro lo hacen oficial. Yo estoy tranquila igual, sabes que no me gusta pisarle la cabeza a nadie, eso no me va. Hice lo que me pidieron, sonreí más

de lo que hubiese querido y me aguanté las ganas de pegarle una piña a algunas de estas minas que se comieron el papel desde el minuto cero. Así que me quedo conforme, habrá otras oportunidades; mañana seguro salgo para allá en el colectivo de las seis de la tarde —dijo levantando la vista y sonriendo sin mostrar los dientes.

—Bueno, joya Vale. Gracias por llamar, tenía muchas ganas de verte. Mañana cuando llegues a tu casa avisame, si no estás cansada y tenés ganas nos vemos.

—Dale —dijo sonrojándose, con los ojos más brillantes de lo normal—, no veo la hora de llegar y abrazarte. Mandale cariños a «Pedrito» y saludos a tu papá. Te amo Mati, perdón, digo...Benja.

—jajá, estúpida. Te amo, Carmen. Descansá.

## XII

### El sexo

El sábado dieciocho de noviembre de 2017 cogimos por primera vez. Ese fin de semana su mamá y su padrastro se habían ido de viaje a Córdoba, mitad por placer y mitad por negocios. Lo primero por Adriana, su madre, y lo segundo por Antonio Rocca, su padrastro, el tipo con más plata de Bedoya.

A eso de las siete y media de la tarde me escribió para que fuera a su casa. Estaba sola y me pidió que me apurara porque se aburría. Los cinco preservativos que me habían sobrado de la prueba de fuego seguían en la mochila y también tenía los chicles que había comprado en el kiosco de la vieja, para lo único que paré fue para comprar un chocolate Milka Oreo enorme que solo se conseguía en un almacén en particular. No me quedaba tan de pasada, pero valía la pena alargar el camino para tener un lindo gesto.

Cuando llegué a su casa y toqué la puerta se podía escuchar desde afuera el retumbar de los parlantes que tenía en su living. No sé qué tan exacto sea mi recuerdo —al igual que todos los demás recuerdos—, pero creo que la canción era «Échame la culpa» de Demi Lovato y Luis Fonsi. Toqué timbre una vez y nada, el «riiing» podía pasar tranquilamente como un arreglo de la canción, principalmente porque se equiparaban los volúmenes. Volví a tocar y se pudo escuchar como la voz de Fonsi en el estribillo se fue convirtiendo en la voz de Valen que gritaba «¡no eres tú, no eres tú, no eres tú, soy yo!», señal de que

se estaba acercando a la puerta. Abrió y me atropelló con la mirada, registrándome mientras se mordía el costado del labio inferior con sus incisivos superiores derechos. «Dale, pasó boludo», me tiró mientras se volvía para adentro en el giro de ciento ochenta grados más erótico de la historia de la humanidad. Nunca creí que mi cuerpo fuera digno de una mirada así, un recorrido visual donde alguien te mira como objeto de goce mientras piensa «la que te espera, papito». Sin embargo esa fue su mirada, su libido parecía alcanzar la cumbre y con la música a fondo y una escenografía para nosotros solos, parecía potenciarse más.

Su caminata se perdió en el pasillo que lleva al fondo de su casa, donde están las habitaciones. Cuando entré y cerré la puerta me encontré solo, con un océano de ruido, naufragando en una casa que parecía despoblada. Dejé la mochila en el sillón de la entrada, me metí un chicle a la boca y guardé dos forros en el bolsillo del jean. «¿Qué estás haciendo Benjamín?!», se escuchó a lo lejos y parecía venir de su habitación. Mientras caminaba en su búsqueda las piernas se me aflojaron y la sangre parecía irse toda a mi entrepierna. Tuve por segundos la sensación de que los huevos me iban a explotar. Pasé la puerta de la habitación de su mamá, después la segunda, la del baño, y llegué a la suya, que estaba entreabierta. Entré y en su cama no había nadie. Pensé que estaba tirada en el mismo lugar en que me había escondido cuando su mamá casi nos descubrió en plena madrugada. Cuando encaré para saltar la cama y agarrarla en el piso, ella salió de atrás de la puerta y se me colgó de la espalda, haciéndonos caer en la cama. «Te tengo atrapado bebé, de acá no te escapás», me susurró al oído y la piel de todo el cuerpo se me erizó. Me empezó a dar besos en la nuca mientras con sus manos sostenía mis brazos en claro mensaje de «esto lo voy a manejar yo». Siguió con la lengua por el costado del cuello, muy des-



pacio, dejándome un surco de saliva que a medida que se enfriaba me llenaba de unos escalofríos raros. Esos que te agarran cuando alguien te está por hacer cosquillas. Me corrió un poco el pelo y muy despacio llegó a mi oreja derecha. Nunca había sentido tan cerca su respiración. El encierro provocado entre su cara y mi oído hacía que su jadeo se volviera húmedo y mojara sutilmente toda esa zona antes de hacerlo con su saliva. Su lengua jugó un poco alrededor por el contorno del cartílago y después, ya con más furia, entró y lamió todo el interior, apagando por momentos el sonido y generando una tensión en mi cuerpo que jamás había sentido, llevándome a casi acabar. Haciendo un poco de fuerza, solté mis brazos y giré mientras agarraba la parte de atrás de sus piernas para darla vuelta sin que se golpeará. En segundos me encontré sobre ella y al mirarnos, entendimos que los habituales rastros de inocencia e inseguridad habían desaparecido, ya no estaban ahí y no aparecerían por un rato largo.

Sin darle ni un beso en la boca, empecé un camino con mi lengua dejando mucha saliva en el trayecto, desprendiendo su camisa blanca casi transparente, botón por botón. Mientras descendía, mis manos hacían el camino inverso para ponerse sobre su corpiño negro de encaje. La fuerza con que apretaba sus tetas fue aumentando a medida que ella me lo pedía con sus manos, que al instante estaban sobre las mías. Si ella me apretaba, yo presionaba un poco más fuerte y su cabeza se movía para atrás y para adelante, como poseída. Empecé a darle besos sobre su short y con los dientes, en un acto de habilidad, mordí la parte del botón y tirando para la izquierda y después para arriba, lo desprendí. Mordí el cierre y casi hundiendo mi nariz lo bajé del todo. Solté sus tetas, agarré su short sin dejar de darle besos cerca de su ombligo y empecé a bajárselo. Levanté la cara y me arrodillé sobre la cama para facilitar

el trámite. Ella acuclilló sus piernas en el aire mientras yo lo sacaba. Lo tiré al costado de la cama y sin dejar de hacer fuerza con el abdomen me levanté la remera despacio, en un acto casi de stripper. Ella me miró como lo había hecho en la puerta de entrada. Volví a tirarme sobre ella y acerqué mi cabeza de vuelta a su entrepierna, rodeándole con los brazos sus muslos que estaban en posición de parto. Su tanga combinaba perfectamente con su corpiño, era negra y de un tamaño ideal. Cuando acerqué mi respiración a donde hace segundos estaba su short, ella me agarró del pelo con una mano y con la otra empezó a apretar las sábanas. Arranqué con besos sobre la tela negra traslúcida y de a poco empecé a mojar la parte que recubría a sus labios vaginales. La fuerza con que apretaba las sábanas y me agarraba del pelo, indicaba que estaba yendo por el lugar correcto y al tempo justo. Su cuerpo empezaba a retorcerse suavemente y metido ahí abajo podía escuchar sus primeros gemidos. Recuerdo sentir como se calentaba y humedecía. Ella se estaba mojando y era por mí, por lo que estaba haciendo, y eso me excitaba todavía más. Era hermoso saber que yo le estaba generando esas cosas en su cuerpo. Con la mano derecha corrí suavemente su tanga para descubrir la concha más linda que vi en mi vida: todas las que había visto en los videos porno estaban a años luz y encima la de Valentina la tenía pegada a mi cara y toda para mí. El primer instante en que mi lengua tocó el borde de sus labios, ella suspiró. Sus manos se tensaron y de a poco se soltó y empezó a gemir.

Todo lo que había visto en los videos se me olvidó, todas esas imágenes de vaginas en 2D, al final, me sirvieron para aumentar mi confianza pero no tanto para el momento de la práctica: yo sabía que tenía que encontrar el clítoris pero no sabía cómo. Por momentos profundo, metido casi con mi nariz, por otros más en la superficie; iba

tanteando las zonas, conociendo con mi boca sus partes más erógenas. En un momento ella, tirándome del pelo, me condujo con movimientos cortos y precisos hacia el lugar.

Un grito fuerte y cortito y su cabeza tendida hacia atrás levantando casi todo su torso, formando un arco digno de la entrada al pueblo más lindo del mundo, me pedían tácitamente que siguiera ahí, que fuera hasta el final. «No hay razones pa' que te cohibas, yo sé que tu nene te motiva, me dijeron que eres posesiva y que te encanta mi vitamina», cantaba Maluma de fondo y acompañaba perfectamente con ritmo y letra, como si un dj hubiese estado musicalizando nuestro momento.

Me acuerdo del sabor suavemente salado del lubricante natural que emanaba su cuerpo, que se mezclaba con mi saliva y el sudor de ambos y así me resultaba perfecto. Que ella estuviera así de caliente me ponía igual, con la pija casi haciendo un agujero en su colchón. Seguí ahí, chupando, saboreando, usando los dedos; «¡qué bien Benjamín!», pensaba por dentro y seguía. Ella empezó a retorcerse a más no poder y a apretar las sábanas como queriendo romperlas; sus gritos se agudizaron y al acelerar mi «arriba, abajo» con la lengua sentí como sus piernas me apretaron la cabeza y, tras dos segundos de silencio, con su boca abierta a más no poder, sentí la descompresión: un alarido primero agudo y después grave, raspando la garganta, y mi cara quedando toda acabada mientras su cuerpo daba espasmos, relajándose a medida que su concha terminaba de eyacular. Saqué la cabeza de entre sus piernas y me tendí boca arriba, cansado. Después de treinta segundos de silencio en que nos dedicamos solamente a respirar, ella habló con algo de misterio.

—Benja...

—¿Qué Vale?

—Tengo que decirte algo... —dijo entre sus últimos jadeos, mirando al techo y generándome una incertidumbre necesaria, preparándome para escuchar por primera vez algo que me atravesaría el pecho como una flecha de acero.

—¿Qué?

—Te amo.

El resto de esa noche nos dedicamos a coger y comer, comer y coger. No desperdiciamos ni un segundo de ese primer fin de semana en soledad.

## XIII

### Esperándote

Estando solo sentía miedo. Sentía que era una paloma con el ala lastimada, recuperándose en su nido, que postergaba el hecho de volar por miedo a caer y morir, o peor, caer y quedar destrozado en la más pura agonía. Cuando las cosas conjugaban y me sentía alegre me atacaban unas ganas indomables de echarme al vacío y planear sobre el viento. Todas las ideas parecían grandes oportunidades y los posibles obstáculos no eran más que nimiedades que lo único que podían hacer era molestarme como moscas —pegarme vueltas, posarse sobre mis manos, sobre mi cara, zumbarme horas y horas en el oído—, pero no mucho más que eso. En cambio, cuando me atacaban sentimientos nostálgicos o me hacían preguntas sobre el futuro, sobre mi futuro, recaía como un adicto a la cocaína que encuentra por pura casualidad un gramo escondido en una zapatilla Topper vieja. Nada me daba más vértigo que mirar hacia atrás o hacia adelante; por eso no lo hacía, tenía clausuradas esas puertas y caminaba en círculos adentro de mi sala de espera —¿esperando qué? —, aunque de vez en cuando alguna pregunta, o algún libro de mamá, o algún aroma guardado en lugar más recóndito de mi cabeza, hacía que me encontrara de golpe con el espejo retrovisor y esa imagen me desestabilizaba; ahí bajaba la mirada de golpe y me encontraba con el parabrisas que me ponía enfrente una amplia pero desconcertante visión del futuro. La nostalgia de lo que estaba atrás y lo insólito de lo que estaba adelante, generaban un sismo en mi presente y

me arremetían las ganas de anidar y quedarme para siempre en posición fetal, abrazado como un Koala a la pierna de Valentina.

Volver a tenerla cerca era volver a sentirme seguro. Estando con ella nada trágico podía pasarme. O sí, podía pasarme, pero ¿qué más remedio que su contención podía necesitar? Gran parte de ese miércoles veintiocho de febrero me parece que no existió. No tengo registro alguno de lo sucedido en ese día hasta que dieron las diez y media de la noche, es como si hubiese tenido el control remoto de Adam Sandler en «Click» y hubiese multiplicado la velocidad de todo ese miércoles por treinta y dos para ponerle pausa en el momento en que me encontré en un Chevrolet Corsa blanco de la remisería «Siempre Cerca» —eslogan hiperbólico, solían decirte «en cinco anda por ahí» y eran mínimo diez minutos de espera— yendo a la terminal de Bedoya para recibir a Valen.

¿Cómo reaccionará?, ¿habrá comido algo?, ¿llegará a tiempo el colectivo?, ¿tendrá ganas de verme?, ¿será la misma chica que cuando se fue de acá?, ¿habrá sentido lo mismo que yo esta semana? Todo eso me preguntaba mientras caminaba de un lado a otro en el cordón de la terminal, ansioso, impaciente, cagado. En el pecho me agarraba una congoja similar a la que había tenido esa tarde en que Valen iba por primera vez a mi casa, pero esta vez estaba solo, en una terminal desierta a las once de la noche, más intuyendo que sabiendo, que el simple contacto con ella, podría aliviar instantáneamente todas las inseguridades, todos los caóticos caminos que había imaginado que nos llevarían al Armagedón para vivir el final más finalísimo de los finales.

La noche estaba linda, amigable, se había levantado un poco de viento pero el clima era templado, ideal, algo de veinticuatro grados. Me había puesto lo más prolijo posible: zapatillas «Vans» azules, pantalón chupín negro a estrenar —regalo de ella—, camisa azul a cuadros

para combinar con las zapas —como me había enseñado ella—, tres esparcidas del perfume «Invictus Aqua» de «Paco Rabanne» —que había comprado por consejo de ella— y la cara pulcra, bien afeitada, para no irritarla con mis púas púberes. Toda esa preparación que para otro evento la habría hecho en contra de mi voluntad, para el momento de recibirla me había salido de adentro, naturalmente, como uno de los tantos actos mundanos sin explicación que uno realiza en el día, como abrir la heladera sin hambre o prender el televisor porque sí.

¿Cuántas personas podían llegar a Bedoya en colectivo un miércoles a las once de la noche? Suponía que podían ser como mucho dos, Valen y algún otro NN. Cuando dieron las once y cinco entré a la terminal y pregunté en el único puesto abierto a qué hora llegaba el colectivo de Retiro. El empleado era un cuarentón de rulos que estaba mirando alguna película en su notebook bajo el mostrador —le tuve que hablar dos veces para que notara mi presencia— que tras poner cara de pocos amigos y sacarse sus auriculares azules que estaban al mango me respondió que tenía que estar llegando, que siempre se atrasaba un poco. Le dije «gracias» y volvió a ponerse los auriculares para aislarse de nuevo y dejarme como la única persona atenta al mundo real en el lugar, ya que en la zona más oscura del estacionamiento, un remisero pelado dormía profundamente sobre la butaca reclinada de su Fiat Uno rojo.

Me senté en uno de los bancos de cemento y para no estar tan pendiente de la hora, me puse a ver el cielo mientras cantaba para adentro «Mariel y el capitán» de Sui Generis, una tétrica canción sobre una trágica historia de amor que me había pegado mi viejo: Mariel suele visitarlo en su departamento del quinto piso y el capitán le ofrece té con limón o café, según la energía del momento. Por el malestar que genera en los vecinos —enojados por el amor entre dos personas, quién

lo diría—, el consorcio se reúne para manifestar las quejas y el capitán no asiste, situación que genera más enojo e indignación en estos jueces de la moral que creen poder opinar sobre las relaciones de los demás. A la noche siguiente, Mariel no llega al quinto piso porque alguien corta la cuerda del ascensor y ella muere en un accidente digno de una película de Woody Allen. El capitán, sumido en la más profunda tristeza, se suicida. El consorcio vuelve a reunirse para festejar semejante «logro», pero lo que no saben es que ni así pudieron separarlos, porque en otro plano más idealista y acogedor, Mariel y el capitán están juntos tomando té con limón o café.

Cuando estaba por consumirse la canción, que canté en un tempo más lento, un ruido de motor sonó a lo lejos y fue en crescendo hasta que asomó por la avenida la trompa del colectivo verde y blanco ploteado con las palabras «Vía Tac», que dobló muy despacio por los pozos de la entrada y encaró para la plataforma tres. El cartel electrónico de luces led no funcionaba y por eso tenía pegada una hoja con la palabra «Retiro 18:00» impresa en Times New Roman. Me paré y me acerqué a la puerta con los ojos de un nene en navidad, predispuesto a esperar la bajada estelar de Valen cual vedette en teatro de revista. Se escuchó un primer «psss» —fuerte descompresión del aire de los frenos— e inmediatamente otro «psss» más sutil del sistema neumático que abre y cierra la puerta del colectivo. Unos pasos empezaron a resonar huecos en la escalera del colectivo y me emocioné, tenía que ser ella, las piernas me temblaban: asomó una panza retenida por una camisa al borde de explotar: era el NN, ese que formaba parte de los posibles pasajeros que llegaban a Bedoya un miércoles a las once de la noche. El tipo bajó sin levantar la mirada del suelo y enfiló para el remís donde dormía el pelado. Habrán sido quince los segundos que pasaron hasta que volvió



a escucharse el «psss» y la puerta se cerró mientras el colectivo empezaba su marcha atrás. Mi cara se convirtió en la de un nene en navidad que descubre que Papá Noel no existe.

Nunca voy a olvidar la expresión del chofer cuando me vio. Se encontró con un pibe vestido para otra ocasión, parado todo duro, rígido, rebobinando una y otra vez esa escena en donde Valentina nunca, ni en un millón de simulaciones, bajó de ese colectivo.

## XIV

### En declive

En un plan inesperado me encontré solo, sin Valentina, en el medio de la terminal más desierta del mundo. Más por inercia que por convicción, me desabroché la camisa hasta la mitad y empecé a caminar los dos kilómetros y algo que había de la terminal a mi casa, a paso lento iba a tener una media hora como para pensar, bajar un toque. De paso podía aprovechar para comprar algo para comer a la pasada ya que le había dicho a mi viejo que no me esperara, que iba a estar con Valentina y que iba a cenar con ella. Quería hacer todo el tiempo posible para no tener que llegar a casa y encontrármelo despierto. Me iba a acribillar con sus preguntas sobre por qué llegaba tan temprano con «cara de orto» y no quería tener que responderle mal, pelearme por algo en lo que él no tenía nada que ver; prefería evitarlo, esperar a que se acostara para llegar y así como así sacarme desafortadamente toda la ropa que con tanta delicadeza había preparado para un evento que nunca ocurrió.

Pude verme desde arriba y atrás, en un plano picado, caminando por las calles desoladas de Bedoya. La escena tenía sabor a nada y estaba musicalizada por el sutil viento de una noche opaca, tapando una a una las estrellas que hacía un rato adornaban el techo del pueblo. Vuelvo a ver la escena y veo un chico arrastrando un poco los pies, con ambas manos en los bolsillos y la mirada hacia abajo, que se encuentra con las baldosas y los cordones de las veredas cuando las tiene casi encima. Por momentos el viento dejaba de soplar y aplomaba el silencio

casi total, podía escucharse un susurro de la boca de ese chico y sus pensamientos puestos en altavoz. Nacían y morían en su cabeza teorías sobre por qué su novia no había aparecido: no habrá llegado a horario a Retiro y viene mañana, hachazo; no quiso volver y eligió quedarse a rebuscársela allá, hachazo; nunca estuvo en sus planes volver a Bedoya porque nada del pueblo era más importante que su anhelo, hachazo. Nacían teorías, lo amargaban y las mataba antes de que se esparzan. Cada pensamiento nuevo sobre el falso encuentro lo debilitaban, le caía una flecha por cada golpe de realidad al que su cabeza lo sometía y para aumentar su dolor, agudizarlo, le daban en lugares que no lo mataban y cada vez se arrastraba más, mientras las cuabras aumentaban progresivamente su tamaño.

Corte. Pantalla negra de dos segundos. Ahora me veo desde un plano cenital. Veo un chico sentado en un banco de la avenida, recostado sobre el respaldo de madera. Tiene en las manos un sanguuche de milanesa por la mitad y sobre su lado derecho una bandeja de cartón con dos empanadas, una tiene un mordisco. Una luz led muy blanca alumbra desde lo alto de un poste y titila cuando el viento se torna más intenso. Cada dos minutos se lleva con su mano derecha el sanguuche a la boca y muerde un pedazo, tironeando un poco con su cabeza hacia atrás. Baja su brazo y lo deja sobre su pierna derecha. El plano va bajando hasta quedar a quince centímetros de la nuca. La cámara lo rodea lentamente por su lado derecho hasta quedar con su perfil en primer plano. Tiene los ojos abiertos más de lo normal y come con la boca algo abierta. Cuando el viento se calma, puede escucharse como mastica. En el crujir pegajoso se puede identificar que tiene la boca con más saliva de lo normal. Todo es automático y ruidoso porque así puede evitar seguir autoflagelándose con pensamientos. Un perro viejo se acerca al

banco y empieza a olfatear la bandeja de las empanadas. Lo mira. El plano se abre y el perro también lo mira a los ojos. Él lo acaricia y hace una mueca que no alcanza a ser una sonrisa. Deja lo que queda del sanguiche en la bandeja junto a las empanadas, se para y deja en el piso la comida a su amigo fugaz. El perro come. Lo mira por última vez y gira para caminar las últimas cuerdas que quedan para llegar a su casa.

El silencio traía algo familiar, ya había entrado en la zona del pueblo en la que habitualmente se manejaba. Estar dentro de su perímetro le daba un poco de tranquilidad, la mínima y necesaria. Sus pasos resonaban y se envolvían en un eco casi infinito, pareciendo el único sonido perceptible por el oído humano en ese momento en todo Bedoya.

Cuando empezaban a nacer de vuelta pensamientos y situaciones hipotéticas sobre Valentina, cuando empezaba a dibujar una melodía penosa y aplastante sobre el silencio absoluto del barrio, un alarido muy a lo lejos lo sobresaltó y escuchó: «¿Dónde está mi loro?!» El grito venía de muy lejos pero el tono agudo atravesó como un rayo todo Bedoya. De nuevo el mismo grito y más desgarrador: «¿Dóóóónde está mi loroóóó?!» Se le erizó la piel y aumentaron las palpitations. Tomé control de mí y aceleré mis pasos.

Llegué a casa. Entré, caminé hasta la cocina, me senté en mi silla, me desaté los cordones con la precisión de quién desactiva bombas —solía sacármelas sin hacerlo, poniendo la punta de un pie en el talón del otro y después el otro pie descalzo en el talón de la otra zapatilla, quedando así hasta el próximo uso—, desprendí toda la camisa, desabroché el cinturón y así, desalineado como buen borracho de bar de barrio, agarré una lata de Quilmes de la heladera, prendí la tele, le puse el sonido bien bajo y cambié canales hasta encontrar un programa yanqui de bloopers.

Cuatro latas y una hora después, a eso de las dos menos cuarto de la mañana, me predispuse a acostarme. Fui al baño, descargué la vejiga, me lavé los dientes y enfilé para la habitación tratando de no hacer mucho ruido. Mi viejo me había dado la mañana del jueves libre porque pensó, y yo también, que mi noche iba a ser más larga, placentera y cansadora, cuando en realidad fue amarga, alcohólica y desoladora. Me tiré sobre las sábanas y el rechinar de la cama hizo que Pedro girara y refunfuñara dormido como diciendo «qué rompebolas que sos».

Me saqué la camisa y antes de quitarme el pantalón saqué el celular del bolsillo. Motivado por algún razonamiento extraño entré en Instagram para buscar la cuenta de la agencia «Enjoy». El círculo de su foto de perfil estaba en rojo y al apretar ahí apareció un boomerang —especie de foto en movimiento muy similar a las que aparecían en los diarios de «Harry Potter»— donde estaba Valentina descorchando lo que parecía ser un champagne y desplegando una sonrisa con un texto milimétricamente diseñado que decía: «¡Felicitaciones a otra de las nuevas integrantes de @EnjoyAgency, @ValenRiestra!. ¡A festejar fuerte hoy!».

Sentí como un ejército norcoreano avasallaba a mis soldaditos de plomo y se apropiaba de mi centro de operaciones sentimentales, descontrolando todo y dejándome en jaque porque mis dos posturas, la que quería que Vale triunfara y la que quería que estuviera conmigo en Bedoya, se encontraban de frente y entendían por primera vez que ambas situaciones eran irreconciliables y no había acuerdo capaz que contentara a ambas partes.

Tiré el celular en la mesita de luz y para evitar un momento de enojo con consecuencias irreversibles, aproveché la somnolencia de la

cerveza y me hundí en un sueño pesado sabiendo que, aún contra mi voluntad, era probable que toda la basura que había comprimido y mandado a mi papelera de reciclaje, podía resurgir en alguna pesadilla como un intensísimo chorro de agua de un geiser putrefacto.

## XV

### La muerte

¿Cuántas tragedias padeció mi familia? Una sola. La muerte de mi mamá, nada más. Y digo nada más como si con eso no fuera suficiente para sentirse un desgraciado por el resto de la vida. Y si a ese evento lo llamo así y lo guardo en la carpeta de «tragedias» es porque además de morir joven, a los treinta y cuatro años, murió en una situación casi ilógica. Y digo «casi» porque si hay algo que es lógico es que en todas las situaciones, incluso las más insignificantes, existe la posibilidad de que uno se muera.

En noviembre del año 2004 Marina Libertad, mi vieja, tuvo que salir de la salita del jardín por una sensación de descompostura y mareo. Fue al baño y no pudo frenar el vómito. Le pareció raro, la noche anterior había comido un bife con ensalada de lechuga y tomate, y en la mañana previa a ir al jardín había desayunado lo que siempre desayunaba, unas tostadas con mermelada de durazno y unos mates. Trató de recomponerse en el baño lo más rápido posible, eran casi las once de la mañana y en un rato ya podría volver a nuestra casa. Volvió con los nenes y nenas y aún con el malestar que dejan las náuseas y los vómitos siguió con su mañana. No se lo comentó a nadie del jardín, manejaba un grado de confianza alto con las demás maestras, pero le pareció algo insignificante y no quiso darle más relevancia de la que merecía una descompostura habitual. Cuando llegó a mi casa quiso comer algo para calmar el estómago y no pudo hacerlo, todo le generaba repulsión. Mi

abuela, su mamá, que estaba cuidándome mientras mis viejos trabajaban, la notó algo rara y le preguntó qué le pasaba. «Nada, mamá, nada», que «a mí no me mientas, te conozco como si te hubiese tenido en mi panza dieciocho meses», que «ay mamá, qué decís, parece que tenés una mañana llena de exageraciones», que «callate, no me esquives lo que te digo, estás pálida querida», que «no es para tanto mamá, tengo el estómago revuelto, nada más, será por estos primeros calores», «a mí no me vengas con eso, tenés cara de preocupada, qué pasa Marina, a vos te pasa algo...» La conversación no fluyó mucho más, mi vieja prefería padecer en silencio, para qué andar preocupando a los demás.

Después de dejar que esa conversación con su mamá se consumiera sola, fue a su habitación y me encontró tirado en su cama viendo unos dibujos animados. Se tiró conmigo, me acarició y me dio besos, se dejó caer a un lado y se puso la palma de la mano derecha sobre la frente y suspiró. Creo que ahí, en ese momento, ella ya sabía lo que le pasaba. Solamente se había sentido así una vez en su vida y había sido en el año noventa y ocho, ocho meses antes de que yo naciera. La diferencia era que mi concepción había sido medianamente planeada y, por lo tanto, esperada. No es que ella no quisiera tener más hijos, si a ella algo se le daba bien era el trato con los chicos, estaba en su cabeza la idea de darme un hermano o una hermana para que no me sintiera igual de sola que ella durante su infancia, que por más amor que había recibido de sus padres, si algo la había marcado era el hecho de ser hija única y por lo tanto el centro de atención en su casa, pero no era el momento, y no lo era por el simple hecho de que no había sido planeado.

Ella, por su trabajo como maestra jardinera, se relacionaba con todo tipo de padres y madres, hablaba con ellos, les veía la cara cuando esperaban a sus hijos y podía detectar quienes esperaban deseosos volver a reencontrarse con ellos y quienes tenían unas ganas increíbles



de no querer estar ahí. Y supongo que no era todo lectura corporal de los padres, sabía cómo se manejaba cada nene y cada nena, podía darse cuenta cuales recibían el cariño necesario y quienes no lo recibían, quienes eran educados en condiciones óptimas y quienes vivían en ambientes no aptos para chicos. Todo eso que ella podía ver en sus alum-nitos la había hecho reflexionar bastante y había llegado a entender que «traer un hijo al mundo» —como si se lo trajera de algún lado mejor— no era algo que uno podía hacer por casualidad, y que para hacerlo una familia debía asegurar, en la medida de lo posible, un ambiente que le propiciara a ese nene o nena las condiciones necesarias para desarro-llarse sanamente.

Lo supe mucho tiempo después, pero esa tarde mi abuela apareció en mi casa con un test de embarazo y no quiero decir que la «obligó» a mi mamá a hacérselo, pero digamos que sí, la obligó. Positivo, como era de esperar. Salió del baño y mi abuela con la mejor cara de «te lo dije» abrazó, no a la Marina de treinta y cuatro años, sino que a su nena, a su hija única que lloraba cuando se caía en el patio de su casa mientras exploraba su lado salvaje.

A toda esta historia, que yo fui recibiendo de a poco con el pasar de los años, le puedo agregar un pensamiento: ella supo, presintió que se iba a morir. Como si con el embarazo le hubiese llegado un mensaje superior, algo correspondiente a otro plano, y ese mensaje le decía que para tener ese hijo tenía que morir, porque así era el guion. Tengo le-ves recuerdos pero al reconstruirlos con comentarios de otras personas que la conocieron a mi vieja puedo llegar a pensar eso porque durante esos siete meses, hasta el treinta de abril de 2005, padeció una tristeza ajena a ella, incurable, como de despedida. Capaz solo fue una tristeza más básica, mucho menos esotérica, la tristeza que le daba tener que lle-

var algo en su cuerpo que ella no había planeado para ese momento de su vida. Estoy seguro de que se le cruzó la idea de no tenerlo, pero inmediatamente muchos otros pensamientos vapuleaban esa idea mayor, como la idea de pinchar las expectativas de sus padres que querían otro nieto y se habían baboseado desde esa tarde en la que el test de embarazo mostró dos rayitas. Tampoco la sociedad —menos la de un pueblo como Bedoya— contribuía en algo, porque cuando se le pasaba por la cabeza la idea de interrumpir ese embarazo, la arremetía una sensación de culpa, porque aunque lo hiciera y nadie del pueblo se enterara, ella iba a vivir perseguida, con la mirada acusatoria de los padres en el jardín y de los vecinos en el barrio.

El treinta de abril de 2005 se levantó de la cama con unas fuertes contracciones. Cuando mi abuela llegó para cubrirla en casa y mantenerme a mi vivo durante las horas en que ella y papá trabajaban, la vio sufriendo y le dijo que así no podía ir a trabajar, que había que ir al hospital a ver qué pasaba, que no se preocupara por el trabajo, que pasaban por la panadería y le decían a mi viejo que llamara para avisar de su ausencia y que lo mantenían al tanto del diagnóstico del médico. Y así fue como me despertaron y fuimos los tres, mamá, mi abuela y yo para el hospital del pueblo en un remís. Mamá hizo caras de dolor todo el viaje, intentaba respirar profundo y despacio y apretaba los dientes y chillaba finito y agudo cuando sentía una puntada. Llegamos y la recepcionista llamó inmediatamente al obstetra, el que había hecho todos los chequeos durante el embarazo, tanto de Pedro como el mío. Una enfermera apareció con una silla de ruedas que rechinaba de lo vieja que estaba, sentaron a mamá y la llevaron para revisarla. Mi abuela parecía de hierro, inmutada, pero hoy pienso que intentaba mantener la cordura para no desesperarme a mí. A los quince minutos volvió el médico y

dijo que por ciertas complicaciones había que practicarle una cesárea porque de no hacerla, no solo peligraba la vida del bebé, sino también la de mi vieja. Mi abuela lo escuchó y con una firmeza descomunal llamó a mi viejo y a su esposo, mi abuelo materno, para que fueran rápido al hospital, que no se preocuparan pero que fueran porque iban a hacerle una cesárea a mamá.

Me quedó impregnado el olor a desinfectante de la sala de espera, las pocas veces que volví a ese lugar sentí que un cuchillo me apuñalaba el estómago cada vez que respiraba. Cada inhalación me conectaba con ese momento previo y con todo lo sucedido después, con el médico apareciendo a la media hora mientras mi abuela, mi abuelo, mi viejo y yo, esperábamos sentados a que alguien nos dijera que había nacido un bebé sano y hermoso y que mamá estaba bien, recuperándose, pero eso nunca pasó: cuando el médico empujó las dos puertas que separaban la sala de espera del pasillo que llevaba a la sala de maternidad, no parecía tener emociones en su rostro. La cara que traía no se parecía en nada a la de desahogo y felicidad. Cuando vi que mis abuelos y mi papá se pararon yo los seguí, y no recuerdo exactamente las palabras, pero fueron algo así: «La cesárea salió bien... las complicaciones vinieron después. Hicimos todo lo que estaba a nuestro alcance para mantenerla estable pero fue imposible, su cuerpo no resistió. El niño va a necesitar más tiempo de lo normal en la incubadora y va a estar bajo observación... En cuanto a ella, lamento comunicarles que la paciente falleció durante el trabajo de post parto. Lo siento mucho». Los cuerpos de mis abuelos y mi viejo fueron desmoronándose, derritiéndose como helados al sol. Toda esa aura que recubre a los nacimientos, esa felicidad casi de orgasmo que se siente en las madres y en las familias después de tantos meses de gestación, esa conclusión habitual donde la criatura nace, lo

palmean en la cola para que llore y respire y el posterior reposo en el pecho de la madre, todo eso no sucedió. Mi mamá no llegó a abrazar a su Pedro, en ningún momento de ese sufrimiento casi inhumano pudo sentir una pizca de alegría, su cuerpo no le dio la posibilidad. ¿Y cómo seguir después de eso? Yo empecé a llorar cuando mis abuelos y mi papá se arrodillaron para ponerse a mi altura y abrazarme y llorar como nunca más lloramos. Esa mañana de sol se volvió oscura, turbia. La lluvia apareció a eso de la una de la tarde y acompañó nuestro pesar. Pero en toda esa desolación, en ese silencio de hospital que te hace crugir las entrañas, una gota de esperanza diminuta en una incubadora, un bebito de 2.450 gramos, desde donde salía un arcoíris que partía a la mitad todo el hospital y terminaba en el tumulto de lágrimas y devastación que éramos nosotros cuatro.

La situación era ilógica: mis abuelos maternos viviendo la muerte de su hija, mi papá atravesando la muerte de su esposa más que joven, ese Benjamín de seis años recién cumplidos que se enteraba de lo que era la «muerte» muy pronto, a los setenta y tres meses de haber nacido. ¿Cómo se hacía para salir de una tristeza que parecía no tener punto final? Nunca lo supimos, creo que con el tiempo y las sonrisas de ese Pedro diminuto que no entendía nada, aprendimos a fingir. Tuvimos que establecer como razón de vida, razón para levantarnos cada día de la cama, la búsqueda de la felicidad y el crecimiento sano de ese bebé que había aparecido entre tanta desgracia avasallante.

Una parte de todos murió ese día. La persona más alegre, la que aglutinaba la familia, la que le ponía una onda desmedida a la trágica existencia cotidiana, mi vieja, falleció, y con ella fallecimos un poco todos nosotros. Su muerte fue como la explosión de una bomba nuclear y su efecto primario, producto de la onda expansiva, se llevaría puesta

un año después a mi abuela, y dos años más tarde a mi abuelo. Su efecto secundario y posterior, producto de la radioactividad, nos dejaría a mi viejo, a Pedro y a mí, mutaciones sentimentales para el resto de nuestras vidas.

## XVI

### Sabor a vos

Pedro me levantó esa mañana con sus ruidos habituales. Tan acostumbrado estaba a levantarse y que nadie estuviera en la habitación que sus primeros movimientos del día eran siempre ruidosos, todo lo contrario a mi habitual despertar en las madrugadas cuando salía para la panadería.

Eran las doce y cinco del mediodía. Pedro había prendido el televisor y en un volumen lo suficientemente alto como para hacerme reaccionar.

—Apagá eso, rompehuevos —dije mientras me acomodaba para seguir durmiendo.

Nada, todo seguía igual. Giré ya enojado de verdad y antes de gritarle, me di cuenta que no había nadie en su cama. Estaba desarmada y tenía el control a la altura de los pies, solitario, boca abajo. Para llegar hasta el aparato tenía que hacer un movimiento de esos que te desperezan a la fuerza y te sacan definitivamente de ese estadio somnoliento que es la antesala del sueño pero también del despertar. Me senté en la cama y sin pararme del todo, algo encorvado, agarré el control y cuando estaba a punto de apagarlo, las palabras del periodista local me llamaron la atención: «Una reconocida joven de Bedoya, ¿próxima al estrellato? Valentina Riestra, de diecisiete años, fue contratada por una agencia de talentos de la Ciudad de Buenos Aires que representa a más de cien artistas multipremiados y promete ser el trampolín que ayude

a esta joven promesa de las redes a dar el salto a la fama. En otras noticias...» La realidad se me había aparecido de golpe y toda junta en forma de noticia televisiva local y me despertó del todo. ¿Cómo llegó tan rápido esto? Me senté en mi cama y me acuerdo tener la boca empastada, seca, signo de la deshidratación producida por las cervezas de la noche. Atiné a agarrar el celular de la mesa de luz. Lo di vuelta, apreté el botón para desbloquearlo y nada. Apreté de vuelta y de nuevo nada. «Claro, se descargó papá, si no lo enchufaste, capo», pensé. Imaginé que podía tener un mensaje de ella, algo, una señal de vida directa, no un comentario, o una foto ajena, o una noticia del medio local, un mensaje de ella para mí donde me cuenta qué pasó, cómo fue que quedó en ese trabajo. No esperaba disculpas ni perdones porque en ningún momento habíamos quedado en que yo la iba a esperar en la terminal, esa era una sorpresa mía y como casi toda sorpresa había salido mal. No se lo echaría en cara jamás.

Me levanté, me cambié así nomás, pase por el baño a mear y fui a la cocina. Pedro estaba terminando una chocolatada y mirando algo en su celular. Estaba despeinado y en cuero. Pareció no registrarme. Agarré un vaso, abrí la canilla, lo llené hasta el tope de agua y me lo tomé de un solo saque, un fondo blanco de tres segundos. Cuando empezaba a bajar el vaso para ponerlo en la mesada Pedro rompió el silencio.

—¿Así que tenés una novia famosa ahora? —preguntó con toda la ironía del mundo comprimida en siete palabras.

Me di vuelta y lo miré, nunca dejó de mirar su celular.

—¿Cómo sabés vos? —lo interrogué con la voz de un policía corrupto.

—Lo vi en Instagram, no sé quién fue que compartió la historia donde aparece descorchando una botella.

—Recién salió en el noticiero de acá, ahora de golpe todos la conocen, todos son amigos íntimos, todos se alegran por ella; los famosos «amigos del campeón» —dije con cierto rencor irónico mientras revolaba los ojos.

—¿Vos no la ibas a ver anoche? —preguntó mirándome a los ojos por primera vez en el día.

—Claro. Lo dijiste bien, la «iba» a ver. Nunca llegó, yo caí a la terminal de sorpresa y ella nunca llegó...

—¿Pero ella qué te había dicho? —interrogaba Pedro sin dejar de mirar su celular.

—Que aparentemente estaba todo dado para que ella no quedara, que no daba con el perfil, no sé. Me dijo que supuestamente iba a venir en el colectivo de la tarde. Y está bien que no le anda el celular y demás, pero me podría haber avisado de alguna manera que se quedaba allá, no le costaba nada.

El ruido de la puerta de entrada anunció la llegada de mi viejo. Atravesó el living, dejó las llaves en la mesita del modem de Wi-Fi y entró en la cocina. Llegó algo enérgico, contento. Imagino que le dio ternura encontrarnos así, recién levantados y charlando entre nosotros.

—¿Qué hacen los hermanos «macana»? ¿están pensando qué le van a cocinar a papi? —preguntó con una sonrisa diferente a todas sus otras sonrisas

—Justo, nos agarraste preocupadísimos —respondió Pedro serio y sin dejar de mirar su celular, con la mejor de las ironías y me hizo salir de mi estado de desencanto.

—Estábamos planeando un almuerzo en pasos —dije, siguiendo el juego.

—¿Ah sí?, ¿cómo es eso?



—Son siete pasos. Es algo europeo, traído especialmente para un paladar refinado como el tuyo —respondí.

—Primer paso: un vaso de agua —se metió Pedro.

—Segundo paso: rebanada de pan crocante —dije yo.

—Tercero: fideos a la bolognesa...pero sin la bolognesa —siguió Pedro.

—Cuarto paso: una patada en el culo a cada uno y coscorrónes a discreción —dijo mi viejo cansado de que lo boludeáramos y nos agarró a los dos para hacer una especie de lucha en joda.

Después de unos cuantos agarrones, piñas al estómago y risas, paramos. Hacía tiempo que algo así no pasaba, a mi viejo se lo notaba distinto, como si lo recubriera una especie de aura positiva.

—Cada vez estoy más viejo y todavía no pueden conmigo. Vamos a cocinar algo, ayuden a su papá, pendejos insolentes —dijo algo agitado por la pelea y las risas.

—Quinto paso: Pedro se borra y va a jugar a la play... —tiró Pedro mientras intentaba escaparse.

—Vení para acá pendejo —dijo mi viejo mientras lo alcanzaba de atrás y lo levantaba en el aire—, ahora te voy a hacer laburar el doble.

Ese mediodía fue el último donde algo parecido a la felicidad me inundó completamente. Para almorzar hicimos tarta de jamón y queso, algo sencillo, rico y grasoso. Durante varios minutos merodeé en una sensación inaprensible. Un pedazo de tarta, un trago de Coca y en lugar del silencio habitual entre bocados y sorbos, hubo risas y buen humor. Ni papá, ni Pedro, ni yo, y hablo por los tres sin tener su palabra, sentimos durante esa media hora, que afuera de nuestra cocina estaba el mundo agazapado, esperándonos junto con todas las desgracias humanas y el tiempo, el maldito tiempo, en forma de sogas alrededor de

nuestros cuellos, acercándose segundo a segundo a nuestra piel y tensándose, al igual que nuestra carne, intentando hacernos recordar que la finitud está a la vuelta de la esquina.

Durante ese almuerzo parecimos seres vírgenes de tragedias, inexpertos en materia del dolor y desgracia. La saliva diluyendo al jamón, al queso y al hojaldre y el dulzor de la Coca limpiando la boca y extasiando con su azúcar cada uno de nuestros hipotálamos y llevándonos, en un momento de suma sencillez, a un nivel para mí, inexplorable hasta hoy. Durante ese rato fuimos guionados por una alegría sin explicaciones, como toda buena alegría. Por un momento la vida se sintió algo chiquitito, diminuto, que cabía entre el pulgar y el índice y tenía sabor y olor a tarta de jamón y queso y Coca Cola.

## XVII

### El silencio

Mi soledad empezó a gestarse cuando repetí el primer año de la primaria. No sé cuántas personas puedan recordar cosas de ese momento de su vida, pero las experiencias de esa infancia temprana se marcaron en mí como los cortes de una cuchilla en una tabla de madera. A partir de la muerte de mamá, a partir del diálogo del médico donde contaba la noticia, empecé a prestarle atención a las conversaciones de los adultos y definitivamente empezó esa capacidad auditiva que tendría después como oyente en la panadería.

No fui un niño prodigio de esos que llaman la atención porque manejan un léxico mucho más grande que el grueso de su edad, pero sí pasaban un montón de cosas con las palabras en mi cabeza. Durante ese año en que repetí, tuve «mutismo selectivo», solo hablaba con mi familia y hasta ahí nomás. Los compañeros me miraban raro, algunos maestros también y eso no hacía más que empeorar la situación, todos los desconocidos que miraban de reojo y cuchicheaban se entrelazaban en una idea de desconfianza para con todas las personas que no tuvieran algo de mi sangre.

Estaba mudo pero no era boludo, escuchaba. Las palabras entraban a mis oídos como trenes en túneles y se quedaban ahí, estancadas un rato, fermentando, hasta que con el tiempo les encontraba sentido gracias a información de otras conversaciones. Todavía me acuerdo de una discusión de los vecinos, una pareja de unos cuarenta y algo, donde

el tipo le gritó «andá, puta de mierda» a la mujer. Puta, puta, puta. La repetía en mi cabeza: puta, puta, puta. Puta de mierda, puta de caca, puta de sorete, no entendía por qué la alusión a la mierda. Durante varios meses me quedé con esa palabra hasta que en plena curiosidad, una mañana de invierno en que mi abuela me estaba preparando la chocolatada, le pregunté.

—Abuela, ¿qué es puta?

Sentí que largó una carcajada chiquita y me repreguntó como si no hubiese escuchado bien, como si ese pibito raro estuviera cortando el silencio de la manera más ilógica posible, con una frase inesperada.

—¿Cómo?

—¿Qué es puta?

—Esputar es escupir moco, Benja.

—Puta, abuela...

Se sintió incómoda, trató de esquivarlo, pero no le quedó otra que responder.

«Puta, Benja», me dijo mientras se daba vuelta y se acercaba, «puta es una palabra que dicen los hombres malos para hacer sentir mal a las mujeres» Y cuando cualquier otro niño hubiese repreguntado, yo callé. Me quedé con lo de «hombres malos», lo asocié con los gritos del vecino, con el grado de violencia que llevaba su tono, su manera, siendo tan chico entendía más del cómo que del qué, como los perros, que de palabras saben poco pero que de lo no verbal saben muchísimo.

Que volviera a hacer el primer año de la primaria fue una decisión que en su momento nadie reprochó. Digamos que además el horno no estaba para bollos, mi mudez y la consecuencia de repetir el año eran problemas más que secundarios, ya que todo giraba en torno a la gran desgracia de la muerte de mamá.

La psicopedagoga de la escuela sabía mi historia y durante varios meses hizo todo lo posible para que recobrará al menos un poco de vida, la mínima y necesaria para pasar ese primer año, pero no pudo romper mi coraza. El 2005 pasó en gran parte como si hubiese estado en piloto automático, tenía por día media hora, divididas en quince tandas de dos minutos, donde conectaba realmente con la realidad, donde sentía que me olvidaba del dolor. Y ese desprendimiento era algo que sucedía espontáneamente, casi por elección azarosa de la cabeza, como si por ratitos el cerebro de ese Benja de bolsillo necesitara descomprimirse al igual que los frenos de aire de los colectivos y los camiones, pero al rato, de golpe, cuando abrumaba el silencio de mi casa o cuando veía el portaretratos con la foto de mamá y papá en el registro civil, todo empezaba de nuevo: reclusión, desilusión, un pesar irrompible. Moverme implicaba lastimarme con el aire: toda mi piel sufría de una especie de hipersensibilidad y al caminar sentía como si millones de agujas se me clavaran en toda la superficie del cuerpo y la única manera de evitar ese padecimiento era moverme más despacio, como si tuviera algún tipo de problema motriz.

Mi mejora empezó en navidad, después del brindis y los regalos de las doce de la noche. Mientras yo abría una caja enorme que resultaría ser una pista de «Hot Wheels» hermosa, con dos autitos para jugar —un Porsche rojo con la parte descapotable negra y una especie de Camaro verde con llamas de fuego rojas en el capó—, vi que mis abuelos y mi papá con Pedro en brazos salían afuera a ver los fuegos artificiales. Mientras estaban parados en la vereda miraron para arriba y sin ser creyentes en su máxima expresión, durante un ratito, ahondaron en la profundidad del cielo y pensaron al mismo tiempo, estoy más que seguro, en mi vieja. Cuando terminé de inspeccionar el regalo me em-

pecé a sentir solo y enfilé para la vereda para pararme junto con ellos. Cuando estuve a unos pasos de sus cuerpos, ellos dejaron de mirar el cielo y miraron a Pedro, no los podía ver pero los podía imaginar con los ojos brillantes, cargados de agua como una nube gris a punto de estallar. Mi abuelo, que no era alguien de armas tomar, dijo entre sollozos:

«Hay que seguir por ellos». Cuando llegué a donde estaban parados, me metí entre el cuerpo de mi papá y el de mi abuela medio a presión. Ellos salieron de su estado nostálgico y con un grito como de sorpresa, mi abuela preguntó: «¿Te gustó lo que te trajo Papá Noel?». Hice que sí con la cabeza mientras sonreía y miraba para arriba intentando dar con su cara. Me miró contenta y sonrió sin mostrar los dientes, como haciendo fuerza para no llorar, pero una lágrima se le desprendió del ojo derecho y la dejó atravesar toda su cara, como si esa insignificante cantidad de agua alcanzara para disolver un poco, al menos por un rato, la angustia habitual de no tener a su única hija.

Esa situación me hizo dar cuenta del esfuerzo que hacían ellos para no rendirse en el día a día. Creo que ahí empezó a desprenderse mi patología. De todas maneras, pienso ahora, nunca queda otra que seguir, nunca hay otra, porque el mundo y las personas se empeñan en seguir con sus roles y sus nimiedades, sepultando los complejos y los quilombos debajo de una gran capa de pelotudeces como el enojo por un partido de fútbol o la indignación por un saludo mala onda de un vecino.

## XVIII

¿Y ese?

Después de almorzar juntamos todo entre los tres y me quedé lavando. Le dije a mi viejo que se acostara a dormir la siesta y a Pedro le pedí que me pusiera a cargar el celular. Una vez que terminé de lavar y ordenar más o menos todo se hicieron las dos. Había dormido bastante a la mañana y si tenía algo de revuelto estomacal por las cervezas de la noche ya se me había pasado, supongo que la gaseosa y la comida ayudaron, así que no se me cruzó la idea de acostarme para llegar con más energía al turno de la tarde en la panadería.

Con los minutos había salido de esa burbuja extraña de felicidad que se había generado y caí de repente en que mi celular ya debía tener algo de batería y fui a buscarlo a la habitación, donde Pedro lo había enchufado. Lo desconecté y volviendo para la cocina lo prendí con la mínima esperanza de que apareciera un mensaje de Valentina. Ya eran las dos y algo y si había salido a la noche a «festejar» por su nuevo puesto en esa agencia ya debía estar despierta.

Cuando la pantalla terminó de encenderse, lo único que apareció como notificación fue un mensaje de voz que tenía desde hacía meses y que no sabía cómo hacer para sacarlo de ahí. Nada más. Ni por Facebook, ni por Instagram, ni por Whatsapp, ni por mail, ni por mensaje de texto, ni por la concha la de la lora. En la era de las comunicaciones y qué sé yo no tenía ni un puto aviso de ella. ¿Cuánto tiempo le podía tomar conseguir un medio para escribirme? Diez minutos como muchí-

simo. No estamos hablando del año 1990, estamos hablando del 2018, año en que estar comunicados es la norma y no estarlo es la excepción. ¿Yo no valía ni un esfuerzo tan mínimo como pedir un celular a algún forro de la agencia esa para mandarme un mensaje? Hacía una semana se había ido, ¿cuántas cosas podían cambiar?, ¿de repente se olvidaba de mí?, ¿de repente ese nuevo mundo acaparaba toda su atención y me volvía insignificante? Puede parecer que estaba exagerando, pero al recordarlo vuelvo a pensar que no, porque desde afuera puede verse a un chabón exigiendo atención pero ¿por qué me ponía así? Quizás era el extremo contraste entre su contacto habitual conmigo antes de irse y el desentendimiento total y desconexión del después. Había factores externos: su celular, según había dicho, se le había roto; su nuevo «trabajo» que quizás la tenía algo desestabilizada; su nueva ciudad, un aglomeramiento de personas ansiosas y violentas. Pero dale, ¿no tenía la necesidad de compartir con su novio todo lo nuevo que le estaba pasando? No sé, a lo mejor sí, estaba exagerando, poniéndome histérico por pavadas y teorías que elucubraba mi cabeza por la falta de atención, capaz simplemente estaba siendo un egoísta, un forro que deseaba que a su novia le fuera mal para que volviera a estar cerca de él.

«No voy a ser un chiquilín, ya fue, le escribo yo», pensé. Aunque escribirle no significaba nada, podía nunca verlo o peor, ignorarlo. ¿Cómo se comunicaba con su mamá? ¿ella sabría algo de su hija? Adriana no era la madre más amorosa del planeta, todo lo contrario, pero es tu hija, imagino que estando a la distancia por lo menos extrañas las cosas que tanto le criticás en el día a día: caprichos, desorden, gritos porque sí. La cuestión es que le escribí a Instagram, donde supuse que en algún momento entraría. «¿Qué onda Valen? Cuando veas esto escíbeme o llámame o lo que puedas y quieras, me gustaría saber de vos».



Cuando quise acordar entre dudas, pensamientos y enojos reprimidos, se me había pasado un rato largo de la tarde y eran las cuatro y cuarto. En media hora tenía que estar en la panadería para abrir y poner la cara que mejor me saliera.

«Qué manera de robarme el tiempo este aparato», pensé. Y sí, me hacía enroscar, ponerme más loco, me cansaba la vista, me hacía doler la cabeza, pero desde hacía días que mi interés por saber qué estaba pasando en mi celular había ido incrementando poco a poco y parecía un camino de ida, porque a pesar de hacerme mal no podía dejar de pensar en ese otro mundo. Me empezaba a costar aburrirme y eso me hacía pensar en Pedro, en su capacidad para estar todo el tiempo viendo o escuchando algo. Su concepto de soledad era muy distinto al mío: para él, estar solo, era estar demasiado acompañado. Y de alguna manera empezaba a pasarme lo mismo, los segundos de silencio pasaban mucho más lento que los segundos en que entraba a ver qué pasaba en internet. Poco a poco sentía como mi cabeza generaba un tipo de dependencia con ese aparato y lo que antes era un accesorio empezaba a fundirse conmigo, con mi mano, pasando a ser una especie de prótesis robótica.

Años intentando mantenerme al margen de todo, de pasar inadvertido y estar medianamente tranquilo con mi perfil bajo. Mi lugar de confort era la sombra y Valentina me había sacado un poco de ahí para hacerme conocer los colores más brillantes de la vida. Sin embargo, parecía que poquito a poco quería volver a mi hábitat monocromático, donde los cambios eran menos bruscos y donde no se ganaba nada, pero tampoco se perdía mucho.

Tenía que conseguir alguna distracción, algún hobby, algo que me aliviara un poco el alma, que me hiciera tener ganas de levantarme de la cama. ¿Había sentido pasión por algo en toda mi vida? Creo

que no. En los años de la niñez donde se gestan estos amores desmedidos por tareas insignificantes yo había estado apagado, desencantado con las pautas de la vida. Quizás si en alguno de los reiterados pedidos de mi papá hubiese hecho caso y hubiera ido no sé, a aprender guitarra, podría haber canalizado mi congoja por ahí. O si hubiese ido a fútbol, supongamos, ir a cagarme a patadas con veinte tipos seguro hubiese servido de terapia. La cagada ya estaba hecha, tenía dieciocho años y sentía que empezaba a echar cimientos en una meseta que acaparaba todos mis puntos cardinales.

Estaba a minutos de tener que mover para la panadería y aún contra mi voluntad agarré el celular para dar un último recorrido. Entré al perfil de Valentina y noté que había aumentado, en estas horas en que la agencia había «oficializado» su contratación, más de quinientos seguidores. Ella era hermosa y su perfil era perfecto, sutil, ordenado, todo en una misma gama de colores, orientado hacia una especie de rosa clarito. Algunas de las fotos que estaban ahí las había sacado yo y la verdad es que no sabía que las había subido. En todas sus publicaciones estaba sola, el centro de atención era ella. Y sí, era su perfil, ¿de quién iba a poner fotos? La lectura de sus seguidores podía volcarse a un «esta piba es re egocéntrica» y en parte es entendible, si se la juzgaba por su perfil, sí. La pregunta es, ¿se puede juzgar a una persona solo con ver una de sus redes sociales? Poder se puede, pero definitivamente no alcanza. De todas maneras, con una puntita, un detalle, mismo con un dato improbable, o con nada, prácticamente con nada, con eso ya les alcanza a las personas —y supongo que también a mí— para sacar las conclusiones sobre alguien.

Al ver sus fotos una por una, en el poco tiempo que me quedaba antes de ir a trabajar, encontré un comentario llamativo en una que le

había sacado yo. Ella estaba tirada en su cama, tapada solamente con su sábana. Se le veían sus hombros y parte de su pecho —se daba a entender que estaba desnuda y en verdad lo estaba—, y su cara con un gesto y una sonrisa de lado a lado como diciendo «no me escraches así». Yo estaba encima de ella y agarré su celular para sacarle fotos así, recién despierta, para retratar ese momento íntimo, imperfecto y único. Debajo de esa foto, entre tantos comentarios de pibas de Bedoya y ex compañeros de la escuela baboseándose, aparecía el de un tal @MHPhotography: «¡Esta es la que te dije que tenemos que recrear, Moro!». Cuando apreté sobre ese usuario se me apagó completamente el celular, solo había estado enchufado un rato y era entendible. Ya eran las cinco, se me había pasado el tiempo, así que fui a la habitación, enchufé el celular y salí como pude para la panadería.

## XIX

### El amor

Juan Pablo Robledo, antes de tener el apodo de «papá», mucho antes de tenernos a mí y a Pedro, muchísimo antes de tener cuarenta y ocho años, hace como veinte kilos, era un joven clásico de la época: primaria, secundaria y aprendizaje del oficio. Las últimas dos habían ido casi de la mano, ya que mi abuelo lo había metido fuerte en la panadería desde los trece años y si hubiese sido por él no hubiese terminado la escuela. «No sirve para nada», solía decir, según contó mi viejo en algunas oportunidades, «esto te va a dar de comer», decía su papá. Si terminó la escuela, si siguió yendo al Normal N°1 de Bedoya, fue por capricho de mi abuela, que yo no recuerdo —murió cuando tenía tres años— pero según mi papá tenía un carácter fuerte, «como las madres de antes», decía mi viejo, como si las madres de antes hubiesen sido todas de una manera. Y en Bedoya imagino que sí, más en esa época, los años sesenta, setenta y ochenta —mi papá nació en el 69—, donde las pobres viejas tenían dos caminos: ser esposas sumisas o forjar un carácter duro. «Siempre me hacés quedar como la mala», contaba mi viejo que decía su mamá, cuando mi abuelo le daba play a su monólogo sobre por qué la escuela era innecesaria y teñía como malo el discurso de mi abuela, el que decía que su hijo tenía que terminar la escuela, que a ella le hubiese encantado poder tener esa educación, que él tenía la posibilidad y debía aprovecharla, que el oficio era necesario pero la escuela también, porque ambas experiencias le iban a servir para el resto de su

vida, y que si mi abuelo quería dejarle como herencia práctica el oficio de ser panadero, ella quería dejarle el «capricho» de que terminara la secundaria. Y no recuerdo día donde en alguna charla entre mi papá y nosotros, o papá y los clientes, no hiciera referencia a esa eterna discusión entre sus padres, cosa que evidenciaba que si por algo había estado marcada su vida, era por esos dos linajes: el práctico, pragmático, del laburo y la «cultura del trabajo»; y el intelectual, el teórico, las bases que mi abuela quería que su único hijo tuviera, porque ni ella ni sus tres hermanas habían tenido la posibilidad de tener una educación completa.

Una vez por año, cuando se daban las condiciones necesarias, mi viejo contaba su historia con mi vieja. A veces resumida, otras muy extensa, pero le gustaba entrar en ese terreno y caminar las veredas del recuerdo. «Cuando los veo a vos y a Valentina no puedo evitar pensar en tu mamá y yo de chicos», había dicho la última vez antes de empezar a contar su historia: el jueves veintitrés de octubre del 1985, Juan Pablo Robledo cumplía dieciseis años pero sin embargo estaba trabajando. A la noche la familia haría alguna cena chiquita, donde algunos familiares y vecinos, irían a comer las exquisitese que Josefa Pereyra, mi abuela, había estado preparando durante toda la tarde. Ninguna sensación colorida recorría el cuerpo de Juan Pablo, él quería estar con sus amigos pateando una pelota en la plaza y tomando una Coca Cola en botella de vidrio que entre todos, juntando monedas, comprarían para hidratarse post dos horas de fútbol barrial. Sin embargo, en esa tarde pasaría algo diferente, algo que nunca pasaba, porque si algo nos pasa en la vida pueblerina, es nada, absolutamente nada, y más en Bedoya, donde las nimiedades se exageran para creer que algo nuevo pasa todo el tiempo, pero la verdad es que no, que es un show constante de repeticiones. Las rutinas de los habitantes se entrelazan a tal punto de que se pasan

cerca, pero nunca se llegan a rozar. Ese día, el jueves veintitrés de octubre del ochenta y cinco, la suma justa de casualidades y decisiones ajenas se dieron para que Marina Libertad, de quince años, fuera a las siete y cuarto de la tarde a la panadería. Ella estaba la casa de la tía de su madre, que cumplía sesenta y seis años y hacía una especie de merienda para festejar. Ella sacaba toda su vajilla floreada de porcelana para hacer té y chocolate caliente para sus amigas y la familia femenina, porque los hombres se rehusaban a asistir a semejante acto inglés. Marina, mi mamá, asistía por primera vez a ese cumpleaños tan «pituco», como adjetivaba mi viejo cuando contaba la historia, porque era un evento para mujeres, no para nenas, y ser invitada era como un ascenso de categoría, una evolución a otro nivel. Y si fue a ese cumpleaños, fue por insistencia de su mamá, mi abuela, que decía que la acompañara, que a la tía le iba a hacer bien, que fuera con ella porque no se bancaba a las viejas chusmas que iban y así le hacía más ameno el rato y que, además, el chocolate caliente que hacía su tía era lo mejor que le iba a pasar en la vida.

Entonces fue, saludó a su tía abuela y a las amigas. «Qué belleza que tenés, ideal para mi hijo», le dijo una. «Imposible, mirá estos genes, ella es ideal para mi Carlos», dijo otra. Así por un rato: preguntas incómodas, risas agudas de señoras que comentaban las desgracias de sus vecinas como monólogos de stand up, pisándose una a una, hablando todas al mismo tiempo. «Tía, ¿fuieste a buscar la torta?», preguntó mi abuela, la madre de Marina, ante la evidente ausencia de la torta de cumpleaños. «¡Ay, sabía que de algo me olvidaba! ¿Qué hora es? A ver...las siete, sí, tiene que estar abierta la panadería de los Robledo, imagino que me la guardaron...» «Mari, ¿por qué no le hacés el favor a la tía y vas a buscar la torta? Es acá a unas... ¿a cuánto queda tía»; «acá

nomás, dos cuabras, derecho por esta, esquina mano derecha». «¡Sí, sí! Voy, no hay problema...» dijo Marina, muriéndose de ganas por salir un rato de ese living-comedor con olor a naftalina y perfume floral de vieja. «Ya está paga, así que decile que es la torta para Rosa, ellos ya me conocen». Marina se puso su campera de jean y salió para la calle. Si bien Bedoya no es muy grande, más en esa época, donde los habitantes llegaban a apenas diez mil, ella junto a mis abuelos vivían al otro lado del pueblo, casi en el límite de la parte urbana, y no conocía esa parte del pueblo. En esos doscientos metros observó todo como parte de un mundo nuevo, mientras caminaba lento. A los ciento cincuenta metros, vio el negocio. Rosa le había dicho que la panadería se llamaba «Los Robledo» entonces en clara señal de inocencia fue lo primero que preguntó cuando habló con mi abuelo, el papá de Juan Pablo. Eso le despertó una sonrisa entre falsa y verdadera, ya que cuando atendía era una especie de actor, tenía en claro que la atención era algo que hacía volver a los clientes. «Sí, es acá, así le dicen en el barrio», contaba mi papá que dijo mi abuelo. Marina sonrió.

—Vengo a buscar una torta que encargó mi tía... —dijo Marina, con algo de timidez.

—¿La de Rosa? Estuve toda la tarde intentando averiguar dónde vivía para llevársela, todos los años la viene a buscar a la mañana pero hoy se le habrá pasado. Es cliente de hace muchos años pero no sé dónde vive, ¿podés creer? ¡Juan Pablo, la torta de Rosa! —gritó mi abuelo.

—¡Voy! —se escuchó desde el fondo de la panadería.

A los quince segundos Juan Pablo empujaría la puerta con su espalda para no dañar la integridad de la torta y al girar, se encontró con la sorpresa que quien estaba ahí no era Rosa, sino que alguien mucho más joven y hermosa. Se sonrojó y trastabilló con la pata de la estan-

tería de las facturas, a tal punto de emprender una caída que, gracias a la reacción de mi abuelo, no culminaría en desgracia porque con una mano frenó el cuerpo de Juan Pablo y con la otra lo ayudó a mantener el equilibrio de la torta. En esa escena lo único que salió dañada fue una de las dos velas rosas numéricas, que estaban pegadas al fondant blanco.

—No pasa nada, ahí traigo otra —dijo mi abuelo mientras iba para el fondo con la mejor cara que pudo poner en el momento.

—Disculpá, soy un estúpido... —dijo Juan Pablo mirando a Marina.

—No pasa nada, te la vas a tener que arreglar con mi tía cualquier cosa, no sabés la derecha que tiene... —dijo Marina en clara señal de ironía, mientras se desvanecía de a poco la risa generada por el tropiezo de Juan Pablo.

—Despreocupate, yo tengo un gancho izquierdo mejor.

Durante los siguientes tres segundos se miraron mientras sonreían hasta que Vicente, mi abuelo, rompió con el encanto abriendo la puerta y corriendo a su hijo para poner esa nueva vela en el lugar de la anterior y dejar la torta como nueva.

—Perfecto señorita, acá tiene... —dijo mi abuelo levantando la torta y acercándosela a Marina.

—Bueno, muchas gracias —respondió Marina que no dejaba de mirar a Juan Pablo—. Hasta luego... —dijo girando y encarando para la puerta.

—¡Pará que te abro la puerta! —dijo Juan Pablo mientras rodeaba al trote todo el mostrador de vidrio para llegar a la salida.

—¡Guarda, no te vas a caer de vuelta! —gritó con algo de gracia mi abuelo.



Juan Pablo puso la mano en el picaporte, levantó la mirada y mientras abría hacia afuera miró los ojos marrones de Marina intentando decirle algo que no pudo decir. Marina, con una picardía especial, pasó lo más cerca del cuerpo de ese torpe y humilde pibe que acababa de hacerla reír en un acto de torpeza involuntario. Cuando atravesó del todo la puerta y se encontró afuera giró un poco su cuerpo y mirándolo, le dijo «muchas gracias...Juan Pablo». Según contaba mi papá, él se la quedó mirando por diez segundos hasta que mi abuelo le gritó algo que se acordaba, más como un ruido que como una frase o un reto, porque estaba totalmente embelesado, porque ese chico de dieciséis años al que nunca le pasaba nada, tuvo como regalo de cumpleaños el primer momento de tantos que le tocaría vivir con esa joven desconocida de Bedoya, de la que en ese momento sabía poco y nada y que recién volvería a ver y no por casualidad en dos meses.

## XX

### Mejor mirar otras cosas

Las horas en la panadería pasaron con la lentitud de «Internet Explorer». Estuve más ido de lo normal, los clientes entraban y hasta que no se dirigían a mí por segunda vez, no me daba cuenta de que estaban ahí. Cada minuto donde no había nadie lo aprovechaba para desconectarme y pensar si mi celular había recibido un mensaje o si había aparecido alguna foto nueva de Valentina. ¿Quién era ese pelotudo que le había comentado la foto? Qué casualidad que quería recrear justo esa foto, la más íntima de todas, ¿no podía ser un poco más obvio? Sin haber llegado a ver quién era podía imaginar que era un fotógrafo de la agencia. Los fotógrafos siempre me generaron ruido, hay algo de depravado o perverso en quien se esconde atrás de una cámara para capturar momentos espontáneos —robados— o planeados. Digo, fotos hay por todos lados, pero atrás de lo visible, de la mera imagen, hay una persona que no sale, que está oculta, tácita, ¿por qué se oculta? Son como los guionistas, están en la sombra, relamiéndose por lo que están produciendo, tienen el suficiente ego para generar algo pero no para protagonizarlo. Además, por alguna razón cultural, quienes toman mayor relevancia y popularidad son los que están dentro del encuadre, bajo la luz, pero todo lo que no se ve, lo que está por fuera, se mantiene inerte.

Esa tarde mi viejo apareció a eso de las seis y media y me hizo más ameno el rato largo que quedaba hasta cerrar. No tenía la alegría

del mediodía, su siesta en vez de relajarlo lo había tensado. Iba para el fondo de la panadería, volvía cada tanto al mostrador, se movía buscando algo que parecía no existir, algo a que aferrarse para decantar y tomar envión para contarme algo que lo tenía intranquilo. En un momento, cuando faltaba media hora para cerrar, aprovechó la ausencia de clientes, puso los antebrazos sobre la caja registradora y después de suspirar, me habló.

—No sabés lo que soñé Benja... —dijo mordiendosé los labios y moviendo la cabeza levemente de un lado a otro como diciendo «no lo puedo creer»

—¿Qué?

—Aparecí en el patio de casa, en ojotas, bermuda y remera. Las ojotas esas viejas que se me rompieron hace unos años, las azules que me encantaban, las que me había regalado tu mamá.

—Sí, las que tenían un olor a Roquefort tremendo, ácidas como trago de lavandina...

—Esas —dijo no atendiendo al ingenio de mi chiste—, esas mismas. Había una mesa de madera con la pava y el mate encima, una mesa de esas plegables. El sol parecía de fin de primavera, uno de domingo a la tarde, una o dos horas antes de anoecer. Cuando..., cuando me quise acercar para tomarme un mate el clima empezó a cambiar. Las nubes grises inundaron de golpe el cielo y se levantó un viento muy fuerte, tan fuerte que no me dejaba avanzar. Empecé a ver como a lo lejos se volaban los techos de las casas, era todo medio catastrófico, el cielo empezaba a tirar a negro avioletado y cuando giré la cabeza para ver nuestra casa, pude ver como desaparecía en el viento.

Dejé de mirar a la nada para mirarlo a él.

—Todo, todo era comido por un tornado invisible, todo iba a pa-

rar a ese negro voraz que pintaba el cielo. Volví a mirar y la mesa seguía ahí, con su pava y su mate, todo amurado al suelo y en perfecto estado, aunque todo se volaba y se desintegraba en el aire, eso seguía ahí. Cuando por fin pude empezar a caminar, pasó lo más loco, lo que me hizo dar cuenta de que estaba soñando: tu mamá... , tu mamá apareció caminando como si nada, como si la normalidad climática fuera esa. Tenía puesto el vestido clarito de nuestro civil y estaba descalza, lo que en parte era raro, porque no acompañaba el vestido, pero por otra parte tenía sentido, los domingos siempre andaba en patas. Cuando la vi de frente, me di cuenta que era su cuerpo pero que no era ella, no se movía ni gestualizaba como tu mamá, ¿te acordás de «Cementerio de Animales»? Bueno, era como si hubiera vuelto de ahí, con otra personalidad, una oscura. Su pelo lacio estaba inflado, seco, y tenía los ojos llorosos y un gesto como de...

Su relato iba dirigido a la vidriera, no me estaba mirando. Cada palabra con la que recordaba su pesadilla parecía fijarse en el aire de la panadería, cuanto más hablaba, más apretados estábamos, casi a presión, los vidrios de las puertas y las ventanas no resistirían mucho más sin estallar.

—...rencor. Mientras todo Bedoya desaparecía como si fuera el fin del mundo, tu mamá, perdón, el cuerpo de tu mamá, porque no era tu mamá, se acercó y me agarró la cara de los cachetes, como cuándo lo hacía cariñosamente mientras me hablaba como a un bebé, pero ahí, en el sueño, me agarraba con fuerza, como queriéndome lastimar. Cuando me tocó sentí un frío helado, la piel se me había puesto de gallina. Tenía los ojos muy abiertos y fruncía los labios. Con la mirada me cortaba la cara a la mitad, me dolía, me ponía mal. Después de todo ese suspenso eterno giró la cabeza un poco a la derecha y cuando abrió la boca bien

grande para decirme algo «puf» —hizo el gesto con las manos—, me desperté. Transpirado, con un dolor en el pecho horrible.

¿Por qué soñaba eso?, ¿era una señal divina? Él creía que sí, tenía cierto bagaje religioso al que no podía evitar acudir por más que durante muchos años había puteado a Dios por haberse llevado a su esposa. Eso fue algo que me siempre me llamó la atención, incluso hoy, después de tanto tiempo, sigo reflexionando sobre eso, sobre las explicaciones que se hacen a sí mismas las personas religiosas, las que creen en algo superior. Específicamente las explicaciones de las tragedias personales, las que te rompen al medio. Pienso mientras me acuerdo de la muerte de mi vieja para evocar esa sensación de tristeza, ¿por qué ese tal «Dios» que me creó, me cuidó y me protegió decide «llevarse» —matar— a semejante ser querido de esa manera? Digo, ese dolor que te quiebra en millones de pedazos, que te revienta adentro a cada segundo y que te condiciona negativamente la vida, esa sensación, toda, completa, ¿no te hace descreer en todo ese cuento del ser supremo que te ama? Lo único que sé y supe en ese momento, a los seis años, es que mi vieja me amaba, yo no necesitaba de ningún Dios de mierda que me viniera con su plan, a quitarme la posibilidad de verla todos los días y crecer con ella y mi familia. Dios me parece la excusa más grande que ha inventado el ser humano. Una excusa que le sirve para exculparse y no asumir las responsabilidades de sus actos y también, al fin y al cabo, Dios es una explicación fácil que le da sentido a toda nuestra existencia sin hacernos laburar o enroscarnos demasiado.

La explicación que yo le encontraba al sueño de mi viejo era un poco más «Freudiana»: algo reprimido, quizás algo relacionado con la culpa, se manifestaba durante su sueño. Entre el buen humor desmedido que había tenido ese mediodía y la cara larga que tenía a la tarde, había

pasado una siesta, y esa montaña rusa era poco habitual en su humor que solía mantenerse en un tibio pero correcto siete.

¿Qué le generaba culpa? Algo me hacía pensar en una mujer, en alguien que podía estar conociendo, ¿alguna clienta? Podía ser, pasaba gran parte de su tiempo en la panadería. Sus salidas eran los martes de fútbol y cada tanto, muy esporádicamente, un asado con sus amigos de la infancia, los tres o cuatro que quedaban en Bedoya. Claro, también esas podían ser las excusas para no contarnos a mí y a Pedro que estaba conociendo a alguien, pero si eran excusas eran muy bien pensadas, porque los martes se iba con sus botines «Diadora» del año del orto, sus medias altas de Boca, su pantalón corto que le «amatambraba» las piernas y la remera de México que le había traído un amigo suyo de un viaje por el caribe. Para los asados también, salía así nomás con su tablita de madera y cubiertos, vestido como para que no se lo cogiera ni la persona con peor gusto de la tierra. Nunca fui vigilante, así que tampoco es que seguía los pasos de mi papá ni mucho menos. Además, lo bueno de ese pacto silencioso es que era recíproco, ya que él tampoco me perseguía. En ese trato sin persecuciones era que se manifestaba una confianza mutua y si alguna vez uno le preguntaba algo íntimo al otro era por una amistosa curiosidad y no por una vigilanteada restrictiva.

A las ocho y media me mandó para casa, dijo que me despreocupara, que él hacía la caja y cerraba todo. Acepté, moría por volver a casa a ver qué había pasado durante la tarde, qué noticias había, qué mensaje me esperaba.

Cuando estaba llegando a casa me di cuenta que yo tenía las llaves del negocio, así que me di vuelta y cuando estaba por salir caminando vi que una mujer se bajaba de un Corsa verde cuatro puertas y entraba a la panadería. Empecé a caminar más despacio, quería llegar

cuando ella ya no estuviera adentro, no tenía ganas de relacionarme con ningún extraño más, al menos por ese día. Pase de largo la esquina sin mirar para adentro, doblé, y esperé contra la pared del vecino unos cinco minutos. Nada. Volví un poco el cuerpo y reclinando el tronco como un depravado de esos que espían en los vestidores de los locales de ropa, miré para adentro: nadie, no había señales ni de mi papá ni de esa mujer, o había visto un espejismo o estaban en el fondo, haciendo yo qué sé qué cosas. Para evitar un momento sumamente incómodo, abrí la puerta muy suavemente evitando que chillara el llamador de ángeles, me agaché y tiré el manajo de llaves al ras del suelo, como si fuera un jugador de Curling, dejándolas en el medio del lugar, bien evidentes.

Todavía no consciente del todo por la extrañeza de la situación que acababa de vivir, volví para casa y fui derecho a buscar el teléfono. No me sorprendió que la única notificación que apareció en la pantalla de mi Samsung fuera de ese mensaje de voz que no podía sacar.

## XXI

### La piel

A los dos meses exactos de ese encuentro casual, el lunes veintitrés de diciembre del ochenta y cinco, Juan Pablo, aún contra todos los pronósticos, volvería a ver a esa desconocida de la que, aunque no quisiera, empezaba a olvidarse. Y esa segunda vez no sería fruto de una casualidad ni mucho menos: al igual que yo en la panadería, él solía irse un rato antes que su papá.

A un día de la nochebuena, él saldría por la puerta del negocio y una voz femenina le hablaría después de chistarle: «¡shh! Guarda la baldosa floja...» Al darse vuelta, Juan Pablo encontraría a «la copia mejorada de Olivia Newton en Grease», según sus palabras, cuando hablaba de esa noche. Ella lo estaba esperando mientras masticaba chicle y jugaba con sus manos en los bolsillos de su campera corta de jean. «La única posibilidad que tenía de volver a verla», contaba en oportunidades mi viejo, «era que ella volviera a la panadería, porque Rosa, su tía abuela, no había vuelto al negocio en dos meses». Y no había vuelto porque le habían descubierto un tumor muy avanzado en un pecho que la terminaría de vencer el treinta de diciembre, siete días después de esa visita de Marina a Juan Pablo.

Marina había aprovechado estas visitas recurrentes con su madre a la casa de Rosa para pasar cada tanto por la panadería, esperando que del otro lado del vidrio estuviera ese pibe de «ojos humildes», como contaba mi papá que lo había recordado ella. En las seis ocasiones en



que había pasado por el negocio había visto a Vicente, mi abuelo, y hasta se le había cruzado por la cabeza entrar y preguntarle por su hijo, pero sabía que podía ser contraproducente, porque ella había notado la tensión en la relación entre padre e hijo y, en esa época, si a algo no estaba acostumbrado un tipo como mi abuelo, era a que una chica entrara y preguntara por su hijo, porque «eso no lo hacían las señoritas», decía mi viejo que solía opinar mi abuelo sobre «las que iban al frente».

Esa tarde de diciembre, Marina Libertad y Juan Pablo Robledo cruzaron la calle y empezaron a caminar sin pensar demasiado, porque a ella no le importó hacer esperar a su madre en lo de Rosa más de la cuenta y a él no le importó que su padre no lo encontrara cuando fuera a su casa. Aun sabiendo las posibles represalias, enfilaron caminando hacia ningún lado, ambos con sus zapatillas Flecha, las de él blancas, impolutas, y las de ella celestes, gastadas, con manchas ya fosilizadas que le daban un estilo único que solo a ella podía quedarle bien.

Mi viejo contaba que algunos años después, ella le dijo que ese día él «caminaba como cansado, desganado, mirando al suelo», y su argumento era que «sí, que estaba cansado de ser un viejo en el cuerpo de un pibe». En ese caminar íntimo, Marina le contó que iba al Santa Lucía, el único colegio privado de Bedoya y que en su momento era solo de mujeres. Por supuesto, privado y católico.

—Las veo a las monjas y me entra una tristeza... —contaba Juan Pablo que dijo Marina.

—¿Por qué?

—Porque ninguna eligió ser monja.

—¿Entonces qué hacen ahí?

—Con el tiempo se habrán convencido de que era lo que querían.

—¿Y qué decís que querían ellas?

—Como mínimo elegir por su propia cuenta, no sé.

—¿Y por qué supones eso?

—Porque viven enojadas, como si alguien les hubiera prohibido reírse.

Al dar vuelta la esquina, a más de cien metros de la panadería, ya perdidos en esa noche de verano recién nacida, él le contó que lo había agarrado por sorpresa, que había pensado en ella todos los días. «Cada vez que me acostaba», le dijo Juan Pablo, «imaginaba cómo iba a ser tu aparición en la panadería, o cómo iba a preguntarle a Rosa por vos». «¿Y qué te imaginabas?», le preguntó Marina mientras masticaba su chicle mucho más lento, porque empezaba a mirarlo en ese trance que también de grande tenía, esos momentos en que su cabeza bajaba las barreras y salía a jugar con total libertad con las palabras y las sensaciones. «Imaginaba que mi papá se iba antes, tipo siete y media, por alguna urgencia de un amigo y él salía rápido, dejándome solo. Y a los cinco minutos aparecías vos, vestida igual que la primera vez que fuiste a la panadería, zapatillas rojas, el borde de las medias celestes con dibujos, pantalón de jean, remera celeste agua y campera de jean. Entrabas así y yo...», «¿y vos qué?», «nada, nada», «¿y vos qué Juan Pablo?», le dijo Marina, como le decía mi vieja cuando él se hacía el boludo. Mi viejo comprendió la provocación y se apichonó un poco. «No, nada, ahí terminaba», dijo Juan Pablo y Marina giró su cuerpo, lo frenó poniéndole una mano en el pecho y empujándolo contra la pared de ladrillos que había en el terreno baldío donde hoy viven los Castro, le volvió a preguntar: «¿Y vos qué Juan Pablo Robledo?» Él respiró duro, más intimidado que nunca, superado por una situación que en su cabeza había sido manejada por él, y que conociendo a los dos, era en su cabeza el único lugar donde esa situación amorosa podía ser manejada por él.

«¿Y vos qué, Juan Pablo Robledo?», volvió a preguntar Marina con una mueca entre maligna e irónica, su mano derecha contra la pared muy pegada a la cabeza de Juan Pablo y su mano izquierda —esto lo escuché tras una puerta, a los catorce años, en una charla entre mi viejo y su amigo Darío Giménez— con la palma hacia adentro, subiendo lentamente pero con cierta presión sobre su muslo izquierdo hasta parar sobre su bragueta. «Se me puso la piel de gallina, imagínate», le decía mi viejo a su amigo, «esas cosas no pasaban ni en mi cabeza». «Me quedé duro, petrificado», seguía diciendo mi viejo, «y mientras ella parecía disfrutar de mi quietud, masticaba el chicle abriendo mucho la boca y se reía. Ahí le conté, después de tragar saliva como por cuarta vez, que en mi sueño yo la agarraba, le daba un beso y la llevaba para atrás de la panadería». «Y a medida que yo le iba contando», le siguió diciendo mi viejo a su amigo, «ella iba apretándome más los huevos, hasta que cuando le conté esa escena de llevarla atrás de la panadería que me dijo “ah, ¿sí?” y me metió la mano por adentro sin desprenderme el pantalón y me agarró el pito, que imagínate ya cómo estaba, y mientras miraba mi cara de sorpresa y gozaba de mi timidez, me empezó a manosear ahí nomás, en plena calle. No lo podía creer: lo peor es que ni alcancé a mirar si había gente por ahí porque a los, no sé, treinta segundos, me hizo sentir el famoso cosquilleo de las hormigas».

## XXII

### Necesito que me nombres

Nadando en los recuerdos me percaté de una situación importante en mi familia: tanto en mis bisabuelos, como en mis abuelos y en mis viejos, en esas tres generaciones de parejas casadas, siempre falleció primero la mujer. En 1968, mi bisabuela materna y en el 1970 mi bisabuelo materno. En 1965, mi bisabuela paterna y en 1975 mi bisabuelo paterno. En el 2002, muere mi abuela paterna y en el 2004 mi abuelo paterno. En el 2006 mi abuela materna y en el 2007 mi abuelo materno. En 2005 mi vieja. ¿Esto era una casualidad o una causalidad? ¿La tristeza llevaba a los hombres de la familia a morir desolados?, ¿la devoción que yo sentía por Valentina ya la habían sentido mis bisabuelos y mis abuelos? ¿Era la soledad lo que devoraba las vidas de los hombres de mi árbol genealógico?

Las experiencias me tenían abrumado, mi cabeza no paraba de hablar y pensar en el universo virtual, en lo que pasaba ahí, en lo que pasaba con mi novia, con su vida, con la mía, con mi papá y esa mujer misteriosa. En mi mente gritaba, pateaba, rompía, imaginaba un Benja diminuto en uno de esos cuartos de la ira donde uno entra con un bate de béisbol y destruye todo, canalizando a través de una violencia segura hasta que el cansancio real del cuerpo, el dolor en los músculos, la agitación, la fatiga, todo eso, decanta en un relaje corporal total.

Al tener una vida chiquita, sin demasiadas ambiciones, sin demasiadas personas, uno tiene menos cosas por las que preocuparse —esta

palabra siempre me llamó la atención, pre-ocuparse, ocuparse de cosas antes de que sucedan—. Mantener mi mundo chiquito me permitía tener todo más o menos controlado. Así había sido hasta días atrás, ya que todo empezaba a descalabrarse con Valentina lejos y desconectada, mi viejo misterioso y escondido, Pedro físicamente pegado pero virtualmente en muchos otros lados. Sin embargo, él podía ser mi único aliado, podía ayudar a mis desvaríos al menos escuchándome y dándome su perspectiva. En otro momento me hubiese parecido incorrecto compartir problemas reales y complejos con él, por más que tuviera un ingenio particular no dejaba de ser un chico, y los chicos tienen que jugar, divertirse, hacer la suya: es el único momento en que la vida y las responsabilidades no te carcomen. Yo no había podido vivir eso, esa despreocupación constante, esa curiosidad permanente, esa sensación de que la vida es perfecta ¿Por qué en medio de mi ahogamiento debía salpicarlo a él? Ahí me convencí de que mejor no tenía que joderlo, tenía que dejarlo en su rol de ser un pibe.

Esa noche del jueves primero de marzo, papá vino de vuelta con una alegría asquerosa. Ya comenzaba a olerse una etapa insoportable con su felicidad como constante, no como disfunción o como casualidad. Quizás mi lectura de la situación se tornaba algo negativa por lo que sabía desde hacía minutos, lo que había visto media hora atrás. Mi papá no había tenido relaciones formales desde la muerte de mamá. Digo relaciones de esas que se sostienen en el tiempo y se le presentan a los hijos, sexo supongo que tuvo, ya eran muchos años, casi trece. Igual, pienso, su libido había estado volcada en su trabajo y en nosotros, así que podía también ser cierta la idea de que no había cogido desde hacía más de un siglo y se había dedicado a esporádicas masturbaciones, no lo sé, es asqueroso pensar en esas cosas. Pero si las pensaba, era porque había aparecido la imagen de esa mujer entrando a la panadería

con todo un aire de tramposidad, de secreto, sigilosa, casi en puntas de pie, seguro que con una sonrisa macabra. Todas las pistas indicaban que esa mujer no era soltera, por algo iba a la panadería, seguro le despertaba algo fantasioso. Los vigilantes, las baguettes, objetos fálicos por excelencia. Sumado a eso, el enchastre, las porquerías dulces, el almíbar, el chocolate de repostería. «Embadúrneme toda, señor panadero», «embadúrneme toda y después límpieme con su lengua», «lléneme de cosas pegajosas y viscosas», «cójame arriba de la mesada», «amáseme toda», «tíreme toda la crema pastelera en la cara», «póngame contra la puerta del horno y súbame la temperatura, caliénteme toda», «tómese este almíbar», «enharíneme el molde y rellénelo con toda su mezcla». Toda la pornografía border por excelencia haciéndose presente en un lugar histórico para el apellido, todo anónimo pero en un lugar conocido, cerca de su familia, a metros de su casa, donde se había alimentado su amor con mi vieja, donde nos había visto crecer a nosotros, donde había continuado los valores del negocio para perpetuar la tradición, todo eso tirado a la basura por minutos de lujuria con una mina random de Bedoya que encima seguro estaba casada y que seguro era religiosa, católica, de esas que no van a misa pero que cuando pasan cerca de un ícono eclesiástico, se hace la señal de la cruz, como si con eso alcanzara para pertenecer a la sagrada familia, como si con ese gesto ridículo pudiera limpiarse todas esos pecados que cometía, como si al santiguarse renovara su derecho de propiedad sobre su terreno en el paraíso. No me molestaba que cogiera con esa mina, me inquietaba ese morbo de hacerlo ahí, frente a las narices de los recuerdos, refregando la piel de otra delante de los fantasmas familiares que caminaban en la panadería.

Esa noche no comí nada, me costaba verle la cara a mi papá des-

pués de semejante escena. Me llamaron, primero él desde la cocina, después Pedro desde la puerta de la habitación; que no, que «no voy a comer, no tengo hambre». «Benja vení que nos comemos todo», bueno, cómanse todo, no me importa, pensaba. Mientras estuve tirado en la cama revisé todo lo sucedido durante el día en Instagram, volví a revisar la cuenta de Valentina, nada; entré al mensaje para ver si lo había visto y nada; la cuenta de la agencia y tampoco, ninguna señal de vida. Me había quedado algo pendiente, ver quién carajos era el pelotudo ese que le había comentado la foto.

Entré en @MHPphotography: Maxi Heredia. 26 años. Fotógrafo. «La gente dice que las fotos no mienten, las mías lo hacen». Esta era la descripción de este boludo de cuarta que con veintiseis años le comentaba la foto a una chica de diecisiete. Lo seguían tres mil cuarenta y dos personas y él solo seguía a ciento cuarenta y siete. En ninguna de todas las fotos de su perfil, en las doscientas setenta y nueve publicadas a ese día, aparecía él. Había modelos, paisajes, situaciones callejeras, situaciones absurdas pero bien encuadradas y editadas, de todo un poco, menos él. Claro que a nadie podía parecerle raro ya que era eso, una cuenta sobre fotografía, pero bueno, también era la cuenta del tipo y a mí me sonaba raro que no hubiera ningún registro de su cara.

No había fotos ni registros en redes sociales que indicaran que yo tenía una relación con Valentina. Hacía casi seis meses que éramos novios pero habíamos mantenido todo bastante íntimo, secreto; nos habíamos convencido de que era mejor así, ya que exponer la relación ante el tribunal moral de la sociedad era innecesario, no necesitábamos más que nuestras opiniones para transitar la montaña rusa que viene con las relaciones afectivas. Me sentía como un trabajador que está en negro y que es echado sin aviso previo ni razones y no puede exigir in-

demnización alguna. Así, exactamente así, pero lo que estaba en juego no era algo tan insignificante como plata, estaba en juego un reconocimiento, el de ella hacia mí, el de que me afirmara como su pareja. No en internet, eso no me interesaba, que me afirmara como su novio ante ese nuevo circuito donde se encontraba. Que me pusiera en palabras, que me diera segundos de importancia, que me respondiera, que pensara en mí y en mi preocupación, al menos que le diera sentido a toda la situación, que reconociera lo complejo de la distancia física que devenía en emocional, que hiciera algo, la puta madre, que hiciera algo al menos como paliativo para mi cabeza, que explicara las cosas para reemplazar algunas de mis dudas por certezas concretas, por más duras que fueran.



## XXIII

### Los padres

Según la versión oficial, la que mi viejo ha contado en mi presencia, la que saltea por supuesto la parte de la paja en plena vereda, esa noche no se dieron ni un beso. «En esa época era distinto, por ahí pasaba mucho tiempo entre que una pareja se conocía y se dieran un pico, los padres nos tenían cagando», solía decir mi viejo. Tan cagando lo tenían que después de esa vuelta con Marina —que recién le diría el nombre cuando se despidieron— volvió a su casa y lo estaban esperando sus papas, Vicente y Josefa, preocupadísimos.

—¿Dónde estabas?! —le preguntó gritando Vicente sin demasiada pedagogía, como era habitual en él.

—No, pasa que...

—¿Pasa que qué?! —lo atoró Vicente mientras se acercaba a él y lo hacía temblar todavía más.

—Pasa que cuando salí de la panadería —dijo mientras movía las manos intentando explicar—, me estaba esperando Cachito y...

—¿Y qué?! ¡Te vas por ahí así sin avisar y nos tenés a mí y a tu madre preocupados como unos estúpidos! —dijo acercándose aún más, hasta estar pegado a Juan Pablo que agachando la cabeza empezaba a lagrimear de la impotencia.

—Y fui-fui-fuimos a pe-pegar, pegar una...

Y ahí nomás le cayó el cachetazo de Vicente que lo hizo tambalear, perder el equilibrio al punto de que se tuvo que sostener poniendo

la mano derecha en la pared. Empezó a llorar más fuerte, la impotencia le prendía fuego el esternón y su mamá, Josefa, atrás del todo, en la entrada de la cocina, observando el único método de crianza que conocía su esposo. Así Juan Pablo recordaría que si desaparecía de nuevo, le esperarían otros gritos, otros golpes, todo pegado al típico discurso de «esto lo hago por tu bien», cuando un acto de violencia, por más mínima que sea, nunca es por el bien de nadie más que del agresor.

—¡Encima llorás maricón?! —seguía Vicente, marcando con el dedo índice de su mano derecha en el aire sus palabras venideras— ¡No te quiero ver la cara, te vas a bañar y a dormir ya!

Y si Juan Pablo estaba feliz por el inolvidable momento que había pasado con Marina, Vicente se había encargado de arrancarle esa sensación que tenía recién cocida en el pecho.

Mi viejo contaba que siguió llorando en la ducha, que no podía dejar de sentirse así, «como una persona a la que se le prohíbe ser feliz, como esas monjas de las que hablaba tu vieja». También le daba impotencia que su madre, la única que hubiese podido poner paños fríos a la situación, se había quedado parada ahí, viendo como una injusticia transcurría a metros de ella. Aunque mi viejo después con el tiempo lo entendió: «Si a algo estaban acostumbradas las viejas de antes era a eso, a vivir injusticias, ya estaban curadas de espanto. Todo ese acto en el que mi papá me golpeaba y enseñaba a la fuerza ya había sido vivido por mamá muchas veces y durante casi toda su vida, primero por su padre y después por su esposo, que para los de afuera era un fenómeno y para su familia, su corta familia, por momentos era un viejo de mierda, abominable, digno de ser echado de la casa. Y nunca se lo dije, se murió sin que le dijera eso, porque cuando se volvió un viejito que apenas podía caminar por la artrosis, daba tanta lástima que parecía que con el

viento de las palabras podía empujarlo y lastimarlo. Además, cuando mi mamá murió, de golpe se convirtió en una persona devastada, con una tristeza casi de raíz, porque sin ella y conmigo ya grande, no tenía sobre quién ejercer su maltrato. Era un amo que de golpe se quedaba sin su última esclava y con el poco poder que le quedaba, ya no le alcanzaba ni para lastimarse a él mismo. Y mató a mi vieja, porque la mató él, estoy seguro, por hacerla acumular durante tantos años un dolor profundísimo que le hundió el pecho hasta destrozarle el orgullo y morir tirada en una cama sin que nadie la auxiliara», me dijo una noche que nos quedamos charlando...

«Por eso yo siempre pensé que cuando tuviera hijos no los iba a tratar así», seguía diciendo mi viejo en oportunidades. «A diferencia de mi papá, que conmigo repitió el trato que él había recibido de su padre, yo quería hacer lo contrario, porque lo que a mí me quedó en el pecho, esta angustia incurable, no se la deseo a nadie, muchísimo menos a mis hijos».

Y de un tema similar hablaron con Marina la tercera vez en que se vieron, el día de la muerte de Rosa.

## XXIV

### Pausa

«Soy una boluda, Benja, perdón que aparezco ahora, pero se me pasó escribirte; sabés igual que no tengo el celular, al no tenerlo encima es como que me olvido de comunicarme con la gente. Estoy muy feliz, todo esto parece el principio de algo muy lindo, lo malo es estar lejos, en dos lugares tan diferentes. Cuando vine tenía miedo, estaba más motivada por la idea de irme de casa que por la oportunidad en la agencia, pero ahora todo parece conjugar en un “trabajo” perfecto. Una vez mi papá me dijo que iba a triunfar en lo que quisiera, y hoy quiero esto. En vez de hacerla larga prefiero irte de frente, sabés que me gusta llamar a las cosas por su nombre: no te quiero joder la vida. Sabés también que hemos hablado sobre la imposibilidad de mantener una relación a la distancia, que es ilógico, que termina haciendo peor, y me parece que al menos por ahora, mientras estoy acá, va a ser muy difícil mantener lo que tenemos, no te quiero hacer mal. Todo sigue vivo, de eso no te preocupes, pero por respeto a vos y como te conozco, prefiero ponerle pausa a la nuestro, parar hasta que vea que me depara el futuro y tenga las cosas más claras. Ríe cada vez que pienso en lo nuestro, prefiero que sea así: de otra manera no haría más que dilatar esta situación y lastimarte, por eso prefiero irme (a pensar) por la puerta grande. Hoy considero que es lo mejor, tomátele con calma, si querés escribime y cuando vuelva a pedir algún celu lo leo. Te voy a amar por siempre».

Esto recién lo leí cuando volví del turno mañana de la panadería y a medida que avanzaba en las palabras, en las frases, sentía como poco a poco se me entumecía el abdomen y me temblaban las manos. De nuevo no lloré, vi ese mensaje casi de despedida y no lloré. En algún momento habíamos tenido charlas sobre la distancia física y cómo afectaba eso a las relaciones. «Cuándo alguien está lejos uno se enoja con un fantasma o, en realidad, con uno mismo», decía Valentina, «porque la puteada si no se puede decir de frente no sirve, no alivia». Yo decía que pensaba igual, que sin la piel del otro cerca no se puede hacer nada, ni amar ni pelear — una vez escuché que el amor, a diferencia de la amistad, necesita de la frecuencia—. El tema es que esas charlas eran siempre sobre supuestos, hablábamos de casos hipotéticos, por lo general después de ver alguna película de amor falopa como «Love, Rosie», donde los protagonistas viven «siendo separados» por las peripecias del destino. Y no es que crea que todas las relaciones afectivas con determinados kilómetros entre las personas no funcionen, lo que sí creo es que las relaciones que funcionan a la distancia no funcionan bien en la cercanía y viceversa: el combustible de la nuestra era saber que ante cualquier cosa nos separaban cinco cuadras, cuatro calles y una la avenida, seis minutos a pie, una canción y media o dos canciones cortas —unidad de medida nuestra, con la que nos encantaba calcular los viajes.

El mensaje de Valentina llegaba como cierre, como conclusión, como alivio. El lazo que me esforzaba por mantener con ella a casi cuatrocientos kilómetros se rompía de una vez por todas y me tranquilizaba. Sí, en gran parte lo hacía, porque ella así me lo decía, no quería «hacerme mal». De todas maneras, creo que lo primero que sentí, lo más concreto, fue indiferencia: en un par de segundos había nacido, crecido

y se había reproducido y esparcido por todo mi cuerpo. En palabras se sintió como «¿Ah sí, quieres eso? Perfecto, ya fue», pero también sabía que esa reacción era la punta del iceberg, ya que abajo yacían miles de preguntas e ideas que si ponía en palabras, o si las enfocaba por un segundo con la linterna, cual policía indagatorio, saldrían a flote y no tendría salida: el choque sería inminente y el hundimiento irreversible.

Supuse que otras perspectivas llegarían en el momento adecuado, cuando la cabeza hilvanara todas las teorías, preguntas y respuestas provisorias en explicaciones al menos lógicas, reconfortantes por su calidad, por su manera de darle cierre a algo que me estaba implosionando, célula por célula.

La tormenta era necesaria: muy adelante, a lo lejos, podía verse, si hacía un esfuerzo, un atisbo de arcoíris. Igual, no me inquietaba la idea de llegar, si algo había aprendido en la obra de teatro trágica de mi vida, era a andar bajo la lluvia sin paraguas, podía ver caer las gotas en slow motion como Neo en «Matrix» con las balas, con la diferencia de que yo no esquivaba todas las gotas, sino que las encaraba igual: me limpiaban un poco, me refrescaban, se me incrustaban en la piel como agujas milimétricas recién sacadas de una heladera. Al menos me movían, me hacían sentir algo, en un segundo la vida me avisaba con cientos de gotas que seguía en este plano, vivo y con la sensibilidad mínima y necesaria, al menos la versión base, estándar, que me permitían las reacciones usuales ante los estímulos más comunes.

Dejé el celular en la habitación y me predispose a volver a la vida habitual, en la que mi humor interno no dependía de ningún aparato. Cuando fui a la cocina para almorzar me encontré con mi papá y de nuevo las ideas turbias sobre su relación con esa mujer extraña. Aunque podía ser, pienso ahora, que esa mujer estuviera hace mucho en esas

noches de quinceañero escapista de mi papá. Rememoro: la noche en que Valentina se fue yo volví a casa y él hasta las diez menos cuarto no apareció. Así muchas otras, donde con Pedro suponíamos que se quedaba haciendo cosas en la panadería, sacando cuentas, limpiando algunas cosas, ordenando para que en la madrugada siguiente, cuando reabriera el negocio y después la cocina, todo estuviera como le gustaba que esté, bien tradicional, como si reproducir las imágenes de sus recuerdos nostálgicos lo hicieran volver a su juventud, como si fuera un gesto a la memoria de todos sus muertos. Para muchos otros, el calor del horno de panadería podía ser agobiante, pero él parecía disfrutarlo, como si su cuerpo tuviera un climatizador distinto al del resto de los humanos, forjado por una vida de travesías que no había elegido, que habían golpeado en su puerta como evangelistas para dejar un mensaje: nada vuelve a su forma original.

Decidí después del almuerzo, que podía enfocarme en mi viejo, dedicar tiempo a entender su humor y sus caprichos. Ver las cosas a través de él, era más fácil que verlas a través de mí. Que él a veces hablara del pasado sin que nadie se lo pidiera tenía que significar algo. Y, si en los Robledo casi todo funcionaba por herencia, empujarlo a reconciliarse con ciertas partes de su vida, podía transferirme la posibilidad de hacerlo también. Para eso, debía generar las condiciones necesarias. Si todo salía más o menos bien, en algún momento escucharía de esa nueva mujer, la que parecía ocupar el espacio físico que había dejado vacante mi mamá.

## XXV

### La hipocresía

Esa tarde de viernes, a eso de las siete menos cuarto, el sol se difuminó de golpe y todo fue grisáceo y ventoso hasta que una lluvia con aires tropicales encerró a todo Bedoya en sus casas. El contexto fue ideal para correr el foco de mi vida y ponerlo un rato en la de mi viejo. «¿Te acordás del viejo Roldán? Escuché hoy a la mañana que la quedó...», dije, mientras preparaba el mate. «¿Que qué?» «Que murió, papá. Que falleció, que se fue de gira a tocar con la filarmónica del cielo...» «¿En serio me decís? Vos fijate, pobre viejo...», respondió. La conversación quedó ahí, en stand by, y no dije más nada. Él siguió con sus cosas, yo lo miraba cada tanto de reojo y nada. Cuando le di un mate dejó de moverse. Con cada sorbo parecía bajar un escalón. A los cinco minutos, metido en el sótano de la memoria, empezó a interpretar la partitura nostálgica «Mi primer velorio», que así suena en mi cabeza:

El lunes treinta de diciembre del ochenta y cinco, mi abuelo y mi viejo atendían la panadería normalmente, hasta que a eso de las seis de la tarde apareció un vecino y contó que hacía una hora y media había muerto Rosa, que era algo que se esperaba, pero que se había consumado como de golpe, «que enfermedad de mierda», «un día estás y al otro ya no», «el que decide es el de arriba» y todas esas frases hechas que se suelen decir cuando se toca el tema de una muerte en un pueblo, hablándolo solo porque es una forma de «respetar» al fallecido y a su familia, pero que no es más que un acto lleno de falsedad donde se simula tristeza y desolación.



Cuando Vicente fue para atrás y le comentó a Juan Pablo lo de la muerte de Rosa, mi viejo le dijo para su sorpresa que podían ir al velorio, que era una clientela de años, que podían pasar un rato para saludar a la familia y nada más. Y eso era algo que solía hacer Vicente solo, ya que cuando un cliente o vecino fallecía iba a la casa velatoria de «los Roldán» —la única en Bedoya— y solía quedarse una media hora haciendo sociales, algo que hacía más como una medida marketinera que por una congoja real: ver al panadero del barrio tomarse el tiempo de ir a un velorio era algo que humanizaba a Vicente Robledo.

Esa tarde cerraron un rato antes, se cambiaron en su casa, la que fue hasta no hace mucho la mía, y salieron para el velorio en la Ford F-100 blanca modelo ochenta de Vicente. Hicieron las seis cuadras que los separaban de la casa velatoria en total silencio, porque escuchar radio o música durante un duelo se consideraba una falta de respeto. Estacionaron casi al frente, no había muchos autos, si había habido gente durante el día, para esa hora ya se habían retirado. Y así era, quedaba solo la familia cercana.

Cuando entraron el silencio era casi absoluto. El marrón de las paredes y las luces doradas tenues generaban un clima reconfortante para llorar, aunque a esa hora ya no llorara nadie. Al final de la sala podía verse a Consuelo y Ramón, los padres de Marina, junto a Felisa, la amiga más cercana a Rosa, una señora del barrio con la que tres veces por semana tomaban el té. Juan Pablo avanzó caminando algo preocupado porque no había rastro de Marina y eso lo ponía muchísimo más triste que la muerte de Rosa, la cliente del «medio kilo de pan y tres tortitas negras».

Llegaron al fondo. Vicente saludó con un beso a Consuelo y Felisa y con un apretón de manos a Ramón, acompañando cada saludo con

un «lo siento mucho», por más que no lo sintiera ni un poquito. Juan Pablo saludó a los tres con un beso sin decir nada y se quedó parado al lado de Vicente. A la derecha, si se avanzaba unos pasos más, había una sala más chica, pintada de un blanco heladera, donde podía verse la parte inferior del cajón donde estaba el cuerpo de Rosa. Mientras la charla de los adultos avanzaba, Juan Pablo se movió despacio hasta esa sala y a medida que se acercaba vio, para su sorpresa, unas botitas negras opacas. A dos pasos de la puerta encontró a Marina, que estaba sentada en un banco a un metro del cajón.

—Eu...—dijo Juan Pablo en voz baja mientras se acercaba. Ella levantó la cabeza y con una cara de piedra le respondió. —Tranquilo, no se va a despertar.

Juan Pablo hizo tanta fuerza para no reírse que su cara se puso colorada, sabía que una carcajada en ese lugar podía costarle carísimo si Vicente lo escuchaba.

—¿Cómo estás? —preguntó Juan Pablo mientras se sentaba.

—Bien, qué sé yo. No la quería tanto...

—Bueno, pero igual, era tu tía...

—Tía abuela, y nunca me cayó del todo bien.

—¿Por?

—Porque aparentaba algo que no era.

—Todos aparentamos algo que no somos...

—¿Vos también Juan Pablo?

Pensó unos segundos antes de responder.

—Desde hace un tiempo que quiero dejar de hacerlo.

Marina lo miró con la misma cara de lástima que cuando se tropezó con la torta de cumpleaños de la reciente difunta.

—¿Y cómo es eso?

—No sé, todavía no sé.

—¿Y no te dan ganas de saberlo?

—Todos los días, todos los días...

—Bueno, apurate a decidirte porque cuando queramos acordar estamos como Rosita, todos blancos y boca arriba.

Fue en ese momento que Vicente, que ya se había olvidado que estaba con Juan Pablo, encaró despacio para la sala donde estaba el cajón de Rosa para hacer su saludo habitual al «finado» —si en algo se manejaba con soltura mi abuelo, contaba mi viejo, era en los modales y en las formas fuera de su casa: las manos, la voz cálida, las leves inclinaciones con el cuerpo en gestos de «caballerosidad», toda una gestualidad suave que hablaba por él—. Caminando despacio entró a la sala en donde Marina y Juan Pablo cuchicheaban a un metro del cajón. Ellos hicieron silencio mientras él se paraba a centímetros del pecho de Rosa. Vicente entrecruzó los dedos, inclinó un poco su cabeza y esbozó unas palabras con los ojos cerrados que los jóvenes espectadores no entendieron. Después de eso abrió los ojos, se hizo la señal de la cruz y al girar, se encontró con Juan Pablo y Marina, que hicieron el mejor esfuerzo para mantener la compostura en tan extraña escena. Cuando Vicente se acercó, sonrió al recordarla a ella, la chica de la torta para el cumpleaños de Rosa.

—Hola, no te había visto, lo siento mucho...

—Está bien, muchas gracias... —respondió Marina inclinándose levemente a la derecha su cabeza, como apenándose de golpe, lo que le resultó extraño a Juan Pablo.

Vicente posó muy suavemente su mano en el hombro izquierdo de Marina mientras cerraba levemente los ojos en un gesto de «fuerza, va a pasar». Al sacar sutilmente esa mano compasiva, dejando de a poco

su amable trato, se dirigió a su hijo.

—Saludo a la familia y vamos para casa Juan Pablo, despedite.

Juan Pablo respondió un «bueno» que apenas se escuchó y Vicente salió de nuevo a la sala para tener otra habitual charla de despedida donde daría sus condolencias y diría que ante cualquier cosa contarán con él. Cuando Juan Pablo vio que su padre se había alejado lo suficiente, volvió a mirar a Marina.

—¿De golpe te pusiste triste?

—Hice lo mismo todo el día, la gente grande piensa que es una falta de respeto estar bien cuando muere alguien.

—Pero decime la verdad, ¿no la querías ni un poco a ella? —dijo Juan Pablo mientras señalaba muy sutilmente el cajón.

—Ponele que sí, ponele que un poco, ¿por eso me tengo que poner mal?, ¿qué resuelvo llorando?, ¿por qué le faltó el respeto a alguien si paso el dolor con otra cara?, ¿no puede haber otra manera de afrontar lo inevitable? Ponerme mal por algo que no puedo cambiar no tiene sentido...

Marina parecía tener muy masticado eso, a Juan Pablo le llamó la atención la determinación de sus palabras. Esta otra arista distintiva de la actitud de Marina que en otras personas la hubiese visto forzada, solo por ir contra la corriente, por ser rebelde, por hacerle frente a la autoridad de sus padres, en ella parecía ser natural porque no intentaba demostrar su punto frente a todos, sino que se había tomado el trabajo de fingir tristeza toda esa tarde para encajar en la idea que tenían todos los conocidos de Rosa de «alguien a quien se le muere un pariente cercano». Cada paso que daba Marina era para Juan Pablo, perfecto y a la vez impredecible, todo lo que ella hacía le encantaba pero también le hacía ruido y esa contradicción era lo que tanto le atraía.

—¿Y qué te pone mal entonces? —preguntó Juan Pablo.

Marina que estaba explorando esa salita paró de golpe para mirar a Juan Pablo a los ojos.

—La gente que no tiene personalidad.

En ese momento se escuchó el sonido opaco de los zapatos de Vicente al frenar bajo el marco de la puerta.

—Juan Pablo...

Él se paró algo atontado por la misteriosa frase de Marina y saludó levantando un poco su palma derecha mientras esbozaba un «nos vemos» casi entre dientes.

Los Robledo atravesaron el salón, dieron el último saludo al pasar por al lado de la familia y enfilaron para la camioneta. Se subieron y Vicente arrancó. Juan Pablo no podía dejar de pensar en la frase y en Marina. Miraba por la ventana de la F-100 como la noche vestía a Bedoya y eso lo ponía algo triste. Vicente lo miró de reojo y volvió a mirar al frente.

—438729...

—¿Eh? —preguntó totalmente perdido mientras giraba su cuerpo para ver a su papá.

—438729 boludo, acordate.

—¿Qué es eso?

—El número de teléfono de la casa de los Libertad, el hombre me comentó que era chapista y quedé en llamarlo cuando necesite arreglar el negocio.

«¿Arreglar el negocio?», contaba mi viejo que pensaba, «pero si esos arreglos los hacía él, mirá que iba a llamar a otro tipo para que lo hiciera», decía mientras avanzaba en su recuerdo.

—¿437829?

—No, boludo, 43, 87, 29.

Juan Pablo repitió esos tres pares de números en su cabeza una y otra vez hasta llegar a su casa. Cuando Vicente apagó el motor de la camioneta sacó la llave y mientras ambos abrían las ruidosas puertas disparó al aire, en palabras de mi papá, «uno de los pocos gestos paternales que tuvo conmigo».

—Qué harías vos sin tu viejo, eh...

Y a mi papá se le iluminaba la cara, quería aferrarse a eso, a ese momento único en donde su padre le tiraba un centro, le jugaba de amigo y le decía a su manera que entendía lo que le pasaba con esa chica. Yo podía ver como un Juan Pablo púber repasaba esa imagen mental donde ambos estaban con una pierna en el aire bajando de la camioneta, y sumado a esa fotografía idealizada, la frase «qué harías vos sin tu viejo, eh...» reproduciéndose infinitamente. Esas palabras cómplices eran el único rastro verbal que indicaba que por unos segundos Vicente, en vez de ser su «padre», fue su «viejo».

Lamentablemente, ese recuerdo se le escurría entre los dedos: por más fuerza que hiciera para aferrarse a esa imagen en blanco y negro, lo tironeaban como en un concurso de cinchada, todos los demás recuerdos de su padre.

...

Pasaron varios días hasta que ese tímido Juan Pablo se decidiera a llamar a la casa de los Libertad. Por supuesto que se había anotado en un papel que tenía en el cajón de su mesa de luz el número 438729. Además se lo repetía a sí mismo, una y otra vez, durante todos sus ratos en soledad. A veces los pensaba de a uno: cuatro, tres, ocho, siete, dos,

nueve; otras veces de a pares: cuarenta y tres, ochenta y siete, veintinueve. Y en menor cantidad pero al menos una vez por día lo recordaba entero: cuatrocientos treinta y ocho mil setecientos veintinueve. Debía esperar un tiempo para llamarla, eso seguro, ¿pero cuánto? Quería generar al menos un poco de misterio, que naciera una preocupación en la cabeza de Marina, que se preguntara que era de la vida del pibe de la panadería. «Fijate la película que me hacía», decía mi viejo mientras contaba, «pensaba todos los días en llamarla y no lo hacía por hacerme el misterioso». Dejó pasar los días, pasó año nuevo sin pena ni gloria: él cenó en su casa con Vicente y Josefa y a las doce salieron a saludar a los vecinos y a ver los fuegos artificiales. Al día siguiente a las cuatro y cuarto de la tarde de una vez por todas, y sin pensarlo demasiado, aprovechó que sus papás dormían y caminó hasta pararse frente al teléfono fijo. Levantó el tubo, puso el dedo índice de la mano derecha en el cuatro, giró la rueda, después en el tres, giró, en el ocho, giró, en el siete, giró, en el dos, giró, y por último en el nueve. Sonó una vez, dos veces, tres, cuatro, cinco, nada. Cortó. Algo nervioso dejó el tubo y salió caminando para la cocina pero se arrepintió y volvió al teléfono. «No quería quedar como un pesado, encima era la hora de la siesta, pero tenía que aprovechar ese momento de soledad». Marcó de vuelta. Sonó una vez, dos, tres, y antes del cuarto tono alguien descolgó y habló.

—Hola, ¿quién habla? —dijo una voz algo irritada.

Juan Pablo amagó a colgar el tubo pero volvió a subir el brazo y se lo pegó a la oreja con más reflejo que decisión.

—Ho-hola, soy...soy, ¿está...?

—¿Quién habla? ¿si está quién? Hable por favor —dijo rápido y de manera avasallante..

—Juan-juan Pablo...

—¡Acá no vive ningún Juan Pablo, señor!

—Que-que yo me llamo Juan Pablo...

—Bien, ¿y a quién busca? —dijo esa voz pero cambiando la inflexión, subiendo unos tonos y volviéndose una voz más amena.

—¿Sos vos Marina?

—Jajajá, ¿te asustaste pichón? —respondió Marina entre risas.

—¿Yo? No, no, te estaba siguiendo el juego... —dijo Juan Pablo y fingió una risa muy tímidamente.

—Hasta que llamaste che, aleluya. Si volvía a la panadería me iban a denunciar por acosadora...

—Sí, perdón, soy un idiota, tendría que haber llamado antes. Te hablo rápido porque mis papás se están por levantar, ¿querés ir a tomar un helado mañana a la tarde? Hasta las cinco de la tarde puedo.

—¿Por qué no venís a mi casa ahora? Vivo como a quince cuadras de ahí, pero bueno, me aburro sino toda la tarde sola...

Juan Pablo escuchó la palabra «sola» y su imaginación voló.

—Tengo cuarenta y cinco minutos pero voy en la bici y llego en cinco, ¿dónde vivís?

Y ese primer viaje sería el primero de muchos en la bici, porque sería el famoso «viaje de ida». Esa tarde empezó a gestarse formalmente todo, dejando de ser algo meramente anecdótico para convertirse en parte de su vida, ya que eso que le estaba naciendo en el pecho cobraba finalmente forma con nombre y apellido: Marina Libertad.



## XXVI

### Nueva actitud, misma persona

Vivir el resto de ese viernes a través de mi papá me sirvió para bloquear momentaneamente todo lo que me estaba atormentando. Todos esos disparos dirigidos a mi pecho por francotiradores rusos —me acuerdo haber leído en un blog que en la canción «Ojalá», de Silvio Rodríguez, la frase «un disparo de nieve» es, en realidad, «un disparo de Nievi», que según el bloggero, «Nievi» era el alias de un francotirador soviético llamado Vassili Grigórievich Záitsev, quién asesinó a doscientos veinticinco soldados y oficiales durante la batalla de Stalingrado— se detenían a centímetros, como si de repente tuviera el poder de generar un campo de fuerza alrededor y las balas se incrustaran en un aire denso y resistente para frenar los casquillos en el aire y desintegrarlos por la inercia. ¿Cuánto podría sostener eso? Mantener esa postura era difícil. Por cansancio o inconstancia, las amenazas conseguirían atravesarme sin intermediario. Aunque evitar pensar demasiado en eso era también una manera de posponer ese maldito pero inevitable momento.

Esa madrugada de sábado dormí como aliviado, con una carga menos, con el pensamiento haciendo la plancha en el mar de una bahía brasilera. Me desperté cinco minutos antes de que sonara la alarma, con ganas de enfrentar el día para seguir descubriendo cosas hasta saber, finalmente, qué pasaba con mi papá y esa mujer extraña. ¿Por qué me despertaba tanta desesperación esta señora? Algo había en ella, cada vez que cerraba los ojos y revivía ese caminar sigiloso un botón se apre-

taba en mi cabeza y era algo a lo lejos, como las últimas ondas sonoras de un grito a muchas cuerdas de distancia.

Hablarme del pasado era una cosa, porque a la mujer de esas historias la teníamos en común. Pero para que hablara de su presente, de esa nueva mujer, no me quedaba otra que laburar(lo) y esperar. Sabía que la situación donde él podría abrirse no llegaría rápido y eso no me importaba, teníamos tiempo y, cuanto más días me llevara hacerlo hablar, más tiempo pasaría enfocado en eso y me olvidaría, así lo suponía, del fantasma de Valentina.

Esa mañana repetí la rutina de siempre y a los diez minutos estaba en la panadería asistiendo a mi papá, fingiendo entereza, obedeciendo sus pedidos sin queja alguna y no con mi típico andar cansino, paciente, sino con una predisposición mucho más certera, pisando fuerte y seguro, pensando siempre en el instante próximo y en la siguiente tarea, enterrando con cada acción nueva a la acción anterior, no pensando demasiado sino lo justo y necesario para despertar en mi viejo algo, prender las luces correctas para que solito y por su cuenta me diera el pie, me tentara a preguntarle lo que él quería contarme, porque si a alguien debía hablarle primero sobre esa mujer era a su hijo mayor.

Y el sábado transcurrió sin pena ni gloria: la repetición de lo habitual, las charlas típicas de los clientes, esas donde se hablaban de otros por atrás y largaban en el consultorio panaderístico toda su mierda atragantada sin que nadie se los solicitara, pero tampoco sin que nadie se los impidiera.

Lo único no típico fue mi actuación: ese sábado continué y redoblé lo que había empezado el día anterior. La verdad es que no solía hablar mucho con mi viejo durante las horas laborales porque no me salía de adentro. Solía responder a sus preguntas, que no eran muchas,

y los diálogos no eran más que de tres idas y vueltas, concluyendo casi siempre en mis respuestas tajantes. Él estaba acostumbrado a mi personalidad y entendía que el silencio entre nosotros no era necesariamente malo, sino que era más bien una condición tácita para fomentar una buena relación, porque sabía que tenía esos momentos que a diferencia de cuando era chico —me acuerdo que la psicopedagoga de la escuela, durante mis meses de enmudecimiento parcial, me contó de una pieza musical llamada «4'33"», donde el músico se sentaba en el piano y durante cuatro minutos y treinta y tres segundos no tocaba una sola nota—, eran solo eso, momentos, ratos donde me iba mentalmente por ahí a dar una vuelta. Por eso la radio solía jugar un rol fundamental: era el bullicio mínimo y necesario para que no tuviéramos que convivir en un silencio absoluto, de hospital o de cementerio. Sin ella estaríamos obligados a hablar, porque si hay algo que es difícil durante el silencio, es ignorar las cosas que pasan en la cabeza.

La cosa es que ese día hablé más de lo normal, no exageradamente más, sino que anticipé las preguntas que él solía hacer y las hice yo, tomé la iniciativa durante la mañana y la tarde: ¿pongo el agua?, ¿bajo las persianas?, ¿cierro la caja? Los ojos de mi viejo se iban abriendo con el avanzar del día y el caer de las preguntas, la sorpresa lo cacheaba cada vez más y lo notaba. Ver mis indicios de entusiasmo, lo entusiasmaban y lo hacían tomar otra postura, como los corredores de postas cuando después de entregar la barra de metal empiezan a bajar la velocidad mientras siguen con los mirada a quien le cedieron la varilla. Si bien mi papá era joven, cuarenta y ocho años que en octubre serían cuarenta y nueve, hacía mucho tiempo que estaba encerrado física y psicológicamente en el negocio. Él estaba en ese momento de entregar la barra y empezar a frenar, se percibía en pequeñas actitudes, como

estirar la siesta cinco minutos antes del turno tarde o ciertos comentarios que antes no hacía: “«hay que tener un aguante con esta vieja, mamá...», «me sé la vida de todos los nietos de este pueblo y no me importa la de ninguno», entre otros.

Los sábados solía aparecer mucha gente buscando pan para sus asados o juntadas gastronómicas, así que esa tarde no quedó prácticamente nada y a eso de las ocho menos diez, mi viejo me liberó, «ya hiciste mucho por hoy, andá yendo Benja que yo termino de hacer atrás y cierro todo», dijo. «¿No querés que te ayude? No tengo nada que hacer...», le pregunté; «no Benja, despreocupate», dijo, «el viejo todavía puede solo, jajá», cerró con voz algo temblorosa, utilizando el humor como escudo, cosa que le salía bastante bien.

En otra oportunidad no me hubiese largado, ¿era por todo lo que había dado ese nuevo Benja ese día?, ¿o me largó por alguna otra razón? Como él solía decirnos a mí y a Pedro, más a Pedro que a mí, «yo sé cuándo me mienten, se les nota, nada más que a veces me hago el boludo». Y el que se hizo el boludo en ese momento fui yo, porque entendí la situación y salí para casa, tranqui, caminando los veinte metros de la puerta de la panadería hasta la de casa en el doble del tiempo habitual, y así quedarme sentado en el porche relojeando cada tanto la esquina, para ver si volvía a aparecer la dama en cuestión. Si entraba en casa volverían las ganas de ir al celular para ver qué onda ese mundo, ese lugar donde mi papel era el de un espectador solo capaz de sufrir, sin la mínima capacidad de interferir en las cosas que le pasaban a las personas más interesantes que yo.

Me senté y canté despacio y al aire una canción que esa tarde había escuchado en una FM repetidora de Vorterix. Me había quedado el aire épico y filosófico de la melodía y la letra del estribillo: «Todo el

tiempo me pregunto, ¿para qué venimos a este mundo? Tu mirada me lo explica tan solo en un segundo». Qué linda poesía, que simple y penetrante: la pregunta fundamental del sentido de la vida con todas sus bifurcaciones respondida con algo tan simple como una mirada.

A eso de la octava vez que repetía ese estribillo, mientras me golpeaba con las dos manos en el pantalón de lycra deportivo, haciendo una especie de batería, el Corsa verde volvió a aparecer y frenó pero esta vez del otro lado, no sobre nuestra cuadra, la ocho, sino sobre la perpendicular, la quince. Atravesó la esquina bajando la velocidad y pude escuchar como estacionaba. Me levanté y caminé hasta el borde de la vereda para intentar ver algo. Solo vi su perfil derecho y como la panadería ya tenía las persianas bajas y las luces de afuera apagadas, no pude ver su cara, solo vi el detalle de su pelo atado como la cola de un caballo. Entró y al minuto se bajó la persiana metálica de la entrada, la única que faltaba bajar y que era siempre lo último que hacía mi papá antes de salir de la panadería.

## XXVII

### Mamá

Después de ver como esa mujer entró a la panadería me volví rápido para el porche de mi casa y puse la mano en el picaporte por unos tres segundos, intentando aclarar un poco las ideas, pensando qué iba a hacer para evitar ir al celular. Era sábado, pensé en Pedro, el lunes empezaba un nuevo ciclo escolar y debía estar sacándole el jugo a su último tiempo libre antes de volver a la «cárcel para chicos», como le decía él cuando hablaba con mi viejo sobre la escuela.

Me doy cuenta, pienso ahora, que ignorar algo conlleva mucho más esfuerzo que afrontarlo, desarmarlo y pasar a otra cosa. Por más que ahora me parezca una obviedad, en su momento no me resultaba tan reconocible esa idea, porque si algo hice durante toda una vida, fue ignorar lo que me pasaba. Y si hay algo que a uno lo ayuda a ignorar lo complejo, lo que nos carcome por dentro, es la rutina, porque la rutina es seguridad, es tarea insignificante tras tarea insignificante que recompensa con pequeñas dosis de olvido necesario.

Habían pasado diez días del principio del fin, ese momento en que Valentina cerró la puerta del remís y emprendió su nueva vida, esa en la que era mucho más feliz porque ahí ignoraba todo lo malo, lo que aprendimos a ver juntos en nuestra vida, esa en la que intentamos afrontar toda la mierda del planeta juntos, esa en la que yo seguí viviendo sin ella. Y si en su nueva vida era feliz, es porque no hay morfina más

efectiva y duradera que ignorar la trama del mundo, porque ahí lo único que vale y te inquieta es una arruga en el pantalón, un mensaje no respondido, una uña rota.

Esa noche de sábado cuando entré en casa lo encontré a Pedro sentado en la cocina con su pelo arreglado, tirado para atrás de las orejas. No tenía su celular, no tenía sus auriculares, no tenía el joystick de la play, no tenía ninguno de sus accesorios encima. Era su versión analógica. Su mirada estaba sobre la mesa, sus labios pegados y para adelante, como beboteando, relajado, en pleno error de software, buscando en su sistema operativo la anomalía. Un aura de preocupación lo recubría y cuando eso pasaba se le notaba desde muy lejos y de todas las perspectivas posibles, porque su habitual carisma hiperquinético era casi todo lo contrario a esa cara de nada que tenía esa noche.

—Eu... —le dije en tono normal, tranquilo.

Nada, no respondió.

—¡Eu! —le dije mientras imitaba con mi brazo izquierdo el movimiento de un parabrisas intentando cortar su campo visual.

Se despabiló en un movimiento brusco, como cuando caemos desde muy alto en los sueños y el cuerpo da una patada que nos despierta.

—¿Qué pasó? —dijo atónito, buscándome por un rato con la mirada— Me había dormido...

—¿Cómo dormido, si estabas con los ojos abiertos?

—¿Sí? No sé, estaba soñando que miraba tele sentado en la cocina —dijo mientras pivoteaba con la cabeza viendo a su alrededor y extrañando la mirada.

—¿Y dónde estás, Carlitos? —le dije mientras empezaba a caminar para la heladera, que estaba a dos pasos.

—¿Dónde está papá? —preguntó mientras me seguía con la mirada.

—¿Dónde va a estar Pedro? —le respondí mientras agachaba el

cuerpo casi dentro de la heladera, buscando algo para picar.

—Te pregunto en serio Benjamín, ¿está en la esquina?

Me sonó demasiado serio, extraño en él, además haciendo una pregunta obvia, que hace años ya no hacía, porque estaba acostumbrado a que primero llegara yo y al rato cayera mi viejo.

—Sí Pedro, sí, ¿pasa algo? ¿Te olvidaste de comprar algo para el colegio?

—¡Pero no!, ¿qué me importa eso?

—Bueno, pero decime, ¿qué pasó?

—¿Sabés qué pasa? —dijo parándose de golpe y corriendo la silla para atrás— ¡Lo que pasa es que en esta casa nadie me dice nada! —gritó mientras se paraba de golpe.

Salió para el living, dobló en el pasillo y entró a la habitación pegando un portazo. Yo quedé parado al lado de la heladera con la puerta abierta, confundido y desconcertado. Cerré la heladera y fui para la habitación, tenía que tratar de calmar las aguas antes de que llegara mi viejo y se encontrara con la versión sin censura de Pedro.

Llegué hasta la puerta y antes de entrar tomé la precaución de hablarle, como los negociadores en las tomas de rehenes que intentan empatizar con el secuestrador para que libere a las pobres personas y se entregue.

—¡Pedro! Nada.

—¡Pedro! —elevé un poco más la voz— Si no me respondés entro...

—¡Andate a la mierda Benjamín!, ¡vos y papá también! —dijo gritando con su cara contra algo, porque el sonido salía como apagado.

Me decidí a entrar porque la ventaja mía, a diferencia de la de un negociador, era que no había armas de fuego ni vidas inocentes en



peligro. Al menos eso creía.

Pedro estaba acostado en su cama boca abajo, con su cara pegada al colchón y su almohada sobre la cabeza, apretada por sus brazos, como queriendo ahogar algo.

—¡Te dije que te fueras a la mierda Benjamín! —gritó, sollozando cada vez más fuerte, como si hubiese estado toda la tarde acumulando la bronca para sacarla cuando alguien llegara a la casa.

Me senté en mi cama y mirando su nuca, intenté calmarlo, aflojarlo de a poco.

—Pedro, no te hice nada, no te enojés conmigo, decime por favor qué es lo que pasó, sino no te puedo ayudar.

Sostuvo el silencio dos segundos y habló sin moverse aún de su posición de suicida ignorante.

—¿Qué no me hiciste nada? ¡¿Estás todo el día con Juan Pablo y no sabías de esto?! —gritó, y sacó un bollo de papel del bolsillo y lo tiró al piso.

Me incliné levantando un poco el cuerpo de la cama y agarré esa pelota. La empecé a abrir y resultaron ser tres hojas. Cuando pude desarrugarlas y estirarlas, me di cuenta que eran hojas de un recetario médico, pero con la parte de arriba de la hoja cortada. Estaban escritas de los dos lados con lapicera y en una cursiva más clara de lo normal, no tan ilegible como la letra de un doctor. «*Juan Pablo, usted no me conoce, pero necesita saber qué es lo que pasó el 30 de abril de 2005 en el parto de Marina Libertad...*»

## XXVIII

### Papá

*«Juan Pablo, usted no me conoce, pero necesita saber qué es lo que de verdad pasó el 30 de abril de 2005 en el parto de Marina Libertad, su esposa»*

*«Durante mucho tiempo callé esto por miedo a perder mi trabajo, pero ahora que Ricardo Salas no es más el jefe de obstetricia en el hospital de Bedoya puedo contarle: a comienzos del 2005, Salas y su mujer, ahora su ex mujer, atravesaban una crisis de pareja por ciertos rumores de infidelidad de él hacia ella (que eran ciertos). Por febrero, cuando Beatriz, su mujer, se hartó definitivamente del destrato, le pidió el divorcio y se llevó a sus dos hijas, que en ese momento tenían ocho y tres años. Como todo buen infiel manipulador, él creyó que la situación era remontable y pensaba que prometiéndole cambiar, Beatriz iba a volver con él, pero esto por supuesto que no ocurrió: ella y sus hijas se fueron del pueblo y Salas se hundió en una terrible depresión. Lo único estable que quedaba en su vida era su trabajo, y siendo doctor y teniendo todo tipo de medicaciones a su disposición, decidió automedicarse con antidepresivos y ansiolíticos que solía bajar en su casa con un buen trago de Johnnie Walker. Toda esta etapa la viví siendo una pasante joven, de tan solo veinticinco años, y no me quedaba otra que bancármela, si quería conseguir el trabajo debía hacer vista gorda cuando Salas se entredormía parado durante las consultas o cuando le temblaba el pulso durante un parto. Pensé que*

*esto sería pasajero, que tarde o temprano el tipo arreglaría sus problemas o que capacitaría a alguien, porque era un doctor de renombre, porque todos aquellos que no lo conocían tanto, lo estimaban, su carrera era impecable. Y la verdad es que esto fue pasajero, pero su cambio se debió a lo ocurrido esa tarde del 2005, cuando Marina Libertad entró con fuertes dolores y convulsiones inexplicables, en fin, un cuadro de eclampsia. Si bien durante las últimas visitas ella había presentado un embarazo óptimo, al menos eso dicen los registros de Salas, ese día el cuadro era claro, la eclampsia debía tratarse de manera urgente pero Salas dijo que no, que esto era “habitual”, que había que ponerle calmantes intravenosa y cuando se relajara iba a poder irse a su casa para continuar con el embarazo. Con el pasar de los minutos y las reacciones de su esposa, Salas se dio cuenta de lo equivocado que era su diagnóstico y llamó a parto de urgencia, como si de golpe en su cabeza se hubieran desactivado los efectos de toda la medicación que lo atontaba. Fueron quince los minutos que perdió entre diagnóstico errado y llamado a parto, y ese tiempo no se recuperó: todo lo que se hizo después, lo asumíamos nosotros, y él lo tenía más que claro, era para intentar salvar al bebé, porque la paciente ya estaba condenada».*

*«Se que esto lo debe golpear: a mí me golpeó durante estos trece años en que pasé por la puerta de su panadería intentando animarme a entrar a contarle esto, pero recién ahora, por algunos motivos personales, fue que me animé a dejarle esta carta».*

Al revés que los papeles, yo me fui haciendo un bollo, arrugándome como un bicho bolita, cayendo para atrás, arriba de mi cama, y quedando casi abrazado a mis piernas en una maldita y poco oportuna posición fetal. Solté los papeles y me temblaba la cara, tiritaba como

si estuviese desnudo adentro de una heladera. Me crujía todo el cuerpo y no me salía ni llorar. Tenía el abdomen entumecido, me dolía por la fuerza que hacía para intentar sepultar esa impotencia que se gestó y alimentó con cada palabra de esa carta hasta ser de un tamaño sobrenatural que no me cabía en el cuerpo. Durante unos cinco minutos hubo silencio, las moscas volaban como tajeando el aire.

Pedro, al no ver reacción, se cansó de su postura de caprichoso y levantó la cara del colchón para verme. Mi cuerpo daba como espasmos pero sin lágrima alguna y al verme se preocupó.

—¿Qué te pasa?

Pedro se levantó de golpe de su cama ya preocupado realmente por mí.

—¡Benja! ¡Benja! —gritaba mientras me agarraba del hombro y me zamarreaba— ¡¿Benjamín, qué te pasa?!

Intenté responderle pero no podía hablar, me salían arcadas de aire y la cara se me iba poniendo roja, mientras los ojos se me llenaban de lágrimas mirando a Pedro cerca mío. Cuando el dolor se hizo insoportable, cuando rompió con todas mis barreras de tolerancia, recién ahí exploté. Reaccioné atrayendo a Pedro con mis brazos y abrazándolo, mientras que las lágrimas me cortaban la cara y empapaban la espalda de Pedro. Él también lloraba, como nunca lo había visto, como si todo lo que no lloró durante su etapa como bebé, la hubiese acumulado para ese momento en que no nos importó mojarnos con lo que parecieron ser litros y litros de agua salada. Durante dos minutos estuvimos así, abrazados.

Cuando ya no nos quedó más que descargar y fuimos conscientes de la situación en la que estábamos entrelazados llorando como idiotas —como si eso resolviera algo del mundo real, como si llorar

sirviera para algo más que para lavar los dolores propios y anestesiarlos—, empezamos a despegarnos. Él se sentó en su cama y yo en la mía, ambos con los codos sobre nuestras piernas y con las manos abiertas cubriendo nuestras caras, limpiándolas de todo rastro anterior, metiendo las muñecas en los huecos de los ojos y refregándolos hasta dejarnos los párpados rojos por la fricción.

—Benjamín, decime, ¿qué es esto? —me preguntó Pedro mientras movía esas tres hojas en el aire.

Moví unos segundos la cabeza de lado a lado, como queriendo cazar las palabras para esbozar una idea que contemplara todo, pero el aire parecía no alcanzarme ni para decir una letra. En ese momento se escuchó el crujir del picaporte de la puerta de entrada. Nos miramos con Pedro y me paré tan rápido que cuando frené la caminata a centímetros de mi papá, sentí como un bajón de energía, una especie de apagón general de segundos.

Pedro se paró a mi izquierda. Mi viejo había entrado silbando y sonriendo, como lo venía haciendo últimamente cuando salía de la panadería. Toda su gracia tardó un momento en desaparecer.

—Epa, ¿qué pasó acá?

—¿Qu-qué es esto?! —dije levantando con mi mano izquierda la derecha de Pedro, donde él tenía los papeles.

Mi papá se habrá sentido como en ese día en que mi abuelo lo avasalló con preguntas cuando volvió de ver a mi vieja. Miró por unos segundos los papeles y sin encontrar las palabras necesarias para arrancar a hablar, levantó su mano derecha y agarró las hojas de la mano de Pedro, que no aflojó la mano hasta verle la cara. Siguió mirando los papeles esperando que de golpe se transformaran en otra cosa, quizás en facturas de gas o luz de muchos meses impagas o, por

qué no, en un estudio donde afirmaran que su cuerpo estaba repleto de tumores malignos y que le quedaban dos semanas de vida. Estoy seguro que hubiese preferido cualquier cosa a encontrarnos así, parados, enojados y con lágrimas en los ojos, repletos de una angustia que tenía nombre y apellido.

Desilusionado, después de haber confirmado lo que él creía que eran esas hojas, emprendió una caminata como de zombie pasando entre Pedro y yo y, dejando un rastro tenebroso con el arrastrar de sus pies, llegó a sentarse de golpe en mi silla de la cocina. Nosotros seguíamos parados en el mismo lugar, solo giramos para verlo.

Resopló, se agarró la frente y habló con voz entrecortada: «Vengan chicos».

## XXIX

### El culpable

La cocina de repente había adquirido un aire tenebroso. Nos sentamos del otro lado de la mesa, yo al frente de Juan Pablo y Pedro al lado mío, formando imaginariamente un triángulo rectángulo. De repente parecía estar todo el universo en mute, como si todo y todos se hubiesen detenido para poner atención a las palabras de mi papá. Con los codos sobre sus piernas abiertas, su cabeza baja y su mirada al piso, empezó.

—Hace un mes y medio... —resopló y se rascó la nuca— hace un mes y medio, la mañana del sábado veinte de enero, me levanté como todos los días, hice lo mismo de siempre y salí para la panadería. Cuando abrí la puerta de la persiana me encontré con un sobre. Lo levanté pensando que podía ser alguna factura de algún servicio o alguna promoción de cable u otra cosa, cualquier otra cosa antes que esto —dijo mientras levantaba la mano con los papeles—. Me llamaba la atención que no tuviera nada por afuera, que fuera un sobre liso y llano, de los que se usaban antes para escribirle cartas a los parientes de otras ciudades, pero la guardé en un cajón para verla después así podía hacer mi rutina de todos los días mientras te esperaba a vos, Benja —me miró un segundo y volvió a mirar el piso—. La verdad es que lo que al principio no me había hecho ningún ruido, después empezó a sonar como un bullicio durante toda la mañana en mi cabeza: esa carta tenía que haber sido dejada entre las nueve de la noche del viernes y las cinco de la ma-

ñana del sábado, «¿qué empresa o negocio de mensajería trabaja a esa hora?», me preguntaba. La mañana avanzó, con cada tarea me olvidaba un poco de eso pero en los momentos donde no había clientes o nada para hacer, volvía a ese pensamiento. Puede parecer una estupidez, pero esa carta rompía con la escena de todos los días, era un defecto en mí... como decir, cotidianeidad, y ya eso era un montón: capaz para la gente con vidas aventureras lo extraño pueda resultarle emocionante, pero a mí la verdad que no, yo trato de mantener todo como siempre, de seguir mis métodos, puede ser por la costumbre o por la repetición constante de los pasos en las recetas, o por miedo a que si no hago algo como me enseñó mi viejo, aparezca como un fantasma y me cague a cachetadas: entonces si algo hice durante esa mañana, fue esquivar esa carta y todas las ideas que desprendía. A eso de las once y media, mientras vos Benja —volvió a mirarme— preparabas todo adelante, yo fui para atrás y saqué del cajón la carta y me la guardé en el bolsillo. Preparamos todo, cerramos y vinimos para casa. Creo que comimos unas milanesas y cuando me fui a tirar un rato para dormir la siesta, saqué el sobre y lo abrí. Las tres hojitas de un recetario me anunciaban algo y antes de empezar a leer ya me temblaban las manos.

Juan Pablo bajó la marcha y respiró profundo mientras se refregaba las palmas de las manos con los pulgares. Recuerdo mirarlo a Pedro de reojo, nunca lo había visto tan concentrado. Era como si de golpe se estuviera sumergiendo en esa sensación que yo empecé a sentir a los seis años.

—Cada palabra me dolía como un picanazo. Tardé media hora en terminarla, era como si supiera lo que se venía y quisiera que ese momento no llegara nunca. Cuando empecé con la tercera hoja, quería creer que estaba en un sueño. En realidad, en una pesadilla, porque si



algo hice durante estos trece años fue hacer cosas para no volver a pensar en ese día. La pesadilla fue esta, que duró trece años y empezó esa tarde, esa maldita tarde de abril. Verlos a ustedes todos los días era despertar un poco, vos Benja ya grande y hecho un hombre, y vos Pedro, siendo una persona excelente que nunca me generó una complicación y a pesar del momento de mierda en que naciste, te pudiste criar.

Lagrimé un poco, agachó la cabeza, se limpió los ojos con la mano derecha y retomó.

—Cuando terminé la carta me sentía como si me hubiesen pasado por una picadora de carne, estaba hecho mierda. Lloré durante toda la hora de la siesta, la angustia me comía todo el cuerpo, no podía moverme. Pensaba, recordaba y lloraba, así sin parar por dos horas y media: esa tarde volví a velar a su mamá. Imaginé miles de futuros donde su mamá no moría, la imaginé con ustedes ahora, viéndolos así de compinches; nos imaginé a los cuatro en unas vacaciones en la playa, en alguna playa, en cualquier playa: nosotros cuatro jodiendo y divirtiéndonos. Pero rápido todo eso se desvanecía, me venían las palabras de la carta, los recuerdos de esa tarde, la cara de Salas al comunicarnos la muerte de su madre por «complicaciones», ¿qué complicaciones basura? Murió por tu culpa, ¡murió por tu culpa hijo de puta! ¡Nos arruinaste la vida!

Esos gritos al aire afloraron junto con unas lágrimas desoladoras, parecía el llanto de un pibe de quince al que le roban su bicicleta. Pedro se paró, rodeó la mesa y agachándose, abrazó a mi viejo y se puso a llorar también. Yo ya estaba lagrimeando y al ver esa imagen, no pude evitar pararme para ir a abrazarlos desde el otro costado.

—Y esa tarde lo fui a buscar... —dijo mi viejo a los dos minutos entre dientes, mientras yo me paraba y me apoyaba contra el marco de la puerta y Pedro se echaba para atrás y se sentaba en la silla de al lado

de mi viejo para mirarlo y escuchar—, esa tarde lo fui a buscar. Me recompuse como pude y fui al hospital con la mejor de las caras, ¿qué iba a hacer si lo encontraba? No sé, porque no iba a solucionar nada, porque lo único que me interesaba recomponer era algo imposible, pero necesitaba ponerle su cara al dolor, ya tenía nombre y apellido, pero necesitaba verlo de nuevo y que me dijera la verdad, que afrontara la culpa, que viera la cara de un hombre destrozado por su egoísmo. Llegué al hospital y pregunté por él, por su dirección, porque necesitaba hablar con él urgente. Me dijeron que no me podían dar esa información, que además el doctor Salas se había jubilado y ya no trabajaba más ahí. Me empecé a poner nervioso —empezó a acelerar sus palabras—, a hablar un poco más alto, se me estaba yendo la situación de las manos porque le estaba gritando a alguien que no tenía nada que ver. «Señor, por favor cálmese porque sino se va a tener que retirar», me decía la recepcionista del hospital. «¡Pero no, yo necesito hablar con esa basura, por favor ayúdeme!», le decía yo tratando de bajar la voz y pidiéndole por favor con las manos una y otra vez, hasta que alguien me agarró del hombro derecho. Cuando me di vuelta, una chica de unos treinta y pico de años, vestida con el ambo verde de hospital, me pedía que me calmara. Me miraba de una manera rara. «Por favor, señor, cálmese». Yo no entendía, estaba envalentonado, ya había perdido el objetivo, ya no sabía por qué estaba ahí, solo sabía que estaba enojado y que tenía que demostrarlo. La presión de la mano en mi hombro empezó a ser un poco más fuerte y me buscaba con la mirada mientras yo seguía empecinado con la recepcionista. «Acompañémé, Juan Pablo», me dijo esta chica y ahí me calmé de golpe y la miré, porque en ningún momento había dicho mi nombre y esa desconocida lo sabía. Ella miró a la recepcionista y le hizo una seña como de «dejá que me encargo yo».

La acompañé en silencio hasta la vereda. Afuera me frenó y mirando para los costados me pidió el celular. Le empecé a decir el número y me frenó: «no, que me des tu celular». Como un nene obedecí, se lo di y anotó algo. «Llámeme a las nueve», dijo y volvió a entrar al hospital. En el celular figuraba el contacto «Juana hospital».

## XXX

### La verdad

Y como en ese día en que todo empezaba, como en ese cuarto episodio entre ambos, ese cuarto o millonésimo suceso del efecto mariposa que había arrancado esa tarde del cumpleaños de Rosa cuando fue Marina a la panadería, como en ese llamado que sería un punto clave en la línea temporal entre ambos, treinta y dos años después, Juan Pablo levantaba el teléfono pero celular y a eso de las nueve y diez de la noche apretaba en el contacto «Juana Hospital» para hablar de algo que ese Juan Pablo del 1985 jamás se hubiese imaginado: la muerte de Marina, su esposa. Mi papá relató el diálogo mientras Pedro y yo lo mirábamos de lado:

—Hola, ¿Juan Pablo? —escuché rápido del otro lado, al primer tono de llamada.

—Si Juana, soy yo —le dije.

—No me llamo Juana, perdón...

—¿Y por qué no me dice su nombre? Ya no sé si creerle o no... —le decía yo algo alterado.

—Estabas gritándole a la recepcionista como un loco, me dio miedo darle mi nombre real a alguien así, póngase en mi lugar.

—¿Pretendías que esté calmado después de leer tu carta? —le pregunté entrando en el enojo de nuevo.

—Está bien, en eso tenés razón, pero no encontraba la manera de contarte lo que pasó ese día sin que te vuelvas loco. Y cuanto más tiempo pasaba, más difícil se me hacía encontrar una manera.

—¿Y dónde está ese tipo? No quiero ni nombrarlo, me sube la temperatura de solo pensar el nombre, el corazón se me sale del pecho de la furia.

—Yo no te dejé esa carta para que busques venganza, porque decime, ¿qué resolvés con eso? ¿Qué resolvés con eso, Juan Pablo? —me preguntaba como retándome—. El tipo se jubiló y literalmente desapareció, nadie del hospital, incluso quienes parecían más cercanos, saben dónde está. Todos los rumores lo ponen afuera de Bedoya, algunos en una casa enorme de un campo que heredó de sus padres, otros en un departamento de la costa, otros lo suponen ahorcado en el baño de algún edificio abandonado. Yo le puedo decir algo Juan Pablo, y se lo puedo decir porque lo vi, durante los trece años siguientes a esa tarde de abril del 2005, la mirada de ese tipo no volvió a ser la misma. Los días siguientes al nacimiento milagroso de su segundo hijo, Ricardo Salas se durmió y se despertó con la imagen de Marina sin pulso y el cuadro donde ustedes se desmoronaban al enterarse por boca de él, que ella había fallecido.

—¿Y qué querés que responda a eso?! ¡Decime!, ¡¿qué querés que haga con eso?! —le gritaba al celular desde la cocina de la panadería mientras lagrimeaba y caminaba como un loco.

—No sé, Juan Pablo, no sé. Desde hace varios años que tenía pensado contactarte, decirte lo que pasó. Nunca pude hablarlo con nadie y no sabía si en algún momento me iba a animar a contarte esto. Sabía que tu reacción iba a ser así, sabía que podía pasar esto que pasó ayer en el hospital, pero también sabía que era necesario que vos sepas la otra cara de la historia. Quizás en una ciudad mucho más grande, donde el trato entre la gente es despersonalizado, una tiene que acostumbrarse a ver estas cosas en un trabajo como el mío, acostumbrarse, porque nos entrenan para que

no generemos relaciones con los pacientes. Porque si me afectan todos los casos, si soy sensible, no puedo trabajar en un lugar donde la muerte y la injusticia tocan la puerta todos los días.

«Yo tenía el celular pegado a la oreja pero estaba apoyado sobre la mesada con la cabeza entre los codos, lloriqueando, escuchando muy a lo lejos, con la atención mínima, el discurso de esta mina. Yo ya no quería escuchar, nada parecía poder calmarme porque el tipo que había dejado morir a mi mujer vivía en el anonimato y ni una piña iba a poder pegarle. Además, iba a tener que convivir con eso, ¿entienden? —dijo mirándonos a ambos—. Con la inconclusión, con las ideas de todos los destinos posibles donde mi mujer no moría, sabiendo que por el egoísmo de una persona, mi familia había estado destinada a vivir en lo...ilógico, en la inestabilidad emocional, pasando todos los días por una habitación llena de cuadros evitando mirar fijamente los ojos de Marina para no caer...»

Tragó saliva, respiró profundo y siguió.

—¿Juan Pablo estás ahí? ¿Estás bien? —me dijo la enfermera cortando su monólogo.

—No..., no estoy bien...

—¿Dónde estás? Voy a verte y charlamos, te cuento todo, te desahogas, sé que lo necesitas, se nota en tu voz.

—No, por favor, necesito estar solo.

—¿Estás en la panadería? Voy para ahí Juan Pablo, en cinco minutos estoy, en serio —me insistía.

—Por favor no vengas, quedate donde estés, ¡Juana o como mierda te llames! —le dije gritando mientras golpeaba la mesa.

—Alicia, me llamo Alicia. Alicia Fernández —me dijo con algo de miedo—. En cinco estoy ahí, esto no puede quedar así.

«Y vino a la panadería y charlamos un rato largo, como cuarenta minutos», seguía contando mi papá pero ahora con otro tono, más ameno, soltándole la mano al dolor inicial con que había empezado la charla. «Vino ese día, charlamos largo y tendido, quedamos en vernos de vuelta, vino otra vez y así tres o cuatro veces más. Hablamos mucho de nuestras vidas, nos escuchamos, me hizo muy bien y a ella creo que también. A mí me comía la cabeza el hecho de pensar cómo les iba a contar lo de Marina, me costaba encontrar el momento, lo postergaba. La única certeza que tenía era que ustedes tenían que saber esto porque ella es su mamá y siempre lo va a ser...».

Y mientras Pedro escuchaba el relato de mi papá, yo seguía parado bajo el marco de la puerta, pero con una indignación creciente, porque empezaba a ver por dónde venía la cosa y no lo podía creer, porque tenía una información que Pedro no tenía. Del abrazo fraternal de hacía minutos, había pasado a otra actitud, la que venía fermentando adentro mío desde hacía días, gracias a lo que veía, escuchaba y muy en el fondo imaginaba: las visitas de esa mujer, la pesadilla que me había contado Juan Pablo donde aparecía mi vieja en un papel rencoroso, las sonrisas con las que aparecía por esa mina que lo despojaba definitivamente del lazo que lo unía a mi vieja. La ira me desbordó, no pude contenerme.

—Pará, pará ¿Toda esta escena es para contarnos que te garchás a una mina cómplice de la muerte de mamá?

Pedro y Juan Pablo levantaron la cabeza y me miraron.

—Benjamín, no...—dijo Juan Pablo mientras giraba para mirarme y lo corté.

—O sea, ¿todo este acto paupérrimo es para decirnos que te cagás en lo que le paso a mamá?, ¿qué te chupa un huevo ella?, ¿qué te olvidaste de todo?

—¿Qué decís Benjamín? —saltó Pedro en defensa de Juan Pablo

—¿Sabés qué pasa Pedro? Que vos no viviste todo lo que viví yo, no te acordás del agujero que nos hizo la muerte de mamá, no te acordás de cómo eso mató también a los abuelos, de todo el esfuerzo que hicimos para cuidarte a vos y salir adelante, y tampoco viste como esa mina se escabullía a la noche en la panadería, como una pendeja de quince años, no sabés nada, ¿entendés? ¡Y este tipo —dije señalando a Juan Pablo y mirando a Pedro—, este tipo se cagó en nosotros y en todo, porque habiendo miles de mujeres acá en Bedoya va y se engancha con alguien que vio morir a nuestra mamá y no hizo nada para impedirlo! ¿Entendés eso?

La cara de Pedro era de un nene muy ingenuo, incrédulo, que no entendía lo que quería explicarle. Juan Pablo estaba atónito, viéndome enojado como nunca, escuchando una sensación que salía de muy abajo y venía abonándose y cultivándose con todo lo que pasaba en mi vida. Estaba gritando algo que no sé si creía del todo, pero lo gritaba y sentía que era necesario, estaba transitando el colmo de la desgracia, el último tramo de desilusiones que la vida me había puesto, una tras otra, desde los seis años en adelante.

—¡Basta Benjamín! ¡Basta! —gritó Juan Pablo y se paró y me pegó, por primera y única vez, una cachetada que quizás nunca me deje de doler.

Lo miré a los ojos. Él los tenía abiertos a más no poder, rojos, reteniendo las lágrimas mientras hacía fuerza con los cachetes. Pedro no acotaba nada. Seguí mirando a Juan Pablo a los ojos durante cinco segundos, sonreí irónicamente sin mostrar los dientes mientras asentía con la cabeza. Por un momento vi a mi abuelo Vicente e imagino que él también se sintió así. Asentí sin decir



nada, pero diciéndole algo que los dos estábamos pensando: «Menos mal que no ibas a repetir lo que hacía tu papá». Me di vuelta, atravesé el living pisando fuerte, doblé, abrí la puerta de la habitación, agarré mi celular, enfilé para la puerta de entrada y así salí a la calle con las ganas de no volver a entrar nunca más a mi casa. Corrí hasta la esquina y doblé en la panadería. Corrí más, corrí y el viento en contra me secaba los ojos que tenían todas las intenciones de lagrimear. Corrí a más no poder, a toda velocidad, hasta que las piernas me quemaron. Cuando me quise acordar, estaba en la avenida, a metros del mismo banco donde me había sentado esa noche en que Valentina no apareció en la terminal. Uno de los dos focos led se había roto y la luz no alumbraba tanto como aquella noche. Me senté y busqué aire totalmente tirado para atrás, con la boca abierta apuntando al cielo. Tenía que hablar con alguien, y ese alguien, mi único alguien posible era Valentina: desesperado desbloqueé el celular y marqué su número. Sonó la voz de una mujer: «El teléfono al que usted desea llamar no se encuentra disponible en este momento». Probé de vuelta y lo mismo, así cuatro veces. Fui a Instagram. Una foto de ella de espaldas, de su tronco superior, con toda su espalda desnuda, un brazo en el aire tirando parte de su pelo para arriba y el otro, aunque no se viera completo, tapaba sus tetas. Todo en blanco y negro. Debajo de la foto este mensaje: «¿Dónde está la felicidad? Buscándote, te lo aseguro. XOXO. Gossip Girl, jajá. Diviértanse bebés!». Miraba la foto, miraba el mensaje. Miraba la foto, miraba el mensaje. Subía y bajaba con mi pulgar derecho, la luz del celular me daba en la cara y pude verme desde arriba haciendo gestos, moviendo la boca, cerrando los ojos, las manos y el resto del cuerpo temblando, sumado a las gotas de transpiración que caían desde mi cabeza. Me sentí en un grado de concentración nunca antes explorado, como si de golpe

entendiera todos los misterios del universo y tuviera en mi cabeza las soluciones a todo, como si me invadiera una superlucidez extenuante.

Volví a ver el mensaje que me había escrito al chat hace ya varios días, fui a ver de vuelta su foto y el mensaje, de vuelta fui al chat, de vuelta a la foto y al mensaje, al chat y a la foto, al chat y la foto, cada vez más rápido, cada vez más consciente. De golpe entendí todo. De golpe no entendí nada. La pantalla del celular aumentó diez veces su brillo y me encandiló hasta fundir a negro.

## XXXI

### El presente

La doctora Marcela Rosales entró a su oficina con una carpeta roja pegada a su pecho y una taza roja con café en su mano derecha. Dejó ambas cosas en su escritorio de patas de metal y tabla verde claro. «Como lo prendería fuego», pensaba todos los días en que lo veía. Si bien la institución tenía millones de cosas que a una persona que no era del palo podían deprimirla, a ella, que ya estaba acostumbrada a todo lo demás, lo único que le molestaba era su escritorio. No soportaba sus rechines, ni sus colores opacos, ni sus cajones que al abrirse se bloqueaban y había que sacarlos del todo y volver a ponerlos para que se encarrilaran y cerraran.

Abrió la carpeta, sacó el manojito de hojas escritas en máquina y con su pulgar e índice derecho agarró el separador naranja que había puesto a cuatro hojas del final. Dejó a un lado el montón más grande y en frente suyo puso lo poco que le quedaba por leer. Tomó un sorbo de café. Entrecerró los ojos y tensó la cara mientras tiraba las comisuras de los labios para atrás: así es que exclamaba un «¡puaj!» sin pronunciar palabras. Dejó la taza y durante quince minutos leyó y marcó cosas con su lápiz.

Terminó de leer, sacó el separador que había pegado en la parte superior de una de las hojas y adjuntó eso al final del montón que había dejado separado. Abrió su notebook, buscó el expediente N°622 y entró en el archivo. Fue al final de la tercera hoja del documento y empezó a escribir.

«12/11/2019 —Luego de meses de inacción y mutismo, el paciente procedió a escribir durante largas horas en la máquina de su habitación. Por tal motivo, tomé la decisión aumentar la dosis de calmantes para que cesara en la actividad y descansara correctamente.»

«Al paciente se le retiró la máquina para ver si presentaba alguna reacción: esto no sucedió. La escritura parece ser el medio por donde decide expresarse, de manera que se le volverá a proveer de la máquina para que continúe comunicándose.»

«En cuanto a sus escritos: se probará dejarle una pauta para intentar ver si esto condiciona o no, su historia. Esto ayudará a confirmar o descartar el diagnóstico que presumimos.»

La doctora guardó el archivo y cerró su computadora. Tomó el manojo de papeles que tenía a su izquierda, los emparejó dándole golpecitos contra el escritorio, los guardó en la carpeta y se paró para abrir su mueble de expedientes. Abrió el cajón que tenía pegado encima un cartelito con «P-U», buscó la «R» y dentro abrió la carpeta marrón con el nombre «Robledo, Benjamín» y dejó la carpeta roja. Cerró el cajón, pegó su silla al escritorio, tomó su taza de café que ya estaba algo frío y salió para el pasillo.

Eran las diez de la mañana de un día nublado, pero ahí adentro no podía identificarse ni la hora, ni cómo estaba el día, porque el aislamiento de esa zona era casi absoluta. Sus pasos retumbaban, cosa que también ocurrió con un grito que venía desde el fondo y que identificó como el de siempre, el grito de Alfonso Richiar, un hombre de setenta y siete años, el paciente más antiguo del Hospital Psiquiátrico de Bedoya. «¡¿Dónde está mi loro?!», gritaba al menos unas cinco veces por día desde hacía diez años, desde que su familia había decidido internarlo.

La doctora frenó tres puertas antes de la de Richiar y miró unos segundos por el vidrio de blindex que daba para adentro de la habitación.

Se habían cambiado a ese material desde hacía cuatro años, debido a un episodio donde una paciente pegó con su cabeza reiteradas veces hasta incrustar su cara en los vidrios y casi morir desangrada. De no ser por la velocidad con que los enfermeros la socorrieron, la paciente hubiese muerto y, el hospital psiquiátrico, cerrado.

La escena dentro de la habitación era la misma que se venía repitiendo desde hacía varias semanas, entonces la doctora entró con total naturalidad.

El paciente estaba sentado en su silla frente a la mesa de pino, en una postura rígida, con sus ojos clavados en la pared y las manos sobre la mesa. Tenía el pelo y la barba de unos quince días, con una desprolijidad mínima, algo normal en los pacientes del lugar.

—Benjamín, buen día. Vamos a tener que hacer algo con ese pelo eh, hoy viene Santiago, el peluquero, así que te va a dejar prolijo como siempre —decía la doctora mientras llegaba a pararse al lado de la silla—. Tengo una sorpresa para vos, ahí te la traigo.

La doctora salió de la habitación y a los cinco minutos entró con la Olivetti gris topo, que hacía más de diez días había retirado de la habitación. La puso sobre la mesa y dejó una pila de hojas en blanco al lado.

—Mirá lo que te traje, sé que te gusta escribir, así que te la voy a dejar pero con una condición: quiero que me cuentes como fue que te conociste con Valentina. Eso, nada más eso, fijate que poco que te pido. Te doy dos días y te prometo que si cumplís con lo que te pido, te dejamos la máquina para siempre.

La doctora le apoyó la mano en el hombro y dejó unos segundos de silencio aún sabiendo que él no iba a responder. Ese tiempo era necesario, ya que ahí cabía una hipotética respuesta y él tenía que saber que esos segundos estaban disponibles si algún día y por alguna razón, deseaba volver a hablar.

—Bueno, nos vemos Benjamín. Espero que disfrutes la máquina.

La doctora salió y cerró la puerta. Veinte segundos después, sus ojos tomaron cierto movimiento, uno más natural. Agarró una de las hojas en blanco, la puso en la máquina y giró la perilla de la derecha, hasta solo ver cinco centímetros de la hoja. Empezó a escribir.

«Desperté a los dos días en el hospital de Bedoya, en el mismo donde murió mi mamá, en una habitación diminuta donde solamente entraba la cama y dos personas paradas de cada lado. Al abrir los ojos me encontré con Pedro y Juan Pablo a la izquierda, ambos lagrimeando, y a mi derecha Alicia, la misma que había visto entrar sigilosamente más de una vez a la panadería, la misma que había sido cómplice de la muerte de mi mamá, la que había guardado ese secreto durante trece años y la que parecía ser, más todavía en esa escena, la pareja de Juan Pablo.»

«Al minuto de abrir y cerrar los ojos, de reencontrarme con la luz y de dejar atrás la somnolencia, mis pulsaciones empezaron a aumentar y mis ojos se abrieron, mientras atravesaba con la mirada a esa tal Alicia. Juan Pablo y Pedro se desesperaron intentando calmarme con sus manos en mi pecho y en mi pierna izquierda, pero la cosa no venía por ahí. Alicia salió para llamar a una enfermera. Me volvieron a inyectar calmantes y a los segundos ya estaba duro como un caballo, en pleno revuelo onírico delirante».

«A los días me desperté acá, en el loquero. Pensé que era un sueño (cosa que todavía no descarto del todo): estaba en esta misma sala pero acostado en la cama de una plaza y atado con cinturones en piernas y brazos. Una muy linda manera de despertarse. Quise mover el cuerpo y no pude, algún tipo de droga me mantenía despierto pero inmóvil. Al rato apareció la doctora y me explicó, supongo, por qué estaba acá, pero las palabras se me iban, podía verlas pasar por en frente, como si su discurso

fuera subtulado, pero no podía apropiarme del significado, solo eran ruidos, letras y silencios, que se me escurrían» —sacó la primera hoja y puso una nueva.

«Venía un enfermero, me daba un vasito de plástico con unas cinco pastillas, cada una de un color diferente. Me ayudaba a sentarme, me las ponía en la boca y me daba agua, no sin antes irse y revisarme para ver que había tragado todo: eso tres veces por día. Cada tanto venía la doctora, me preguntaba cosas y al principio pensé que mi mudés era algo voluntario o que era algo de las drogas, pero no: algo me impedía comunicarme. Las dosis empezaron a bajar y empecé a sentir más soltura en los movimientos, la mínima y necesaria: me paraba y caminaba hasta la silla donde estoy sentado ahora, tardando seis o siete veces más de lo que tardaría el Benjamín de hace varios meses. A las tres semanas de internación, vino Juan Pablo, nada. De lo que me dijo solo recuerdo esto: “Pedro te extraña en casa, no se anima a venir”. Eso me hachó el pecho, pero no tuve reacción aparente, era como si mi centro de comandos sentimentales ya no tuviera jurisdicción en mi cuerpo y solo pudiera sentir dolor en la más absoluta profundidad de mis entrañas, sin exteriorizarlo con gestualidad alguna».

«Al tiempo la doctora me dejó esta máquina en el cuarto. Durante meses no hice nada, más por ser consecuente con mi mutismo, que por el efecto de la medicación. Me di cuenta de que mi cuerpo quería decirme algo con este silencio absoluto: no confiaba en nadie. O sí, en alguien sí, pero no podía hacer nada para llegar a ella: Valentina. De a poco empecé a acceder a los pensamientos que la involucraban, en su vida color de rosa, en su aparente éxito, en su nueva faceta. A medida que la medicación iba aflojando o que iban probando otras drogas, no sé bien, las ideas empezaban a aparecer y empecé a relojear la máquina de escribir. ¿Qué

me daría el último puntapié para sentarme y ordenar todo lo que pasaba en mi cabeza?, ¿qué me haría sentarme a expresar lo que pasaba afuera, a la vista de todos, pero que nadie reconocía? Un sueño.» —sacó la segunda hoja y puso una nueva.

«Abrí los ojos por un alarido, vi la habitación y no había nada raro. Ese grito se fue volviendo más intenso hasta tocar su pico de volumen cuando la cara de Valentina se pegó contra el blindex de la puerta. “¡Benjamín!”, gritaba y se agarraba con las uñas a la puerta. Me desesperé, intenté pararme: nada. No podía moverme, ni despegar mis ojos de la cara de Valentina. “¡Benjamín! ¡Benjjj!” se cortó el grito mientras algo o alguien la arrancaba del vidrio y la hacía desaparecer. Mi desesperación salía en forma de lágrimas corrosivas, solo podía llorar y sufrir. Me desperté con un dolor que solo podía calmarse de una forma: rememorando la historia, escribiendo hasta llegar al momento cumbre para entender toda la cadena y culminar en mi apagón final, al que recién puedo acceder ahora, después de que esta vieja me sacó la máquina y lo escrito, por haber teclado durante nueve horas sin parar: ese día en que corrí motivado por el enojo con Juan Pablo hasta el banco de la avenida, ese día fue la rendición de mi cabeza, fue un “hasta acá llego”. Pero antes de eso, el momento en que entendí —o en el que bajó algo que ya por dentro sabía— lo que Valentina me había estado queriendo decir. Su último mensaje directo, su respuesta en nuestro chat de Instagram, estaba clarísimo: Soy - Estoy - Cuando - Una - En - Sabés - Todo - Río - Hoy- Te (distracción). Estas fueron las palabras iniciales de cada oración después de un punto. Las iniciales lo dicen clarísimo, ¿cómo pude ser tan boludo? ¿por qué ella empezaría una frase con la palabra “Río”? S-E-C-U-E-S-T-R-hO. Al frente de mis ojos, al frente de quien la tenía presa de su libertad, escribía eso sabiendo que yo me iba a dar cuenta y no, no me



di cuenta, solo lo hice tarde, muy tarde, cuando lo vi más claramente en su foto, la que ví el día en que se apagó mi cabeza: “¿Dónde está la felicidad? Buscándote, te lo aseguro. XOXO. Gossip Girl, jajá. Diviértanse bebés!” De vuelta un mensaje claro para mí, para el único que sabía de su odio por ese tipo de mensajes falsos de influencers: D-B-X-G-D, estas eran las iniciales de un mensaje totalmente anti Valentina, construido perfectamente para los seguidores, que solo masticaban sus fotos como cosas sin valor, como puro entretenimiento, como masturbación mental y seguro que también física. Esas cinco letras me apuntaban a mí, directamente a mí, quién sí la conocía de verdad: la D tres letras antes es la A, la B es la Y, la X es la U, la G es la D y la D, de vuelta, la A. A-Y-U-D-A”» —sacó la tercer hoja y puso una cuarta ya más apurado, con las manos temblorosas.

«Me lo estaba gritando a la distancia, lo gritaba frente a un mundo de sordos digitales. Solo yo tenía los audífonos especiales para reconocerlo pero estaba en mi enojo egoísta, alunado, cerrado. Solo cuando ese enojo llegó a su punto máximo mi cabeza activó esa hiperatención casi mística, que apareció para mostrarme lo que le estaba pasando a Valentina. Y después de esa máxima lucidez, un apagón energético, definitivo, para caer como si hubiera recibido un tiro en el medio de la sien.»

Junto con ese punto final, el cuerpo de Benjamín empezó a dar espasmos seguidos de lágrimas que no limpió. Recién ahí, cuando accedió a la sucesión completa de momentos que lo llevaron al lugar donde estaba, recién ahí, pudo llorar. Lloró de impotencia por llegar muy tarde, pero más lloró por no tener los medios para avivar un mundo adormecido. Todos, incluso su cuerpo, conspiraban contra él.

Sin parar de llorar, sacó esa quinta hoja, la juntó con las otras cuatro y las dobló dos veces por la mitad para dejarlas abajo del colchón.

Volvió a la silla, puso una nueva hoja, frunció el ceño y escribió: «¿Cómo la conocí a Valentina? Nos vimos por primera vez una tarde que fue a la panadería a buscar la torta de cumpleaños para su tía. El resto, a usted, no le interesa.»

\*\*\*

FIN



Mientras Benjamín se queda en Bedoya a trabajar en la panadería familiar, Valentina, su novia, se va a probar suerte a un casting de una agencia de talentos en Capital Federal.

A los minutos de despedirla, él empieza a notar actitudes raras en ella: Valentina se distancia física y emocionalmente y eso despierta en Benjamín los sentimientos oscuros que había padecido durante los años posteriores a la muerte de su mamá.

En esos días de soledad, Benjamín empieza a replantearse la configuración (heredada) de su vida. Desarma su pasado traumático, lucha con su presente insípido y se asusta con ideas de su futuro en un negocio rutinario.

Ella publica un mundo color de rosa, él transita una cotidianidad gris. Ella vive una nueva vida, él sufre la misma de siempre. Cuanto más ella reluce, más él se opaca.

Esta novela teje algunas cosas sobre la masculinidad, la ausencia, la soledad, la herencia, los entramados ocultos de un pueblo del interior, el mundo virtual y su contrapunto con el mundo real, las formas del amor, y no mucho más. «La fragilidad del mientras tanto» es la historia de Benjamín Robledo, una vida que por un lado se cose y por el otro se deshilacha.

1° edición | La fragilidad del mientras tanto  
2020, Gonzalo Soria